

# S

## Introducción a la **sociología**

INGRESO 2021



facultad de ciencias  
**sociales**



UNC

Universidad  
Nacional  
de Córdoba



**Facultad de Ciencias Sociales**  
Universidad Nacional de Córdoba

PROGRAMA 2021

## **INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA**

**Prof. Titular:** Leticia MEDINA

**Prof. Asistentes:** Ana ANTOLIN SOLACHE; Luis ARÉVALO; Sergio SAIZ BONZANO; Natalia TRAVERSARO.

**Carreras:** Lic. en Sociología y Lic. en Ciencia Política

Ubicación en el Plan de Estudios: Ciclo de Nivelación (1º año - 1º cuatrimestre). Modalidad: teórico-práctica. Dictado: 5 semanas.

---

### **FUNDAMENTACIÓN**

La asignatura *Introducción a la sociología* se propone como un primer acercamiento -en diálogo con las inquietudes, expectativas y conocimientos previos de los y las estudiantes- a un campo de estudios que asume como desafío la ruptura con el sentido común y la desnaturalización de lo social como claves para la comprensión del mundo.

La sociología emerge como disciplina en los albores del siglo XIX afirmándose sobre un supuesto propio de la modernidad europea: que las sociedades son producto de su propia acción, y que por ello pensar, estudiar y comprender lo social -para eventualmente incidir en su desenvolvimiento- se vuelve una tarea ineludible.

Si bien ese horizonte fundacional orientó en buena medida las primeras elaboraciones sociológicas, lo cierto es que la pregunta acerca de la especificidad y utilidad de la sociología -así como de las perspectivas y métodos de análisis adecuados

para el abordaje de procesos sociales cada vez más complejos- ha sido recurrente a lo largo de la historia del campo. En ese sentido, nuestro primer eje de contenidos gira en torno a la pregunta acerca **de qué es y para qué sirve la sociología**, asumiendo que el ingreso a la carrera es una oportunidad para provocar nuevas reflexiones a partir de los propios intereses de los y las estudiantes. Esta será la puerta de entrada para un diálogo en torno al objeto de la sociología, su estatuto científico y la relación entre ciencia social y acción política, así como respecto del contexto histórico de su surgimiento y de los principales temas, problemas y enfoques que le han dado forma a este campo disciplinar.

El segundo eje enfoca en la constitución del campo disciplinar, ubicando en primer lugar el escenario de modernización europea como contexto de su surgimiento en tanto ciencia de lo social, distinta de la ciencia política y de la economía, así como el rol de los llamados “padres fundadores”. Junto con ello , se propone un recorrido por el proceso de **institucionalización de la sociología argentina** como disciplina universitaria. En este eje temático se propone delinear en grandes trazos la historia de las tradiciones intelectuales e institucionales que configuraron el debate sociológico en el país en las últimas décadas. Abordaremos aquí los discursos y las prácticas de sociólogos y sociólogas en diferentes contextos políticos e institucionales, como una forma de aproximarnos a las discusiones del campo profesional.

## OBJETIVOS

- Promover reflexiones acerca de los objetos, características y horizontes de la sociología, a partir de los intereses y saberes previos de los y las estudiantes.
- Reconocer el contexto de surgimiento de la sociología en la modernidad europea así como las trayectorias y debates que a lo largo de la historia dieron forma al campo de la sociología en nuestro país.
- Introducir la discusión de diferentes enfoques y perspectivas teóricas que han contribuido al surgimiento de la perspectiva sociológica como campo delimitado de las ciencias sociales.

## METODOLOGÍA

En el contexto de distanciamiento social, y de la modalidad virtual prevista para el dictado del curso de ingreso, se prevé el desarrollo de clases teóricas y actividades prácticas grupales, así como espacios de intercambio y consulta a través del aula virtual de la materia. Entendemos los trabajos prácticos como mediaciones para la apropiación

conceptual de las discusiones que presenta el docente en las clases teóricas, poniendo énfasis en el desarrollo de las capacidades de análisis y crítica razonada y argumentativa por parte de las/los estudiantes. Se trabajarán allí a partir de los núcleos conceptuales desarrollados en las clases teóricas, así como de los conocimientos previos de las/os estudiantes, procurando vincularlos a través del análisis, el debate y la crítica fundada, poniendo especial énfasis en la construcción de estrategias de lecto-comprensión y estudio.

Asimismo, se prevé coordinar diversas instancias de reflexión y debate con la Secretaria de Asuntos Estudiantiles y con el Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales.

## CONTENIDOS

### **Unidad 1: ¿De qué se trata y para qué sirve la sociología?**

La sociología como ejercicio de distanciamiento y reflexión sobre lo social. La cuestión de los objetos, perspectivas y métodos. El estatuto científico de la sociología. La sociología frente a las exigencias sociales: conocer, juzgar, transformar.

#### ***Bibliografía obligatoria para los/as estudiantes<sup>1</sup>***

Giddens, Anthony (2010). *Sociología*. Madrid: Alianza Editorial. Cap. ¿Qué es la sociología? (pp. 27-50)

Ortiz, Renato (2004). *Taquigrafiando lo social*. Buenos Aires: Siglo XXI. Cap. Taquigrafiando lo social (pp. 11-26).

Lahire, Bernard (2016). *En defensa de la sociología*. Buenos Aires: Siglo XXI. Cap. Introducción (pp.11-14) y Cap. 2. Entender, juzgar, castigar (pp. 29-38).

Illouz, Eva (2007). *¿Por qué duele el amor? Una explicación sociológica*. Buenos Aires: Katz. Cap. Introducción (pp. 9-29)

#### ***Bibliografía de consulta y de referencia***

Alexander, Jeffrey C. (2000). Qué es teoría. En *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial. Análisis multidimensional*. Barcelona: Gedisa.

---

<sup>1</sup> La bibliografía básica obligatoria se consigna en el orden sugerido de lectura.

Benzecry, Claudio, Reed, Isaac y Krause, Mónica (2019). *La teoría social, ahora*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bernstein, Richard J. (1982). Introducción. En *La Restructuración de la Teoría Social y Política*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE).

Bourdieu, Pierre; Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude (1991). La ruptura. En *El oficio de sociólogo*. México: Siglo XXI.

Dubet, Francois (2015). *¿Para qué sirve realmente un sociólogo?*. Buenos Aires: Siglo XXI.

\_\_\_\_\_ (1977). *El capitalismo y la moderna teoría social*. Barcelona: Labor.

Illouz, Eva (2007). *¿Por qué duele el amor? Una explicación sociológica*. Buenos Aires: Katz. Cap. Introducción (pp. 9-29)

Joas, Hans y Knöbl, Wolfgang (2016). *Teoría social. Veinte lecciones introductorias*. Madrid: Akal.

Rubinich, Lucas (2006). Tres notas sobre el para qué. En Lahire, Bernard. *¿Para qué sirve la sociología?*. Buenos Aires: Siglo XXI (pp. 9-20).

## **Unidad 2: La constitución de un campo, o la sociología como territorio en disputa**

Los comienzos de la sociología. Los "padres fundadores" de la disciplina. El desarrollo de la perspectiva sociológica. La sociología como "ciencia de la crisis". Tradiciones intelectuales e institucionales de la sociología argentina. La sociología, una profesión en disputa. Intelectuales y expertos. Redes institucionales y formas de legitimación.

### ***Bibliografía obligatoria para los/as estudiantes***

Portantiero, Juan Carlos (1990). El origen de la sociología. Los padres fundadores. En *La sociología clásica: Durkheim y Weber*. Bs. As.: Centro Editor de América Latina (CEAL).

Blanco, Alejandro (2004). La sociología: una profesión en disputa. En Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Bs. As.: Paidós.

Rubinich, Lucas (2007). La modernización cultural y la irrupción de la sociología. En Daniel James (dir.), *Nueva Historia Argentina*, Tomo IX. Bs. As.: Sudamericana.

### ***Bibliografía de consulta y de referencia***

Blanco, Alejandro (2006). La división del campo: sistema de alianzas y estrategias de legitimación. En *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Bs. As.: Siglo XXI.

Castel, Robert (2010). Conversación con estudiantes de sociología: No hay objetividad absoluta pero sí exigencia de rigor. En *Robert Castel en la Cátedra UNESCO: las transformaciones del trabajo, de la producción social y de los riesgos en un período de incertidumbre*. Bs. As.: Siglo XXI.

Delich, Francisco (2013). *Memoria de la sociología argentina*. Córdoba: Alción.

González, Horacio (2000). Cien años de sociología en la Argentina: la leyenda de un nombre. En Horacio González (comp.), *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*. Bs. As.: Colihue.

Germani, Gino (1968, noviembre). La sociología en Argentina. *Revista Latinoamericana de Sociología*, IV(3), 385-419.

\_\_\_\_\_ (2010). Prologo. En C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*. México: FCE.

Portantiero, Juan Carlos (1978). La Reforma Universitaria: una mirada desde el presente. En *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la Reforma Universitaria (1918-1938)*. México: Siglo XXI.

Portantiero, Juan Carlos (2014). Estudiantes y populismo. En Maria Cristina Torti (dir.), *La nueva izquierda argentina (1955-1976)*. Rosario: Prohistoria.

Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (2004). Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina. En Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Bs. As.: Paidós.

Wright Mills, C. (1998). *Sobre artesanía intelectual*. Bs. As.: Lumen / Hvmánitas.

## CONDICIONES DE CURSADO Y EVALUACIÓN

Las condiciones de cursado y evaluación se ajustarán a lo dispuesto por la reglamentación vigente (Resolución HCD-FCS N° 344/2018), y las que se dispongan oportunamente en el marco de las restricciones provocadas por la pandemia de COVID-19.

## 1. ¿Qué es la sociología?

### *Conceptos básicos*

Sociología

Ciencia

Vivimos hoy -próximos al final del siglo- en un mundo que es enormemente preocupante, pero que presenta las más extraordinarias promesas para el futuro. Es un mundo pletórico de cambios, marcado por profundos conflictos, tensiones y divisiones sociales, así como por la terrorífica posibilidad de una guerra nuclear y por los destructivos ataques de la tecnología moderna al entorno natural. Sin embargo, tenemos posibilidades para controlar nuestro destino y mejorar nuestras vidas, cosa harto inimaginable para generaciones anteriores.

¿Cómo surgió este mundo? ¿Por qué son nuestras condiciones de vida tan diferentes de las de nuestros antepasados? ¿Qué direcciones tomará el cambio en el futuro? Estas cuestiones son la preocupación primordial de la sociología; una disciplina que, por consiguiente, tiene que desempeñar un papel fundamental en la cultura intelectual moderna.

La Sociología es el estudio de la vida social humana, de los grupos y sociedades. Es una empresa cautivadora y atrayente, al tener como objeto nuestro propio comportamiento como seres humanos. El ámbito de la sociología (28) es extremadamente amplio y va desde el análisis de los encuentros efímeros entre individuos en la calle hasta la investigación de los procesos sociales globales. Un pequeño ejemplo nos acercará a la naturaleza y objetivos de esta disciplina.

### **El ámbito de la sociología: un primer ejemplo**

¿Ha estado enamorado alguna vez? Es prácticamente seguro que sí. La mayoría de la gente sabe desde la adolescencia qué es estar enamorado y, para muchos de nosotros, el amor y el romance aportan algunos de los más intensos sentimientos de nuestra vida. ¿Por qué se enamoran las personas? La respuesta, a primera vista, parece obvia. El amor expresa una atracción física y personal que dos individuos sienten el uno por el otro. Hoy en día, podemos ser escépticos ante la idea de que el amor "es para siempre", pero solemos pensar que enamorarse es una experiencia que procede de sentimientos humanos universales. Parece del todo natural que una pareja que se enamora quiera realizarse personal y sexualmente a través de su relación, y quizá mediante el matrimonio.

Sin embargo, esta situación que hoy nos parece evidente es, de hecho, bastante inusual. Enamorarse no es una experiencia que tenga la mayoría de los habitantes del mundo y, si la tienen, no suele vincularse al matrimonio. La idea del amor romántico no se extendió en Occidente hasta fecha bastante reciente y ni siquiera ha existido en la mayoría de las otras culturas.

Sólo en los tiempos modernos se ha considerado que el amor y la sexualidad estén íntimamente ligados. John Boswell, historiador del medioevo europeo, ha señalado hasta qué punto nuestra idea contemporánea del amor romántico es inusual. En la Europa medieval casi nadie se casaba por amor. De hecho, existía entonces el siguiente dicho: "Amar a la propia esposa con pasión es adulterio". En aquellos días y durante siglos los hombres y las mujeres se casaban principalmente para mantener la propiedad de los bienes familiares o para criar hijos que trabajaran en sus granjas. Una vez casados, podían llegar a ser buenos amigos, sin embargo esto ocurría después de las bodas y no antes. A veces la gente tenía otras relaciones sexuales al margen del matrimonio pero éstas apenas inspiraban las emociones que ahora relacionamos con el amor. El amor romántico se consideraba, en el mejor de los casos, una debilidad y, en el peor, una especie de enfermedad.

Hoy día nuestra actitud es casi la contraria. Con razón habla Boswell de que "prácticamente [existe] una obsesión en la moderna cultura industrial" con el amor romántico:

Los que están inmersos en este "mar de amor" suelen darlo por hecho [...] En muy

pocas culturas premodernas o contemporáneas no industrializadas se aceptaría esta idea (29) -que no suscita polémica en Occidente- de que "el objetivo de un hombre es amar a una mujer y el de una mujer amar a un hombre". A la mayoría de las personas de todas las épocas y lugares esta valoración del ser humano les parecería bastante pobre. (Boswell, 1995, p. xix.)

Por consiguiente, el amor romántico no puede considerarse como parte intrínseca de la vida humana sino que, en realidad, esta concepción es fruto de muy diversas influencias sociales e históricas, que son el objeto de estudio de los sociólogos.

La mayoría de nosotros vemos el mundo según las características que tienen que ver con nuestra propia vida. La sociología demuestra que es necesario utilizar un punto de vista más amplio para saber por qué somos como somos y por qué actuamos de la forma en que lo hacemos. Nos enseña que lo que consideramos natural, inevitable, bueno o verdadero puede no serlo y que las "cosas dadas" de nuestra vida están influidas por fuerzas históricas y sociales. Para el enfoque sociológico es fundamental comprender de qué forma sutil, aunque compleja y profunda, la vida individual refleja las experiencias sociales.

### El desarrollo de un punto de vista sociológico

Aprender a pensar sociológicamente -en otras palabras, usar un enfoque más amplio- significa cultivar la imaginación. Como sociólogos, tenemos que imaginar, por ejemplo, cómo experimentan el sexo y el matrimonio aquellas personas -la mayoría de la humanidad hasta hace poco tiempo- quienes el amor romántico les es ajeno e incluso les parece absurdo. Estudiar sociología no puede ser un proceso rutinario de adquisición de conocimiento. Un sociólogo es alguien capaz de liberarse de la inmediatez de las circunstancias personales para poner las cosas en un contexto más amplio. El trabajo sociológico depende de lo que el autor americano Wright Mills, en una célebre expresión, denominó la imaginación sociológica (Mills, 1970).

La imaginación sociológica nos pide, sobre todo, que seamos capaces de pensar distanciándonos de las rutinas familiares de nuestras vidas cotidianas, para poder verlas como si fueran algo nuevo. Consideremos el simple acto de beber una taza de café. ¿Qué podríamos decir, desde un punto de vista sociológico, de este hecho de comportamiento, que parece tener tan poco interés?: muchísimas cosas. En primer lugar, podríamos señalar que el café no es sólo una bebida, ya que tiene un valor simbólico como parte de unos rituales sociales cotidianos. Con frecuencia, el ritual al que va unido el beber café es mucho más importante que el acto en sí. Dos personas que quedan para tomarse un café probablemente tienen más interés en encontrarse y charlar que en lo que van a beber. La bebida y la comida dan lugar (30)

Sociología del café	
Valor simbólico	Para muchos occidentales la taza de café por la mañana es un rito personal, que se repite con otras personas a lo largo del día.
Utilización como droga	Muchos beben café para darse un "empujón adicional". Algunas culturas prohíben su uso
Relaciones sociales y económicas	El cultivo, empaquetado, distribución y comercialización del café son actividades de carácter global que afectan a diversas culturas, grupos sociales y organizaciones dentro de esas mismas culturas, así como a miles de individuos. Gran parte del café que se consume en Europa y los Estados Unidos se importa de Sudamérica.
Desarrollo social y económico anterior	Las "relaciones en torno al café" actuales no siempre existieron. Se desarrollaron gradualmente y podrían desaparecer en el futuro.

en todas las sociedades a oportunidades para la interacción social y la ejecución de rituales, y éstos constituyen un interesantísimo objeto de estudio sociológico.

En segundo lugar, el café es una droga que contiene cafeína, la cual tiene un efecto estimulante en el cerebro. La mayoría de las personas en la cultura occidental no considera que los adictos al café consuman droga. Como el alcohol, el café es una droga aceptada socialmente, mientras que la marihuana, por ejemplo, no lo es. Sin embargo, hay culturas que toleran el consumo de marihuana, e incluso el de cocaína, pero fruncen el ceño ante el café y el alcohol. A los sociólogos les interesa saber por qué existen estos contrastes.

En tercer lugar, un individuo, al beber una taza de café, forma parte de una serie extremadamente complicada de relaciones sociales y económicas que se extienden por todo el mundo. Los procesos de producción, transporte (31) y distribución de esta sustancia requieren transacciones continuadas entre personas que se encuentran a miles de kilómetros de quien lo consume. El estudio de estas transacciones globales constituye una tarea importante para la sociología, puesto que muchos aspectos de nuestras vidas actuales se ven afectados por comunicaciones e influencias sociales que tienen lugar a escala mundial.

Finalmente, el acto de beber una taza de café supone que anteriormente se ha producido un proceso de desarrollo social y económico.

Junto con otros muchos componentes de la dieta occidental ahora habituales -como el té, los plátanos, las patatas y el azúcar blanco- el consumo de café comenzó a extenderse a finales del siglo XIX y, aunque se originó en Oriente Medio, la demanda masiva de este producto data del período de la expansión colonial occidental de hace un siglo y medio. En la actualidad, casi todo el café que se bebe en los países occidentales proviene de áreas (Sudamérica y África) que fueron colonizadas por los europeos, así que de ninguna manera es un componente "natural" de la dieta occidental.

## **El estudio de la sociología**

La imaginación sociológica nos permite darnos cuenta de que muchos acontecimientos que parecen preocupar únicamente al individuo en realidad tienen que ver con asuntos más generales. El divorcio, por ejemplo, puede resultar un proceso muy difícil para quien lo está pasando y constituirse en lo que Mills denomina un problema personal. Sin embargo, señala este autor, también puede ser un asunto público en una sociedad actual como la británica, donde más de un tercio de los matrimonios se separan durante sus primeros diez años de existencia. Por poner otro ejemplo, el desempleo puede ser una tragedia individual para alguien que es despedido y no puede encontrar otro trabajo, sin embargo el problema rebasa el nivel de la desesperación personal cuando en una sociedad millones de personas están en esa misma situación, y es entonces cuando se convierte en un asunto público que tiene que ver con amplias tendencias sociales.

Intente aplicar este punto de vista a su propia vida, sin pensar únicamente en problemas. Por ejemplo, ¿por qué está pasando las páginas de este libro?, ¿por qué ha decidido estudiar sociología? Puede que estudie esta materia a regañadientes, porque la necesita para completar un curso, o puede que esté deseando saber más de ella. Cualesquiera que sean sus motivaciones, es muy posible que tenga mucho en común, sin siquiera saberlo, con otros estudiantes de sociología. Su decisión personal refleja su posición en el contexto social.

¿Tiene usted las siguientes características?: ¿es joven, blanco, procede de una familia de profesionales liberales o de trabajadores no manuales? ¿Ha trabajado a tiempo parcial, o aún lo hace, para mejorar sus ingresos? ¿Quiere encontrar un buen empleo cuando termine sus estudios pero no (32) está completamente dedicado a ellos? ¿No sabe realmente lo que es la sociología pero cree que tiene algo que ver con el comportamiento de las personas en grupo? De entre ustedes, más del 75%, contestarán que sí a estas preguntas. Los estudiantes universitarios no son representativos del conjunto de la población sino que suelen proceder de los estratos sociales más privilegiados y, en general, sus actitudes reflejan las de sus amigos y conocidos. El ambiente social del que procedemos tiene mucho que ver con el tipo de decisiones que creemos apropiadas.

Sin embargo, suponga que responde "no" a una o más de las preguntas anteriores, entonces puede que usted proceda de un grupo minoritario o de un sector desfavorecido, o puede que sea de mediana edad o anciano. En cualquier caso, podrían sacarse las siguientes conclusiones: es probable que haya tenido que luchar para llegar donde ha llegado y superar las reacciones hostiles de sus amigos y de otras personas cuando les dijo que tenía intención de ir a la universidad, o puede que esté compaginando la educación

superior con la dedicación total al cuidado de sus hijos.

Aunque todos estamos influidos por nuestro contexto social, nuestro comportamiento no está del todo condicionado por ellos. Tenemos nuestra propia individualidad y la creamos, La labor de la sociología es investigar la conexión que existe entre lo que la sociedad hace de nosotros y lo que hacemos de nosotros mismos. Nuestras actividades estructuran -dan forma- al mundo social que nos rodea y, al mismo tiempo, son estructuradas por él.

El concepto de estructura social es importante para la sociología y se refiere al hecho de que los contextos sociales de nuestra vida no sólo se componen de una colección aleatoria de acontecimientos y acciones, sino que, de diversas maneras, están estructurados o siguen una pauta. Nuestra forma de comportarnos y las relaciones que mantenemos unos con otros presentan regularidades. Sin embargo, la estructura social no tiene el carácter físico, por ejemplo, de un edificio que existe al margen de las acciones humanas. Sus "componentes básicos" -seres humanos como usted y como yo- lo reconstruyen a cada momento.

### **Consecuencias deseadas y no deseadas**

Este proceso permanente de construcción y reconstrucción de la vida social se basa en los significados que las personas atribuyen a sus acciones, pero éstas pueden tener consecuencias diferentes a las deseadas. Los sociólogos establecen una clara diferencia entre los propósitos de nuestro comportamiento -lo que pretendemos lograr- y las consecuencias no deseadas del mismo. Por ejemplo, puede que unos padres quieran que sus hijos se comporten según las normas de conducta aceptadas socialmente y que para alcanzar este objetivo se comporten con ellos de forma estricta y autoritaria. Sin embargo, esta actitud puede tener como consecuencia no deseada (33) que los hijos se rebelen y se aparten de las normas de comportamiento ortodoxas.

Algunas veces, las acciones que se emprenden para lograr un objetivo determinado tienen consecuencias que, en realidad impiden que éste se alcance. Hace algunos años se aprobaron unas leyes en Nueva York que obligaban a los propietarios de edificios deteriorados en áreas de renta baja a que los reformaran para ajustarse a unas normas mínimas. La intención era que las viviendas disponibles para los sectores más pobres de la comunidad alcanzaran unos niveles aceptables, El resultado fue que los propietarios de edificios en mal estado los abandonaron por completo o les dieron otros usos, de manera que se produjo una escasez aún mayor de viviendas satisfactorias.

Lo que hacemos en la vida y de qué modo nuestras acciones afectan a otros puede entenderse como una combinación de consecuencias deseadas y no deseadas. La tarea de la sociología es estudiar el equilibrio que hay entre la reproducción social y la transformación social. El primer concepto se refiere a cómo las sociedades "siguen funcionando" a lo largo del tiempo, mientras que el segundo se ocupa de los cambios que sufren. La reproducción social tiene lugar porque existe una continuidad entre lo que las personas hacen día tras día y año tras año, así como en las prácticas sociales que siguen. Los cambios se producen, en parte, porque las personas así lo quieren y, en parte, por las consecuencias que nadie prevé o desea.

### **Los comienzos**

Los seres humanos siempre hemos sentido curiosidad por las fuentes, de nuestro propio comportamiento, pero durante miles de años los intentos por comprendernos a nosotros mismos se apoyaron en formas de pensar transmitidas de generación en generación que, con frecuencia, se expresaban en términos religiosos (por ejemplo, antes de la aparición de la ciencia moderna, muchos creían que fenómenos de la naturaleza como los terremotos eran ocasionados por dioses o espíritus). El estudio objetivo y sistemático del comportamiento humano y de la sociedad es un hecho relativamente reciente, cuyos orígenes se remontan a principios del siglo XIX. El trasfondo de la primera sociología fue el de los cambios arrolladores que trajo consigo la Revolución francesa de 1789 y la Revolución industrial en Europa. La sacudida que sufrieron las formas de vida tradicionales con estos cambios produjo una revisión de la forma de entender tanto el mundo social como el natural.

Una evolución clave fue la utilización de la ciencia en vez de la religión para comprender el mundo. Las preguntas que estos pensadores del siglo XIX querían contestar - ¿qué es la naturaleza humana?, ¿por

qué está estructurada la sociedad de una determinada manera?, ¿cómo y por qué (34) cambian las sociedades?- son las mismas que se plantean los sociólogos de hoy. El mundo contemporáneo es completamente diferente al del pasado y la labor de la sociología es ayudarnos a comprender ese mundo y lo que puede que nos aguarde en el futuro.

### *Auguste Comte*

Es evidente que, por sí solo, ningún individuo puede fundar toda una disciplina y fueron muchos los autores que participaron en los orígenes del pensamiento sociológico. Sin embargo, se suele conceder una especial importancia al autor francés Auguste Comte (1798-1857), aunque sólo sea porque fue él quien acuñó el término "sociología". Inicialmente, Comte hablaba de "física social" para referirse al nuevo campo de estudio pero sus rivales intelectuales también utilizaban este término. Comte quiso distinguir su perspectiva de la de los demás, de modo que acuñó el término "sociología" para describir la disciplina que se proponía crear.

Comte creía que esta nueva área podría producir un conocimiento de la sociedad basado en datos científicos y consideraba que la sociología era la última ciencia que quedaba por crear -siguiendo el ejemplo de la física, la química y la biología- y que era la más significativa y compleja de todas. Para él la sociología debía contribuir al bienestar de la humanidad utilizando la ciencia para comprender y, por tanto, predecir y controlar el comportamiento humano. Según este punto de vista, al final de su carrera elaboró ambiciosos planes para la reconstrucción de la sociedad francesa, en particular, y de las sociedades humanas en general.

### *Émile Durkheim*

Las obras de otro autor francés, Émile Durkheim (1858-1917), han tenido una influencia más duradera en la sociología moderna que las de Auguste Comte. Aunque recogió algunos elementos de la obra de éste, Durkheim consideraba que la mayor parte de sus trabajos eran demasiado especulativos y vagos y que no había logrado lo que se había propuesto: darle a la sociología una base científica. Según Durkheim, para llegar a ser científica, la sociología debía estudiar hechos sociales, es decir, aspectos de la vida social -como el estado de la economía o la influencia de la religión- que configuran nuestras acciones individuales. Creía que debíamos estudiar la vida social con la misma objetividad con que los científicos se ocupan de la naturaleza. El primer principio de la sociología para Durkheim era el famoso "¡Estudia los hechos sociales como si fueran cosas!". Con ello lo que quería decir era que la vida social puede ser analizada con el mismo rigor que los objetos o acontecimientos de la naturaleza. (34)

Al igual que los demás fundadores de la sociología, a Durkheim le preocupaban los cambios que en su época estaban transformando la sociedad y creía que lo que la mantiene unida son los valores y costumbres compartidos- Su análisis del cambio social se basaba en el desarrollo de la división del trabajo (el aumento de las diferencias complejas entre las distintas ocupaciones). Para Durkheim este proceso estaba desplazando cada vez más a la religión como principal núcleo de cohesión social. A medida que se expande la división del trabajo, las personas se van haciendo más dependientes de los demás, porque cada una de ellas necesita bienes y servicios que le proporcionan los que realizan otras ocupaciones. Según Durkheim, los procesos de cambio en el mundo moderno son tan rápidos e intensos que crean grandes trastornos sociales, que él vinculaba con la anomia, una sensación de falta de objetivos y de desesperación producida por la moderna vida social. Los controles y normas morales tradicionales que solía proporcionar la religión han sido prácticamente destruidos por el desarrollo social moderno y ello deja a muchos individuos de las sociedades modernas con el sentimiento de que su vida cotidiana carece de sentido.

En uno de sus más famosos estudios (1952; publicado originalmente en 1897) Durkheim analizó el suicidio, fenómeno que parece un acto puramente personal, resultado de una profunda infelicidad del individuo. Sin embargo, Durkheim señala que los factores sociales tienen una influencia decisiva en el comportamiento suicida, siendo la anomia una de dichas influencias. Las tasas de suicidio señalan, año tras año, una pauta regular que ha de explicarse sociológicamente. Se pueden poner muchas objeciones a este estudio de Durkheim, pero continúa siendo una obra clásica que aún mantiene su importancia para la sociología actual.

## *Karl Marx*

Las ideas de Karl Marx (1818-1883) contrastan vivamente con las de Comte y Durkheim pero, como ellos, intentó explicar los cambios sociales que estaban ocurriendo durante la Revolución industrial. Cuando era joven sus actividades políticas le ocasionaron problemas con las autoridades alemanas y, después de una breve estancia en Francia, se exilió definitivamente en Gran Bretaña. Los trabajos de Marx cubren diversas áreas e incluso sus críticos más severos consideran que su obra tiene una enorme relevancia para el desarrollo de la sociología. Gran parte de su obra se centra en cuestiones económicas pero, considerando que siempre trató de conectar los problemas económicos con las instituciones sociales, su obra está llena de interesantes observaciones sociológicas.

La perspectiva teórica de Marx se basa en lo que él llamó la concepción materialista de la historia. Según este enfoque (que se opone al de Durkheim (36) las principales causas del cambio social no son las ideas o los valores de los seres humanos. Por el contrario, el cambio social está primordialmente inducido por influencias económicas. El conflicto entre las clases -ricos frente a pobres- constituye el motor del desarrollo histórico. En palabras de Marx: "Toda la historia humana hasta el presente es la historia de la luchas de clases".

Aunque escribió sobre distintos períodos históricos, Marx se centró en el cambio en la época moderna. Para él, las transformaciones más importantes de este período están vinculadas al desarrollo del capitalismo, sistema de producción que contrasta radicalmente con los anteriores órdenes económicos de la historia, ya que conlleva la producción de bienes y servicios para venderlos a una amplia gama de consumidores. Los que poseen el capital -fábricas, maquinaria y grandes sumas de dinero- conforman una clase dominante. El resto de la población constituye una clase de trabajadores asalariados, o clase trabajadora, que no posee los medios para su propia supervivencia y que, por tanto, debe buscar los empleos que proporcionan los que tienen el capital. En consecuencia, el capitalismo es un sistema de clases en el que el conflicto entre éstas es constante.

Para Marx, el capitalismo será reemplazado en el futuro por una sociedad sin clases, sin grandes divisiones entre ricos y pobres. Con esto no quería decir que fueran a desaparecer todas las desigualdades entre los individuos sino que la sociedad no estará dividida entre una pequeña clase que monopoliza el poder económico y político y una gran masa de personas que apenas se benefician de la riqueza que genera su trabajo. El sistema económico pasará a ser de propiedad comunal y se establecerá una sociedad más igualitaria que la actual.

La obra de Marx ha tenido una influencia trascendental en el mundo del siglo XX. Hasta la reciente caída del comunismo soviético, más de un tercio de la población de la tierra vivía en sociedades cuyos gobiernos se consideraban herederos de sus ideas. Además, muchos sociólogos se han visto influidos por su concepción de las clases y de las divisiones que ocasionan.

## *Max Weber*

Al igual que Marx, Max Weber (1864-1920) no puede ser etiquetado únicamente como sociólogo, ya que sus intereses y preocupaciones se extendieron a diversas disciplinas. Nacido en Alemania, donde desarrolló gran parte de su carrera académica, Weber tenía una vasta cultura. En sus obras abordó la economía, el derecho, la filosofía y la historia comparativa, además de la sociología, y gran parte de su trabajo se centró también en el desarrollo del capitalismo. Como otros pensadores de su tiempo, intentó comprender el cambio social. Estuvo influido por Marx pero fue también muy crítico con algunas de sus principales ideas. Rechazaba la concepción (37) materialista de la historia y consideraba que los conflictos de clase eran menos relevantes de lo que suponía Marx. Para Weber los factores económicos son importantes, pero el impacto de las ideas y los valores sobre el cambio social es igualmente significativo.

Weber dedicó algunas de sus obras más influyentes al análisis de lo que diferenciaba la sociedad y la cultura occidental de otras grandes civilizaciones. Estudió las religiones de China, la India y Oriente Medio y con estas investigaciones hizo aportaciones clave a la sociología de la religión. Tras comparar los sistemas religiosos dominantes en China y la India con los occidentales, Weber llegó a la conclusión de que ciertos aspectos de la doctrina cristiana habían tenido un papel fundamental en la aparición del capitalismo. Al contrario que en Marx, esta perspectiva no surgía únicamente de las transformaciones económicas sino

que, para Weber, las ideas y valores culturales ayudan a que se constituya una sociedad y conforman nuestras acciones individuales.

La interpretación weberiana de la naturaleza de las sociedades modernas y de las razones de la difusión mundial de las formas de vida occidentales también contrasta sustancialmente con la de Marx. Según Weber, el capitalismo -una forma característica de organizar la actividad económica- no es más que uno de los muchos factores importantes que constituyen el desarrollo social. El impacto de la ciencia y de la burocracia son factores que subyacen en el capitalismo y que, en cierto modo, son más importantes que él. La ciencia ha conformado la tecnología moderna y seguirá haciéndolo en el futuro, mientras que la burocracia es la única forma de organizar eficazmente a grupos numerosos de personas y, por tanto, seguirá expandiéndose inevitablemente con el desarrollo económico y político. Weber describió el conjunto constituido por los avances científicos, la tecnología moderna y la burocracia como racionalización, es decir, la organización de la vida social y económica según principios de eficacia y, basándose en conocimientos técnicos.

*Autores recientes*

*Michel Foucault y Jürgen Habermas*

Entre los más prominentes pensadores con enfoque sociológico de los últimos tiempos hay que tener en cuenta al pensador francés Michel Foucault (1926-1984) y al autor alemán Jürgen Habermas (nacido en 1929). Al igual que los clásicos de la disciplina, estos autores no sólo han sido sociólogos sino que se han ocupado ampliamente de la filosofía y de la historia.

Es una opinión unánime que Foucault ha sido una de las figuras más sobresalientes del pensamiento social del siglo XX. En sus obras se ocupó de (38) materias similares a las analizadas por Weber en sus estudios de la burocracia: el desarrollo de las prisiones, hospitales, escuelas y otras organizaciones a gran escala. Sus posteriores trabajos sobre la sexualidad y el yo han sido también muy influyentes, especialmente para el pensamiento feminista. Para Foucault, la "sexualidad" (al igual que el amor romántico, antes mencionado) no siempre ha existido, sino que ha sido creada por los procesos de desarrollo social. En la sociedad moderna, la sexualidad se convierte en algo que "tenemos", en una propiedad del yo.

Para la sociología el estudio del poder -de qué manera logran los individuos y los grupos sus fines, en pugna con los de los demás- es de crucial importancia. Marx y Weber, entre los clásicos, hicieron un especial hincapié en el poder y Foucault ha seguido algunas de las líneas de pensamiento que ellos iniciaron. Por ejemplo, consideraba que la sexualidad siempre está vinculada al poder social y cuestionaba la idea de que un mayor conocimiento conduzca a una mayor libertad, porque lo concebía como una forma de "etiquetar" a las personas y de controlarlas.

Hoy en día quizá sea Habermas el principal pensador con un enfoque sociológico. Sus influencias proceden especialmente de Marx y Weber pero también ha bebido de otras tradiciones intelectuales. Según este autor, las sociedades capitalistas, en las que siempre está presente el cambio, tienden a destruir el orden moral del que dependen. En la sociedad en la que vivimos el crecimiento económico suele ser lo más importante, pero esta situación hace que la vida cotidiana no tenga sentido. De esta manera, Habermas retorna el concepto durkheimiano de anomia, aunque lo utiliza de forma novedosa.

### **¿Es la sociología una ciencia?**

Durkheim, Marx y el resto de los clásicos del pensamiento sociológico consideraban que la sociología era una CIENCIA pero, en realidad, ¿podemos estudiar la vida social humana de forma científica? Para dar respuesta a estas preguntas, debemos entender lo que significa esta palabra: ¿qué es la ciencia?

Ciencia es la utilización de métodos sistemáticos de investigación empírica, análisis de datos, elaboración teórica y valoración lógica de argumentos para desarrollar un cuerpo de conocimiento acerca de una determinada materia. Según esta definición, la sociología es una ciencia que conlleva la aplicación de métodos sistemáticos de investigación empírica, el análisis de datos y la valoración de teorías según las pruebas existentes y con un argumento lógico.

Sin embargo, es diferente estudiar a los seres humanos que observar los fenómenos del mundo

físico y la sociología no debe considerarse exactamente como una de las ciencias naturales. A diferencia de los objetos de la naturaleza, los humanos son seres auto conscientes que confieren sentido (39) y finalidad a lo que hacen. No podemos siquiera describir la vida social con exactitud a menos que captemos primero el significado que las personas conceden a su conducta. Por ejemplo, describir una muerte como suicidio supone saber qué es lo que la persona en cuestión pretendía. El suicidio sólo puede producirse cuando un individuo trata deliberadamente de auto-destruirse. Si una persona se pone accidentalmente delante de un coche y muere no puede decirse que haya cometido un suicidio.

El hecho de que no podamos estudiar a los seres humanos exactamente igual que estudiamos los objetos de la naturaleza es, en ciertos aspectos, una ventaja para la sociología. Los sociólogos se benefician de poder plantear preguntas directamente a aquellos a los que estudian: otros seres humanos. Sin embargo, esta situación crea dificultades con las que no tropiezan los científicos de la naturaleza, porque las personas que saben que sus actividades se están estudiando muchas veces no se comportan del mismo modo en que lo hacen normalmente. Cuando los individuos responden a cuestionarlos, consciente o inconscientemente pueden dar una imagen de ellos mismos que difiere de sus actitudes habituales. Pueden incluso tratar de "ayudar" al investigador, dándole las respuestas que creen adecuadas.

### **¿Cómo puede ayudarnos la sociología en nuestra vida?**

La sociología tiene muchas consecuencias prácticas para nuestra vida, tal y como subrayó Mills cuando desarrolló su idea de la imaginación sociológica.

#### *Conciencia de las diferencias culturales*

En primer lugar, la sociología nos permite ver el mundo social desde muchos puntos de vista. Con frecuencia, si comprendemos realmente cómo viven otros, también adquirimos un mejor conocimiento de sus problemas. Las políticas prácticas que no se basan en una conciencia fundamentada de las formas de vida de las personas a las que afectan tienen pocas posibilidades de éxito. En este sentido, un asistente social blanco que trabaje en una comunidad de mayoría negra no logrará ganarse la confianza de los miembros de ésta sin desarrollar una sensibilidad hacia las diferentes experiencias sociales que a menudo separan a los blancos de los negros.

#### *Evaluación de los efectos de las políticas*

En segundo lugar, la investigación sociológica ofrece una ayuda práctica en la evaluación de los resultados de las políticas. Sobre el terreno, un programa de reforma puede, simplemente, no lograr lo que pretendían los que lo (40) concibieron, o acarrear desagradables consecuencias no deseadas. Por ejemplo, en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial se construyeron, con dinero público, grandes bloques de viviendas en los centros urbanos de muchos países. Estaban pensados para proporcionar viviendas de gran calidad a grupos de ingresos bajos de las áreas suburbanas y disponían de servicios comerciales y comunitarios muy próximos. Sin embargo, la investigación puso de manifiesto que muchos de los que se habían trasladado desde sus viviendas anteriores a estas grandes torres se sentían aislados y desgraciados. Los altos edificios y los centros comerciales de zonas pobres solían acabar en estado ruinoso y se convertían en lugares propicios para atracos y otros delitos violentos.

#### *El autoconocimiento*

En tercer lugar, quizá lo más importante sea que la sociología puede señalarnos el camino del autoconocimiento, es decir, de una mayor comprensión de uno mismo. Cuanto más sepamos acerca de por qué actuamos como lo hacemos y sobre el funcionamiento general de nuestra sociedad, más posible será que podamos influir en nuestro propio futuro. No hay que pensar que la sociología sólo sirve para ayudar a quienes formulan las políticas -es decir, a los grupos poderosos- a tomar decisiones fundamentadas. No siempre puede suponerse que quienes están en el poder piensen en los intereses de los menos poderosos o privilegiados al implantar sus políticas. Grupos informados por sí mismos pueden responder de forma eficaz a las políticas gubernamentales o plantear sus propias iniciativas. Asociaciones de autoayuda como

Alcohólicos Anónimos y movimientos sociales como los ecologistas son ejemplos de grupos sociales que han intentado, con un éxito considerable, producir directamente reformas prácticas.

### *El papel del sociólogo en la sociedad*

Para terminar, a muchos sociólogos, en su práctica profesional, les preocupan directamente las cuestiones prácticas. Pueden encontrarse personas que han aprendido sociología en campos como la asesoría industrial, la planificación urbana, el trabajo social y la gestión de personal, así como en otros puestos eminentemente prácticos.

¿Deben los mismos sociólogos defender de forma activa y pronunciarse públicamente en favor de programas de reforma o cambio social? Hay quienes defienden que la sociología sólo puede preservar su objetividad si los sociólogos se mantienen deliberadamente neutrales en los debates morales y políticos. Sin embargo, el estudio de la sociología y el despertar de una conciencia social suelen estar unidos. Nadie que tenga conocimientos sociológicos (41) profundos puede dejar de lado las desigualdades que existen hoy en el mundo, la falta de justicia social en muchas situaciones sociales o las privaciones que sufren millones de personas. Sería extraño que los sociólogos no tomaran partido en cuestiones prácticas e ilógico intentar prohibirles que recurrieran a sus conocimientos al hacerlo.

### **Conclusión**

En este capítulo hemos visto que la sociología es una disciplina en la que dejamos a un lado nuestra concepción personal del mundo para observar con mayor atención las influencias que conforman nuestras vidas y las ajenas. La sociología surgió como empresa intelectual definida con el desarrollo de las sociedades industrializadas modernas y el estudio de tales sociedades sigue siendo su principal interés. Sin embargo, a los sociólogos también les preocupa una amplia gama de cuestiones relativas a la naturaleza de la interacción social y al conjunto de las sociedades humanas.

La sociología no es sólo un área intelectual abstracta sino que tiene importantes consecuencias para la vida de las personas. Aprender a ser sociólogo no debería ser una pesada labor académica y la mejor manera de asegurarse de que no lo sea es enfocar la materia de forma imaginativa y relacionar las ideas sociológicas y sus conclusiones con las situaciones de nuestra propia vida.

Una de las maneras de alcanzar este objetivo es ser consciente de la diferencia que existe entre las formas de vida que consideramos normales en nuestra sociedad occidental y las de otros grupos humanos. Los seres humanos tienen muchas características comunes pero también hay bastantes diferencias entre las diversas sociedades y culturas. Nos ocuparemos de unas y otras en los Capítulos 2 y 3.

### **Resumen**

1. La sociología puede definirse como el estudio sistemático de las sociedades humanas, prestando una especial atención a los modernos sistemas industrializados.
2. La sociología se concibió como un intento de entender los trascendentales cambios ocurridos en las sociedades humanas en los dos o tres últimos siglos. Estos cambios no sólo se han producido a gran escala, sino que también han tenido lugar en los ámbitos más íntimos y personales de la vida de las personas. La insistencia en el amor romántico como base del matrimonio es un ejemplo de ello.
3. En la investigación sociológica es importante distinguir entre los resultados deseados y no deseados de la acción humana (42)
4. La práctica de la sociología supone la capacidad de pensar de forma imaginativa y de distanciarse de ideas preconcebidas sobre las relaciones sociales.
5. Entre los fundadores clásicos de la sociología hay cuatro figuras especialmente importantes: Auguste Comte, Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber. Comte y Marx, que escribían a mediados del siglo XIX, plantearon algunos de los temas fundamentales de la disciplina, que fueron desarrollados más tarde por Durkheim y Weber. Dichos temas se refieren a la naturaleza de la sociología y a las consecuencias del desarrollo de las sociedades modernas en el mundo social.
6. Se considera que Michael Foucault y Jürgen Habermas están entre los sociólogos más importantes de la actualidad. Sus obras profundizan en los temas abordados por los clásicos.

7. Según sus fundadores, la sociología es una ciencia porque conlleva métodos de investigación sistemática y la evaluación de teorías a la luz de los datos y de un argumento lógico. Sin embargo, no puede seguir directamente el patrón de las ciencias naturales, ya que existen diferencias fundamentales entre el estudio del comportamiento humano y el de la naturaleza.

8. La sociología es un objeto de estudio con importantes consecuencias prácticas. Puede contribuir a la crítica y a la reforma práctica de la sociedad de diversas maneras. En primer lugar, una mejor comprensión de un determinado conjunto de circunstancias sociales suele darnos más posibilidades para controlarlas. En segundo lugar, la sociología proporciona los medios para aumentar nuestra sensibilidad cultural, haciendo que las políticas se basen en la conciencia de la diversidad cultural. En tercer lugar, podemos investigar las consecuencias (deseadas y no deseadas) de la implantación de políticas concretas. Finalmente, y puede que esto sea lo más importante, la sociología proporciona autoconocimiento, ofreciendo a los grupos y a los individuos más oportunidades de alterar las condiciones de su propia vida.

### **Términos importantes**

- Imaginación sociológica
- Consecuencias no deseadas
- Reproducción social
- Transformación social
- Anomia
- Concepción materialista de la historia
- Capitalismo
- Autoconocimiento

# TAQUIGRAFIANDO LO SOCIAL

Taquigrafiando  
lo social

por  
**Renato Ortiz**



Las ciencias sociales viven de los conceptos. Tallarlos es un arte. No necesariamente en el sentido artístico de la palabra, sino en cuanto artesanía, un hacer, como decía Wright Mills. No pueden ser producidos en serie, según la vieja ortodoxia fordista; es necesario tomarlos, uno a uno, en su idiosincrasia, en su integridad. No digo esto de modo nostálgico, como si los tiempos pasados hubiesen sido mejores que los actuales. No todo lo industrial es malo, y lo inverso también es verdadero. Tiene poco sentido buscar una edad de oro que nunca existió y contraponerla idealmente a una dominación de la técnica, ya sea mecánica, surgida con la revolución industrial, ya sea informática, como en los días de hoy. Soy de los que tienen nostalgia del futuro, no del pasado. Pero si hablo de artesanía es porque el objeto sociológico es un artefacto hecho pieza por pieza, de allí su dimensión de totalidad. Al formularlo, estoy obligado a redondearlo, pulirlo, a tomar el detalle que contribuye a

la explicitación del todo. Cada investigación plantea cuestiones diferentes de las otras, incluso cuando trata la misma problemática, el mismo tema. Esto nos obliga siempre a "comenzar de cero", esto es, a rehacer los pasos iniciales de toda práctica sociológica: investigación empírica y bibliográfica, empleo de las fuentes primarias, lecturas, notas, selección del material que será utilizado, elaboración de los conceptos y, por fin, la escritura. Por eso, el esfuerzo metodológico es continuo, constante. Por cierto, el conocimiento anterior, de la tradición intelectual, del repertorio teórico, es fundamental, pero el planteo de los términos del problema es algo particular, específico. Los procedimientos metodológicos pueden variar: testimonios, documentos, textos periodísticos, entrevistas, otros libros, fotografías, imágenes, datos estadísticos, etcétera. No hay que pensar que los números son necesariamente "fríos", "mecánicos", "industriales", en contraposición al detalle del trabajo intelectual. Aplicadas a los soportes técnicos o a los procedimientos analíticos, las dicotomías frío/caliente, racional/emocional, particularmente exploradas por McLuhan (él afirmaba que la radio era "caliente" respecto de la "frialidad" de la televisión), sólo llevan a confundir las cosas. Es como si la cantidad fuese estructuralmente antagónica a la calidad (Hegel decía que la calidad sólo puede manifestarse como cantidad). Las técnicas estadísticas no tienen un valor en sí, no constituyen una teoría independiente de la mirada analítica que las emplea; sólo tienen sentido como procedimientos metodológicos. Al igual que otros procedimientos, a pesar de su complejidad matemática, tales técnicas se materializan en un elemento particular: esta investigación y no aquella, esta reflexión y no cualquier otra. Los números son técnicas en la construcción del objeto sociológico.

El oficio intelectual puede ser comparado con un tipo específico de quehacer doméstico: la costura. Coser requiere habilidad y cierto conocimiento. Y es sólo con la práctica, acumulada a lo largo de los años, como se llega a confeccionar,

satisfactoriamente, una prenda, una toalla, un adorno. Poner el hilo en la aguja, combinar las telas y efectuar el corte son operaciones delicadas que exigen paciencia y concentración. En este sentido, la expresión "hilvanar las ideas" revela algo inherente al trabajo intelectual. Se dice que un texto está "deshilvanado" de la misma manera que se sugiere que una prenda está mal ajustada, inacabada. Weber, en su crítica al desencantamiento del mundo, decía que incluso los grandes institutos científicos tendían a funcionar como empresas capitalistas, alienando al trabajador de los medios de producción. Para él, los libros poco a poco dejaban de ser propiedades individuales para acumularse en depósitos colectivos, las grandes bibliotecas. El trabajo individual cedería así lugar a la racionalidad generalizada en la sociedad. Creo que su pesimismo era en parte infundado. Es cierto que autores como Lazarsfeld soñaban con institutos de investigación en los cuales existiría una gran división del trabajo, una organización jerárquica, racional y eficaz, una estandarización de los conceptos y de las técnicas. En su autobiografía, él confiesa ser un político frustrado, ya que, al no tener la posibilidad de dirigir un aparato partidario, tuvo que contentarse con la dirección de institutos de investigación en los Estados Unidos. Sin embargo, la presencia de la técnica y de la organización burocrática tiene límites. La computadora es un buen ejemplo de esto. Cuando utilizo "cortar y pegar", separando un pedazo de mi texto para insertarlo en otra posición, retomo las operaciones de corte y costura. Con una ventaja: ahora puedo deshacer la tela innumerables veces y rearmarla de acuerdo con mis inclinaciones, teóricas o estéticas. El hacer artesanal ve así sus fronteras ampliadas. A cada momento, reedito en la pantalla la página escrita, la corto infinitamente, la mutilo, corrigiendo e hilvanando las ideas. Los científicos sociales insisten en decir que la construcción del objeto sociológico es fundamental en el movimiento de comprensión de la sociedad. Tienen razón, pero se olvidan a veces de añadir: ella se realiza en el texto. La escritura es el soporte y la concretización del

recorte conceptual. Las mismas informaciones, los mismos datos, pueden ser cosidos de manera diferente. No hay objeto fuera del texto y su contenido, para existir, debe formalizarse. Buena parte de la exposición argumentativa es una cuestión de composición. Las informaciones primarias son previamente estimadas, filtradas, antes de figurar en la página en blanco o en la pantalla de la computadora. Composición, elemento definitorio de la artesanía intelectual. Incluso en las realizaciones más simples, estandarizadas, como ocurre generalmente en los informes de investigaciones. Un texto se elabora con una maraña de hilos. Es fruto de lecturas anteriores y de la investigación. Puedo tejer con pocos hilos: mi tela quedará entonces algo empobrecida, monocromática. Cuando junto colores y espesores diferentes, altero su granulado, su matiz. Una tela rica posee tonalidades y sombras, su superficie es irregular y rugosa. Los hilos, o mejor, su entrelazamiento, hacen el resultado final. Cuando escribimos, trabajamos con un conjunto de ovillos a nuestra disposición. Está claro que siempre existe el riesgo de perderse en la búsqueda de esas referencias textiles. Por eso se impone una selección juiciosa, se trabaja con un número limitado de ovillos. La escritura es el resultado de una costura, de la conjunción entre la aguja y los hilos, la problemática teórica y los datos.

Todo pensamiento opera con conceptos, incluso el lenguaje más simple del día a día. Lo que diferencia a las ciencias sociales es que ellas deben liberarse de las nociones del sentido común, deben depurarlas para transformarlas en abstracciones más complejas, capaces de funcionar como categorías analíticas del pensamiento. La ruptura con el sentido común es fundamental para el razonamiento científico. Es un paso difícil, pues el lenguaje, al operar con conceptos abstractos, tiende a confundirlos, a pesar de sus orígenes e intenciones diferentes. Con anterioridad al acto de pensar, es necesaria una operación abstracta preliminar: la definición y el esclarecimiento de las categorías por medio de las cuales se piensa. Es

preciso diferenciarlas, separarlas del sentido usual en el que se las emplea comúnmente. La sociología no tiene, y nunca tuvo, el monopolio de la interpretación del mundo. Por el contrario, ella nace como un esfuerzo constante de diferenciación respecto de otros discursos. Al instituirse como espacio autónomo de conocimiento, la sociología se separa del periodismo, de la filosofía, de la política, de la religión, en fin, de otros textos y del sentido común, pero sin anularlos. Estos discursos permanecen intactos como formas de conocimiento, válidas y distintas y, muchas veces, en oposición al razonamiento sociológico. Todo el problema consiste en saber qué constituye el carácter diferencial de las ciencias sociales, cómo se define. El sentido común representa el contrapunto necesario en relación con el cual se elabora el pensamiento sociológico. Él es su polo negativo, el desafío que permanentemente se quiere superar. Por un momento, entre el final del siglo XIX y comienzos del XX, los antropólogos pudieron imaginar que su disciplina, de cierta forma, escaparía a este dilema que echa sombras sobre la sociología. Al fin de cuentas, la llamada antropología clásica se inició con el estudio de los pueblos indígenas. El antropólogo debía, al desplazarse hacia un territorio distante, comprender una realidad extraña a los ojos del mundo industrial. Los mitos, los rituales y las relaciones de parentesco pudieron entonces ser explicados analíticamente sin la competencia incómoda de ningún otro tipo de interpretación. Los indígenas eran considerados apenas como informantes, esto es, relataban algo que debía ser decodificado por el especialista, pero, como pertenecían a una cultura iletrada, difícilmente podrían ser considerados interlocutores serios y legítimos. Correspondía a la comunidad antropológica, y sólo a ella, con sus acuerdos y disputas, dar la última palabra acerca de esas sociedades distantes. El panorama cambió con las guerras de descolonización, la alfabetización de los líderes indígenas, la conquista de la escritura y, finalmente, el surgimiento de los movimientos políticos, en cuyo interior aparece la figura del intelectual indígena, vinculado

orgánicamente a la lucha de su comunidad. En este contexto, la palabra oficial de la disciplina, la antropología, es contrapuesta a otros discursos, incluido un sentido común indígena, ahora orgánicamente articulado en textos escritos, conferencias, encuentros internacionales. Antropólogos y sociólogos se hallan así ante un problema análogo: cómo distanciarse de lo inmediatamente dado, de la experiencia comprendida y percibida por las personas. Por eso, las ciencias sociales son una tentativa permanente de distanciamiento de la realidad inmediata. Para utilizar una expresión cara a los frankfurtianos, son una "alienación" necesaria al pensamiento. Es esta capacidad alienadora, similar a la del arte, la que le permite separarse del mundo y aprehenderlo con otros ojos. La mejor metáfora para expresar tal condición quizá sea la del viaje. No un viaje real en el que efectivamente se produce un desplazamiento espacial de un lugar a otro. Se trata más bien de un desplazarse imaginario, en el cual el científico social, sin salir del lugar, construye otra espacialidad, aparte de su situación presente. Él viaja en esta territorialidad imaginada a través de los conceptos, las abstracciones que lo hacen trascender su condición específica. Para "comprender la realidad", o mejor, para captar las articulaciones de elementos de la realidad, es necesario alejarse de ella. Sólo así es posible revelar lo que se encuentra "oculto", "inconsciente", en fin, lo que permanece más acá y más allá de las conciencias individuales. Éste es el sustrato al que Durkheim llamaba hecho social, es decir, algo que envuelve a la conducta individual pero que se le escapa en cuanto significado. Si los hombres hacen la historia pero no tienen conciencia de ello, como decía Marx, es porque las explicaciones dadas por los actores sociales son insuficientes para comprender los acontecimientos. Esto es lo que diferencia a las ciencias sociales del discurso político, religioso o mediático. Ellas consideran a lo inmediatamente dado como algo sospechoso y no como la prueba de lo que "realmente pasó", para usar un término del realismo televisivo.

Las ciencias sociales no viven sólo de abstracciones. Cuando asistía a las clases de Roger Bastide, recuerdo que él decía, con cierta ironía, que hasta los mismos dioses necesitan la materia para vivir. Su ejemplo preferido era el candomblé. Los negros que llegaban al Brasil traían consigo los trazos de una memoria colectiva africana. En ella residía la fuerza de su cultura. Pero ninguna memoria es capaz de resistir al tiempo, y en particular a las transformaciones impuestas por una sociedad esclavista, como pura abstracción. Para realizarse, en su lucha constante contra el olvido, tuvo que encarnarse en un espacio específico, en "nichos" de celebraciones, los candomblés. Allí, a través de los rituales, los hombres pudieron revivir los gestos, la danza y las costumbres de sus antepasados. Algo semejante sucede con las disciplinas científicas. Los conceptos y las teorías, por más abstractos que sean, deben encarnarse en instituciones, universidades, centros de investigación, departamentos, pues sin todo ello difícilmente llegarían a realizarse. Dicho de otro modo, la autonomía del pensamiento presupone la autonomía de las instituciones que le brindan soporte. Bourdieu tiene razón cuando dice que la historia de las ideas no se limita sólo a las ideas; es necesario, además, comprender cómo son trabajadas por la comunidad académica, por el "campo" científico. Éste es el nicho en el que se actualizan las abstracciones. Durante el siglo XX, las ciencias sociales se desarrollaron y se expandieron de forma excepcional. Su movimiento de autonomización, antes restringido a algunos lugares de Francia, Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos, se fue generalizando y abarcó los continentes y países más diversos. Pero ¿qué se entiende por "autonomización"? Ya dije que, para existir como pensamiento original, las ciencias sociales necesitan separarse del sentido común y de los otros saberes; deben, por lo tanto, trazar los límites de su competencia. Lo que llamamos institucionalización no es otra cosa que la delimitación de una territorialidad en cuyo interior son válidas las "reglas del método sociológico". Como los artistas, los científicos sociales, al escribir

para sus pares, se encierran dentro de las fronteras de su disciplina. Esto sólo es posible cuando los conceptos, los procedimientos técnicos, el objeto construido, forman parte de una institución, de una materialidad. Las ciencias sociales han sido capaces de progresar no apenas a causa de las buenas ideas, sino también debido al desarrollo de centros de investigación, la creación de bibliotecas, la edición de revistas académicas, los congresos de especialistas, en fin, a un conjunto de prácticas que les dan soporte. "Autonomía" significa, pues, la capacidad de decidir de acuerdo con las reglas del juego sociológico, como caminar en esta o aquella dirección. La universidad y los institutos de investigación tal vez sean algunos de los pocos lugares de la sociedad actual donde este grado relativo de libertad puede expresarse. La empresa, el sindicato, el partido, los órganos de gobierno, la prensa exigen de sus miembros una actitud práctica dirigida a objetivos precisos. No se puede "perder tiempo" en otras cosas. La universidad, al postular como su fundamento el saber científico, libera a sus participantes de la presión de los objetivos de corto plazo. Su temporalidad es de otra naturaleza. Sin embargo, incluso allí se hacen sentir tensiones contradictorias, debidas principalmente a la presencia de una lógica mercantil ajena al trabajo académico y a las exigencias del mundo mediático. En este caso tenemos un conflicto abierto, que pone en cuestión la propia independencia no sólo de las instituciones, sino también del acto de pensar libremente. En realidad, en este comienzo del siglo XXI, las ciencias sociales se encuentran en una posición bastante diferente de la que ocupaban con anterioridad, en el momento en que conquistaron su autonomía. Ya no se trata de separarse de otros saberes, de delimitar un territorio, sino que es la misma lógica de algunos saberes, hegemónicos en la sociedad, la que penetra y reestructura el campo académico, alejándolo de sus raíces. La relación sociología/periodismo, ciencias sociales/empresa, no constituye simplemente una contraposición de prácticas distintas; el texto sociológico se torna muchas veces periodístico, o

una mera descripción administrativa. Pierde así en comprensión, en densidad analítica.

Las ciencias sociales han progresado: investigaciones, monografías, análisis estadísticos y reflexiones teóricas han tornado más denso el horizonte de su conocimiento. Pero su institucionalización trajo también problemas. Hubo, primero, un intenso proceso de fragmentación. Las especialidades —sociología, antropología, ciencias políticas—, que en cierto momento parecían impulsar una mejor comprensión de los fenómenos sociales, se han multiplicado en pedazos desconectados. Cada subtema se tornó una minidisciplina: sindicalismo, partidos, gobierno, cultura popular, arte, rural, urbano, etnia, género, etcétera. De alguna manera, el campo autónomo da la idea de un conjunto heteróclito de prácticas. No creo que el avance del conocimiento sea necesariamente la causa de todo esto; este argumento revela, en el fondo, una tentativa de autojustificación interesada. La razón del estado actual reside más en las reglas y en los procedimientos institucionales que acaban privilegiando el corporativismo de pequeños grupos. Se estimulan las redes de investigación, los intercambios académicos, y se olvida a menudo el contenido que debería ser tratado. La forma predomina sobre lo esencial. Un ejemplo: la relación, cada vez más dependiente, de la reflexión sociológica con las fuentes de financiamiento. El problema no reside tanto en los recursos que se movilizan; reside en que el tema de la investigación no nace de la maduración de una problemática anterior, sino que es propuesto desde afuera, esto es, desde el ámbito de las instituciones financiadoras. La construcción del objeto debe por ello ajustarse a las demandas externas y a la lógica del campo intelectual. Se llega así a una paradoja. Cuando se crearon las ciencias sociales, la intención primera era comprender la sociedad en su totalidad. De allí la necesidad de autonomizarse. Sin embargo, la hiperespecialización acaba por contradecir los propósitos anteriores, ya que sólo se aproxima a una parcela de aquello que debería ser aprehendido. Sucede

como si la parte sustituyese al todo. Si los acontecimientos son fenómenos sociales totales, como decía Mauss, que articulan diversos niveles —el político, el económico, el social, el cultural—, el enfoque parcial, parcelado, tiende a empobrecer su comprensión. Buena parte del debate actual sobre el enfoque multi o transdisciplinario tiene que ver con una profunda insatisfacción ante este cuadro. El fordismo intelectual nos hace perder la perspectiva de una comprensión más abarcadora de las cosas. Existen además problemas de otra naturaleza. Las ciencias sociales han constituido una tradición. Las referencias existentes ya no se remontan apenas a los fundadores, Weber o Durkheim. Ellas se multiplican: Parsons, Merton, Mauss, Malinowsky, Radcliffe-Brown, Mills, Pritchard, Turner, Geertz, Habermas, Bourdieu, etcétera. En cada lugar en que se desarrollan, la bibliografía aumenta: Gilberto Freyre, Florestan Fernandes, Costa Pinto, Maria Isaura Pereira de Queiroz, Octávio Ianni. Junto a este movimiento de regionalización —sociología brasileña, japonesa, argentina, norteamericana; antropología británica, francesa, alemana, mexicana—, las generaciones suman nombres, investigaciones, inclinaciones teóricas. Pero toda tradición es ambigua. Por un lado, es fuente de identidad, el suelo al cual pertenecemos; por otro, las raíces, que son demasiado profundas, impiden que surjan otros movimientos. El campo científico, al reproducir las razones de su existencia, consagra determinadas maneras de ver y de proceder que, al legitimarse, funcionan como obstáculos para cualquier apertura hacia lo nuevo. En este sentido, hay mucho conservadurismo. La dificultad para innovar es resultado de una estructura que privilegia la fijeza en detrimento del riesgo. Simmel asociaba la práctica sociológica con la aventura, con el ejercicio constante de la duda. Los nichos del "candomblé académico" actúan en la dirección opuesta: como en los rituales religiosos, se celebra la memoria de lo que se conoce desde tiempo atrás. Italo Calvino, en un capítulo de *Seis propuestas para el próximo milenio*, "Levedad", decía que la tarea del escritor

era luchar contra lo pesado. En el mundo en el que impera la fuerza de gravedad, el lenguaje utilizado para nombrar los objetos está siempre envuelto por el peso de las cosas. Su ganga, residuo mineral, aumenta su densidad material. Escribir sería una manera de depurarlos de su condición natural. Puedo decir lo mismo de las ciencias sociales. No sólo pesa la realidad, sino también los conceptos, que a medida que se sacralizan se tornan cada vez más arraigados, inmóviles. Ellos forman parte de un mobiliario consensuado, de un sentido común académico, cuya función principal es la ritualización de las reglas institucionales.

Las ciencias sociales son históricas. La afirmación, en sí, es banal, pero es preciso extraer de ella sus consecuencias. La historicidad, en un primer momento, significa la restricción a cualquier pretensión de universalidad total de la explicación científica (no tengo dudas de que ellas poseen una universalidad parcial). Como el objeto sociológico se encuentra históricamente delimitado, las categorías de interpretación de lo real no pueden constituirse en leyes genéricas cuya validez sería atemporal. La interpretación se encuentra así sujeta a las realidades concretas. Por ejemplo, el concepto de trabajo difícilmente se aplique a la comprensión de las sociedades indígenas, en las cuales la propia noción, tal como la entendemos, no existe. Si Weber fue capaz de interpretar la sociedad occidental en términos de racionalización se debe a que ese trazo específico, que para él se articula conceptualmente, le permite distinguir tales sociedades de las otras, en las cuales su existencia es precaria. Esto no sucede sólo con relación al pasado; el presente también viene cargado de historia. De cierta manera, las ciencias sociales, para utilizar una imagen de Octávio Ianni, son una especie de taquiografía de lo social. El lenguaje taquigráfico es por cierto menos extenso, más abstracto que el lenguaje corriente, es un código simplificado con un número de palabras más reducido. En este sentido, se aleja de lo real, buscando cifrarlo por medio de sus notaciones más genéricas. Pero su uni-

versalidad, para dar cuenta de lo que pasa, remite a la situación que intenta describir. La taquigrafía es siempre la traducción de alguna cosa determinada: "esta frase", "aquella sentencia". El contexto del enunciado nunca desaparece, es una referencia obligatoria, sin la cual la propia idea de lenguaje taquigráfico no prevalecería. Por eso la historia de las ideas es simultáneamente historia conceptual y de los contextos en los cuales se producen las categorías analíticas. Una noción como la de nación no tiene nada de universal, se aplica apenas a un determinado tipo de formación social que surge con la revolución industrial y los cambios políticos de los siglos XVIII y XIX. El objeto sociológico, al ser histórico, significa además que se transforma en el curso de los procesos sociales. El pensamiento debe por tanto estar atento a los cambios. Primero, de las situaciones, de los contextos; segundo, de las categorías que los aprehenden. El tema de la globalización es un buen ejemplo. No se trata de un nuevo paradigma, de una nueva teoría, sino de una situación que redefine los marcos en los cuales se manifiestan los fenómenos sociales. En este sentido, para comprenderla, es necesario inventar o redefinir los elementos teóricos tradicionalmente disponibles. La imaginación sociológica consiste en percibir los cambios y forjar instrumentos conceptuales capaces de analizarlos. El presente, en cuanto historia, desafía al pensamiento.

Había dicho que la reflexión sociológica, para comprender la realidad, debería alejarse de ella. Puedo ahora corregir mi afirmación, pero digo corregir en el sentido de orientarla mejor, no de anularla. Las ciencias sociales se alimentan del mundo, ése es el material de su existencia. El observador, aquel que lo analiza, está inmerso en los problemas de ese mundo. Su sensibilidad histórica funciona por tanto como un estímulo intelectual. La creatividad sociológica supone, al mismo tiempo, un corte con el sentido común y una elaboración permanente y audaz de nuevas hipótesis. Como observa Pierre Ansart, las creaciones de los grandes sociólogos no se reducen "ni al grito

de la rebelión" (la simple ideología), "ni al rigor de las construcciones científicas". Evidentemente, en el interior de la obra de un autor existe, para usar una expresión de Gurvitch, un grado diversificado de coeficiente ideológico. El *Manifiesto comunista* no posee la misma complejidad que *El capital*. De la misma manera, los escritos de Durkheim sobre el divorcio no retoman, con la misma profundidad, los temas analizados en *El suicidio*. Los elementos ideológicos se insinúan a todo momento y deben ser controlados mediante una vigilancia epistemológica permanente. Pero es imposible no reconocer que es justamente ese aspecto el que permite el avance de las ciencias sociales. ¿Cómo pensar las obras de Weber sin su pesimismo en relación con la racionalidad capitalista, o las de Marx sin su fe revolucionaria? El trabajo intelectual se nutre de una situación ambivalente (y recuerdo, ambivalencia no es sinónimo de ambigüedad): el rigor y el control científico y una vinculación visceral con las cosas del mundo. No creo que la categoría gramsciana del intelectual orgánico sea adecuada para describir el artesanado académico. La política quiebra el aislamiento intelectual, pero su ejercicio prolongado nos empuja hacia las razones pragmáticas que le son inherentes. De los *Cuadernos de la cárcel* prefiero el pasaje en el que Gramsci nos habla de la actividad intelectual como una ironía apasionada. La ironía me distancia de la realidad inmediata, y me permite trascenderla; la pasión me recoloca en el mundo.

\*\*\*

Los textos reunidos en este libro fueron escritos en momentos distintos y publicados en revistas y obras. Todos tienen en común una misma dimensión: la reflexión sociológica. Fueron revisados y rescritos en su totalidad. La versión actual es sustantivamente diferente de las anteriores, pero sin modificarlas en su argumentación ni en su lógica expositiva. Esta introducción fue escrita específicamente para el presente libro.

# EN DEFENSA DE LA SOCIOLOGÍA

contra el mito de que los sociólogos son  
unos charlatanes, justifican a los delincuentes  
y distorsionan la realidad

bernard lahire

traducción de georgina fraser

 **siglo veintiuno**  
editores



**siglo xxi editores, méxico**

CERRO DEL AGUA 248, HOMERO DE TERREROS, 04310 MEXICO, DF  
www.sigloxxieditores.com.mx

**siglo xxi editores, argentina**

CUARTENAJA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA  
www.sigloxxieditores.com.ar

**anthropos**

LEFRANT 241, 243 08013 BARCELONA, ESPAÑA  
www.anthropos-editorial.com

Lahire, Bernard

En defensa de la sociología: Contra el mito de que los sociólogos son unos charlatanes, justifican a los delincuentes y distorsionan la realidad. - 1ª ed. - Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2016. 128 p.; 21x14 cm. - (Sociología y política)

Traducción de Georgina Fraser // ISBN 978-987-629-701-1

1. Sociología. I. Fraser, Georgina, trad.  
CDD 301

*Cet ouvrage a bénéficié du soutien du Programme d'aide à la publication Victoria Ocampo de l'Institut français d'Argentine/Ambassade de France. Este volumen cuenta con el apoyo del Programa Victoria Ocampo de ayuda a la publicación, Institut Français d'Argentine/Embajada de Francia*

Título original: *Pour la sociologie. Et pour en finir avec une prétendue "culture de l'excuse"*

© 2016, Éditions La Découverte, París  
© 2016, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Diseño de cubierta: Eugenia Lardiés

ISBN 978-987-629-701-1

Impreso en Arcángel Maggio - División Libros // Lafayette 1695,  
Buenos Aires, en el mes de noviembre de 2016

Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina // Made in Argentina

## Índice

Introducción. Heridas narcisistas y resistencias	11
1. Acusada de excusar: la sociología en el banquillo	15
2. Entender, juzgar, castigar	27
Castigar sin entender	29
Entender sin juzgar	33
¿Para qué sirve entender?	36
3. La ficción del <i>Homo clausus</i> y del libre albedrío	39
4. Velar a los dominados su realidad, negar la dominación	51
Cómo se vela la realidad de los dominados	53
El consentimiento individual borra cualquier dominación	56
5. Terminar con las falsas evidencias: la sociología en acción	63
El aporte de la sociología	65
La sociología no se reduce al estudio de los colectivos	71
La sociología es relacional	73
Fuerzas de comprensión, fuerzas de represión	79
Conclusión. Ciencias para la democracia	83

## Introducción

### Heridas narcisistas y resistencias

La sociología provoca diversas resistencias. Al hacer visibles las regularidades colectivas o los hábitos (no siempre conscientes) de los individuos, al echar luz sobre estructuras, mecanismos o procesos sociales que, aunque surcan íntima y permanentemente a los individuos, pocas veces son producto de su voluntad, esta ciencia le infligió a la humanidad una cuarta herida narcisista. Después de la herida copernicana que demolió la creencia de que la Tierra era el centro del Universo, después de la herida darwiniana que echó por tierra cualquier perspectiva de una humanidad separada radicalmente del reino animal y después de la herida freudiana que llevó a reconocer que la actividad psíquica no era del todo consciente, la herida sociológica rompió la ilusión de que cada individuo es un átomo aislado, libre y dueño de su destino, un pequeño centro autónomo de una experiencia del mundo, con sus elecciones, decisiones y voluntades, sin límites ni causas.

La sociología recuerda que el individuo no es una entidad encerrada en sí misma, portadora de todos los principios y todas las razones de su comportamiento. Así, contraría todas las visiones encantadas de un Hombre libre, autodeterminado y responsable. También echa luz sobre la realidad de las disimetrías, las desigualdades, las relaciones de dominación y explotación, el ejercicio del poder y los procesos de estigmatización. Al hacerlo, es inevitable que incomode a quienes poseen algún privilegio o ejercen un poder de cualquier índole y querrían aprovechar las ventajas de su posición entre

la ignorancia general. Por eso provoca la cólera de quienes tienen interés en hacer pasar gato por liebre: relaciones de fuerza y desigualdades históricas por estados de hecho naturales, y situaciones de dominación por realidades libremente consentidas.

En la intersección de estos dos puntos neurálgicos se alza la crítica de la sociología. Desde hace casi cuarenta años, aunque de manera más intensa durante los últimos veinte, se la acusó de justificar o excusar la delincuencia, la perturbación del orden público, el crimen, el terrorismo e incluso, en un registro completamente distinto, los fracasos, la mala conducta o el ausentismo escolar. Pero quienes atacan lo que llaman la "excusa sociológica" confunden derecho y ciencia. Así, consideran que entender es una manera de excusar que libra de responsabilidades.

Paradigmáticamente, esta crítica se encuentra en una obra publicada en Francia en abril de 2015, con el título *Malaise dans l'inculture* [Malestar en la incultura] (Val, 2015). Su autor, Philippe Val, que fue director de la redacción de *Charlie Hebdo* y luego de la estación de radio France Inter, desarrolla allí una reflexión personal inspirada en los atentados del 7 y 9 de enero de ese año. Su objetivo es diagnosticar los males de nuestra sociedad que, a su entender, se resumen en una palabra: "sociologismo". El término podría llevar a pensar que el autor hace una diferencia entre la sociología y sus derivas. Sin embargo, la lectura integral de la obra no deja duda alguna sobre el hecho de que, en realidad, la que está en el banquillo de los acusados es la sociología: la sociología junto con su supuesta desresponsabilización de los individuos y la colonización sociológica de las mentes. De creerle, esta disciplina tendría el control total de todas las esferas y atormentaría las mentes de todas y todos. Nos encontraríamos incluso frente al "advenimiento de la era sociológica" (2015: 106). De esta manera, Philippe Val declara la guerra a la sociología y a sus adeptos, que según se supone actuarían en todo el mundo social. Como su obra condensa un gran número de lugares

comunes de esta época, será objeto de un examen más detallado al final del libro.

El desarrollo de múltiples contraverdades —en su mayoría, cercanas al delirio— suscita un intenso sentimiento de indignación en aquellas personas que creen que las ciencias sociales son útiles, ahora más que nunca, en un mundo donde los discursos ilusorios buscan una y otra vez interferir en la mirada de los ciudadanos acerca de la realidad. Sin embargo, si se tratara únicamente de una toma de posición aislada o no hubiese gozado de una publicidad tan sustancial, la obra de Val no habría merecido más que risa o indiferencia. Por desgracia, no fue el caso. Así, el objetivo de estas líneas es responder al conjunto de ataques recurrentes dirigidos a la sociología con una argumentación lo más explícita y clara posible.

Las críticas que hoy en día se hacen a la sociología y, de manera más amplia, a todas las ciencias que estudian la realidad social se basan sobre una mezcla de desconocimiento y resistencia. En ocasiones, por puro desconocimiento, se atribuyen a estas ciencias intenciones o defectos que no tienen. Se confunde su trabajo de descripción e interpretación con un trabajo de justificación o de denuncia, según el caso: cuando buscan entender actos moral o jurídicamente condenables, son sospechosas de excusar; cuando enuncian estados de hecho que causan indignación (desigualdad, dominación, etc.), se las acusa por denunciar.

A algunos actores políticos, algunos periodistas-editorialistas y algunos ensayistas sin disciplina (en todos los sentidos del término) que pasan su tiempo diciendo qué está bien y qué está mal les cuesta entender que haya trabajos de investigación cuyo único objetivo sea intentar entender lo que existe de la manera más racional posible y no juzgarlo o procurar transformarlo. Sus funciones, como los lugares y carreras en que se formaron, difícilmente los predispongan a entender qué son estas ciencias.

En estos días puede armarse un revuelo cuando una ministra de Cultura confiesa que no tiene tiempo para leer literatura.

Sin embargo, también habría que sorprenderse, e incluso escandalizarse, porque ni ella ni gran parte de los ministros pasados o presentes leen con regularidad libros de sociología o antropología, historia o ciencias políticas. Cuando se quiere actuar sobre el mundo físico, a todos les parece normal que haya que apoyarse en conocimientos científicos y técnicos muy sólidos. Es imposible construir un puente sin conocer las propiedades del suelo, los materiales utilizados, las tensiones y las fuerzas a las cuales el puente en cuestión estará sometido, etc. Por el contrario, es posible hacer política —tener intenciones de actuar sobre la realidad social—, sin siquiera haber leído una línea de las ciencias que la estudian.

La crítica también es una resistencia por parte de quienes, con toda razón, ven en estas ciencias un ataque a la idea de un sujeto libre y consciente, o entienden demasiado bien el riesgo que su desarrollo plantea a toda una serie de privilegios o ventajas. Privilegios y ventajas que son tanto menos atacables en cuanto permanecen en las sombras. Por ende, se vuelve necesario explicar qué son estas ciencias de la sociedad y qué no son, destruir los procesos de intención que las involucran y recordar su utilidad social.

Este texto está escrito deliberadamente para no profesionales de la sociología. Por mi parte, habría podido multiplicar las referencias bibliográficas y los incisos teóricos, pero quise evitar cualquier exceso para ir directo al grano y no perder la atención de los lectores. Si los argumentos aquí desarrollados logran convencer a algunos, no cabe duda de que despertará en ellos el deseo de leer luego apasionantes trabajos realizados por numerosos investigadores en ciencias sociales que les permitirán entender mejor el mundo en que viven.

## 1. Acusada de excusar: la sociología en el banquillo

y, en especial, su total desconocimiento de la ciudad de Clichy-sous-Bois (Jobard, 2015). Sin embargo, lo que es válido para los representantes del orden público no necesariamente lo es para los demás. Diez años antes de la publicación del libro de Philippe Val, Ajavon ya diagnosticaba el “predominio de ese discurso sociológico-explicativo en los medios” que “tendería a influir en los periodistas y transformar algunos artículos en una vulgata sociológica de tinte compasivo y moralizador, cargada de buenas intenciones y un insoportable paternalismo”.

Diez años más tarde, el 22 de enero de 2015, Jacques Wels, un sociólogo de la Universidad Libre de Bruselas, escribió en el diario *Le Monde* una columna cuyo título no daba lugar a la ambigüedad: “Cessons d’incriminer la société et laissons à l’individu sa part de responsabilité” [Dejemos de acusar a la sociedad y asignemos a los individuos su cuota de responsabilidad]. Allí atacaba un artículo del sociólogo Didier Fassin —a quien situaba en la misma línea de reflexión que Pierre Bourdieu—, que *Le Monde* había publicado el 15 de enero de ese mismo año. Wels sostenía que la “excusa sociológica” contribuye a “despojar [al individuo] de cualquier esperanza de éxito” y a “fabricar individuos carentes de un destino individual, encerrados en un flujo colectivo donde no tienen margen alguno de maniobra”. Para él, “considerar los hechos sólo bajo la lupa de los determinantes sociales” es infligir a los individuos una auténtica “humillación pública”. Para devolver a los individuos su dignidad, habría que volver a darles, como hicieron “sociólogos como Boudon o Giddens”, “un margen de maniobra” y admitir que “sí hay una responsabilidad individual”.

## 2. Entender, juzgar, castigar

Entender no significa justificar. Se puede entender sin justificar y se puede justificar sin entender. La justificación es un fenómeno de índole moral, la comprensión, de índole gnoseológica.

A. ZINOVIEV, *Le héros de notre jeunesse. Essai littéraire et sociologique sur le stalinisme*

#### **CASTIGAR SIN ENTENDER**

Quienes denuncian los intentos de la sociología por entender o explicar querrían poder juzgar (e incluso castigar) sin explicaciones ni reproches. Querrían poder sentirse plenamente justificados para reprimir, sin que nadie pudiera recordarles que los crímenes y los delitos, al igual que cualquier otro acto humano, tienen causas o condiciones de posibilidad. Su intención es reducir todas esas "causas" a una mera "decisión" intencional, una mera "elección" consciente o la simple "voluntad" de los criminales, terroristas y delinquentes. Como decía Julien Dray, diputado socialista, en la Asamblea Nacional, el 16 de julio de 2003,

al igual que Jean-Pierre Raffarin, pensamos que un delincuente es un delincuente. [...] Sí, existe un campo propicio para la delincuencia, pero de ningún modo este justifica el acto delictivo. Uno

no elige dónde nacer, pero elige qué vida vivir. Y *uno elige convertirse en delincuente*. A partir de ese momento, la sociedad no puede elegir otro camino más que la represión (cit. en Tevanian, 2004; el destacado nos pertenece).

Sin embargo, a estas "almas caritativas" nunca se les ocurre preguntarse de dónde provienen esas decisiones o esas voluntades, sobre qué se basan, qué las motiva y en qué condiciones cobraron forma.

Quiénes reducen las ciencias sociales en general, y la sociología en especial, a una "cultura de la excusa" confunden dos planos profundamente distintos: por un lado, el primer plano, no normativo, propio del conocimiento científico, y por el otro, el segundo plano, normativo, propio de la justicia, la policía, la cárcel, etc. Por su parte, el científico estudia "lo que es" y no busca evaluar si es "bueno" o "malo". Como recordaba Durkheim en *Educación y sociología*:

La ciencia empieza en cuanto el saber, sea cual sea este, es investigado por sí mismo. Desde luego, el sabio sabe perfectamente que sus hallazgos son, con toda seguridad, pasibles de utilización. Puede suceder, incluso, que enfoque preferentemente sus investigaciones hacia tal o cual punto porque presiente que serán de esta suerte más provechosas y que permitirán satisfacer necesidades apremiantes. Sin embargo, en tanto se entrega a la investigación científica, se desinteresa de las consecuencias prácticas. Dice lo que es, constata lo que son las cosas, y a esto se limita. No se preocupa por saber si las verdades que descubre resultarán agradables o desconcertantes, si es beneficioso que los informes que establece sigan siendo lo que son, o si, al contrario, más valdría que fuesen de otra manera. Su papel consiste en expresar la realidad, no en juzgarla" (Durkheim, 2005 [1922]: 71).

*Para recordar*  
*7*  
*Para no olvidar*  
*la esencia de*  
*esto*

Aquí Durkheim especifica el estatus científico de la sociología y enuncia lo que constituye su especificidad, su actitud propia. Otros grandes sociólogos describieron de manera bastante similar esa misma actitud. Es el caso de Max Weber, quien escribió que "una ciencia empírica no podría enseñar a una persona lo que *debe* hacer, sino únicamente lo que *puede* y —llegado el caso— lo que *quiere* hacer" (Weber, 1992: 125).

Pensar que buscar las "causas" o, más modestamente, las "probabilidades de aparición", los "contextos" o las "condiciones de posibilidad" de un fenómeno equivale a "excusar" en el sentido de "disculpar" o "absolver" a los individuos es resultado de una *confusión de perspectivas*. El hecho de entender pertenece al ámbito del conocimiento (*laboratorio*). Juzgar y sancionar son propios del ámbito de la acción normativa (*tribunal*). Afirmar que entender "desresponsabiliza" a los individuos implicados equivale a reducir indebidamente la ciencia al derecho.

Entender no es juzgar. Pero juzgar (y castigar) no impide entender. Si el punto de vista lógicamente normativo y represivo del Ministerio del Interior no hubiera invadido cierto número de mentes políticas, mediáticas e intelectuales y si la actitud de quienes quieren juzgar y castigar sin entender no se hubiera propagado de modo irracional en la esfera pública, nadie se atrevería a criticar a las ciencias del mundo social por hacer su trabajo y a nadie tampoco se le ocurriría interpretar la "búsqueda de causas" o la "voluntad de entender" como una excusa o un proyecto de exculpación.

Las "tesis" sobre la normatividad de las ciencias sociales que propuso el sociólogo estadounidense Andrew Abbott (2015), profesor en la Universidad de Chicago y director del *American Journal of Sociology*, son tanto indefendibles en lo científico como políticamente problemáticas en el contexto actual. En efecto, este sociólogo juega con fuego cuando afirma sin matices que todo es "normativo" en las ciencias sociales, del mismo modo que en otra época podía decirse, con la misma sutileza, que todo en ellas es "político". Con esta afirmación

parece dar razón a todos los detractores de la sociología que ven en ella una variante del izquierdismo. Al definir lo normativo como lo que “está bajo el régimen del bien y el mal” y distinguirlo de lo “empírico”, que “está bajo el régimen de verdad o falsedad”, Abbott da a entender que los sociólogos son un tipo de moralistas o ideólogos (los califica como “evaluadores de la vida social”). Sin embargo, los ejemplos que proporciona de esta “normatividad” dejan en evidencia la gran confusión intelectual subyacente a una afirmación que no distingue entre las prácticas sociales; por supuesto, estas siempre se consideran según órdenes de valor (opuestos); el trabajo científico, que las considera objetos de estudio, y el juicio normativo (moral, político, religioso, etc.) que también puede emitirse sobre estas prácticas.

Por ejemplo, cuando Abbott menciona el caso del dibujo en una pared pública, que algunos pueden considerar arte y otros un acto de delincuencia juvenil, está claro que confunde dos cosas: por un lado, el trabajo normativo de categorización que llevan a cabo los actores para decir “esto es un acto delictivo” o “esto es arte” y, por otro lado, el juicio normativo de un (mal) investigador que se pronunciaría sobre el carácter “bueno” o “malo” de dicha práctica. Contrariamente a lo que este autor pretende, el sociólogo que estudie esos murales debe abstenerse de dar una opinión acerca de la naturaleza de los actos que son objeto de luchas de definición y clasificación. Debe contentarse con analizar tales luchas, así como todas las consecuencias que su resultado conlleve en cuanto a la manera de tratar los dibujos en cuestión y a sus autores: en un caso, se borrarán los actos de vandalismo y se castigará a quienes los realicen; en el otro, se protegerán los murales y se admirará a los artistas.

Al mismo tiempo, Abbott confunde lo que Max Weber (1992 [1922]) se esforzó con toda razón por distinguir: el “juicio de valor” y la “relación con los valores”; si bien el investigador siempre manifiesta su “relación con los valores”

mediante la elección de sus objetos de estudio y la manera en que los aborda, su trabajo, como tal, no consiste en decir qué está “bien” y qué está “mal”.

#### ENTENDER SIN JUZGAR

En el fondo, la perspectiva propia de las ciencias sociales podría condensarse en el lema que el novelista Georges Simenon atribuyó al comisario Maigret. Este lema, que también es el del novelista que se hace intérprete de las historias individuales y de sus crisis, es el siguiente: “entender y no juzgar”. La frase evoca necesariamente la fórmula de Spinoza que, con razón, Pierre Bourdieu consideraba característica del espíritu sociológico: “No reír, no llorar y no odiar, sino entender” [*Non ridere, non lugere, neque detestari, sed intelligere*] (Spinoza, 2013 [1677]).

Maigret resulta estar más cerca del sociólogo no normativo que del representante del orden, al que uno puede imaginar más normativo en virtud de su profesión y su deber. Su objetivo es dar una explicación de actos que a veces parecen no tenerla o volver necesario lo que parece ser apenas un suceso que surgió de modo aleatorio. En efecto, el comisario intenta comprender los mecanismos que llevan al crimen y no se contenta con poner en evidencia los indicios materiales que lo conducen al criminal, sino que busca insertarse en el universo de las víctimas, los sospechosos y su entorno con una curiosidad que va más allá de lo que exige su profesión. Así, deja en evidencia que prefiere investigar a descubrir. Más aún, prefiere la investigación global de un universo social y mental antes que la estricta pesquisa policial, que sólo retiene de lo observado aquello que puede inculpar o absolver.

En contra de la muy novelesca idea de un “misterio humano” difícil de asir, Simenon cree posible entender los actos más alocados, inusuales o inesperados, simplemente a partir de conocer los diferentes medios sociales en juego y el lugar

De explicar → volver a explicar  
 que el mundo es un  
 espectáculo de lo cotidiano.

que ocupan en ellos los distintos protagonistas del drama. Los crímenes cometidos sólo cobran sentido cuando se los vuelve a situar en la compleja red social de la cual surgieron. En ocasiones, durante la pesquisa, el comisario siente la necesidad de preguntarse acerca de las lógicas sociales, individuales y colectivas que condujeron al delito que intenta dilucidar. Para entender el crimen, hay que entender qué llevó al delincuente a actuar de ese modo, su historia –que también es la historia de sus experiencias con todas las personas que frecuentó de forma más o menos prolongada durante su existencia–, las tensiones y conflictos tanto internos como externos que lo condujeron al asesinato y, muchas veces, la crisis existencial y las circunstancias que lo llevaron a cometer lo irreparable. A Simenon y a su doble, Maigret, los mueve la búsqueda de un pasado, no sólo un pasado individual, sino también uno colectivo (familiar, por ejemplo). En sus memorias ficticias, Maigret escribe:

Para mí un hombre sin pasado no es un hombre. En el transcurso de ciertas investigaciones me ha ocurrido muchas veces que he dedicado más tiempo a la familia y al ambiente del sospechoso que al propio sospechoso, y ha sido así precisamente como he logrado descubrir el quid de lo que habría podido ser un misterio (Simenon, 2002 [1951]: 792).

Son frecuentes las ocasiones en que el comisario se muestra no normativo al privilegiar, cual etnógrafo o sociólogo, el punto de vista de quien busca conocer (y no juzgar). Sin embargo, a su entender, no es cuestión de pasar de una *comprensión sociológica* (percibir las lógicas que llevan al crimen sin juzgarlas) a una *comprensión moral* (tolerante y dispuesto a acordar el perdón o a excusar):

No intento aquí excusarlos, aprobar sus hechos ni absolverlos. No pretendo tampoco rodearlos de una

aureola especial, como estuvo de moda hacerlo en cierta época. Simplemente hay que observarlos considerando los como un hecho y tratar de conocerlos. Sin curiosidad, porque la curiosidad pronto se agota. Sin odio, desde luego.

En resumen, hay que mirarlos como a unos seres que existen y que por el bien de la sociedad y para preservar el orden establecido hay que mantener, quieran o no, dentro de ciertos límites y castigarlos cuando pretenden traspasarlos (Simenon, 2002 [1951]: 843-844).

Sin embargo, a diferencia del comisario, el sociólogo debe abstenerse de realizar cualquier tipo de juicio y no debe pronunciarse, como sí hace Maigret, sobre la necesidad de castigar o no “por el bien de la sociedad”. Llegado el caso, puede entrar de lleno en el tema y buscar conocer los efectos diferenciales de los diversos modos de tratamiento de los criminales (se sabe, por ejemplo, que la socialización con el universo criminal que permite la experiencia carcelaria –condenados por delitos menores que se codean con condenados por delitos graves– tiene mucho que ver con algunas carreras delictivas), pero no debe decir *qué hay que hacer y cómo hay que hacerlo*. Sin embargo, sería deseable que quienes denuncian de modo sistemático la “excusa sociológica”, ya que no leen los trabajos de los sociólogos con seriedad, hayan leído al menos algunas novelas de Simenon: podrían entender que “mirar con la mirada del conocimiento” no es ni “excusar” ni “absolver”, sino entender.

El derecho a un conocimiento lo más independiente posible de las cuestiones morales, políticas, jurídicas o prácticas nunca debería estar en tela de juicio. En una democracia, nada debería obstaculizar la investigación desinteresada de la verdad. Por otra parte, entender nunca impidió que se juzgara, pero juzgar (y castigar) no impide entender.

## ¿PARÁ QUÉ SIRVE ENTENDER?

Uno podría preguntarse legítimamente para qué sirve entender. Quizás algunos piensen que una sociedad necesita, ante todo, distinguir el bien del mal, lo legal de lo ilegal y velar por que se sancione a quienes salen del marco que fijan las propias leyes vinculadas con los valores admitidos de manera colectiva (no matar, no herir, no destruir, no robar, etc.).

Para sintetizar la respuesta a una pregunta como esta, se podría comenzar diciendo que, en definitiva, entender sirve para resolver los problemas de un modo que no implique la exclusión (encarcelamiento, apartamiento o confinamiento psiquiátrico) o la destrucción del otro (pena de muerte). Tomar distancia de la consideración generalizada permite tener en cuenta la totalidad de un problema cuando todos tienen la mirada puesta en los actos de los delincuentes o criminales y la "personalidad" de los autores de tales actos. Sólo el distanciamiento y la desindividualización del problema permiten considerar soluciones colectivas y duraderas. Probablemente sea esta una de las lecciones políticas más importantes de las ciencias sociales.

"Aterrorizar a los terroristas", "limpiar a fondo los barrios marginales", "dar un duro golpe" a quienes no respetan la ley, etc.: los actores políticos responsables de las políticas de seguridad nos acostumbraron a mostrar que eran capaces de golpear con mano dura, de encarnar una autoridad intransigente, inflexible. Con cada nuevo drama, prometen leyes más duras, la multiplicación de los medios para luchar contra el crimen, el terrorismo o la delincuencia; proponen instaurar penas mínimas para los reincidentes múltiples o reducir la edad de responsabilidad penal cuando hay menores involucrados y acusan a la justicia —en particular a los jueces— de ser demasiado laxos, entre otras cosas. Asimismo, cuando se presenta la ocasión, algunos de estos actores están listos para volver a poner sobre la mesa el deba-

te acerca de la pena de muerte, al menos para los autores de los crímenes más abominables.<sup>2</sup> Todo esto parece estar profundamente inspirado en la ley del talión: "ojo por ojo, diente por diente". La afectividad es omnipresente. Para algunos puede resultar tranquilizador saberse protegidos por gobernantes que velan por nosotros y que no dejarán que la "barbarie" se instale. Pero en los hechos, después de las palabras "fuertes", el mundo social sigue su curso. Las lógicas que contribuyeron a hacer posibles los crímenes, el mal comportamiento, la delincuencia o los atentados siguen desarrollándose con tranquilidad. Un entendimiento sosegado de estas lógicas redundaría en la posibilidad de actuar y, a la larga, evitar nuevos dramas.

La actitud científica ante la vida y la materia está ampliamente aceptada, mientras que frente al mundo social proliferan las actitudes mágicas, emocionales. En ocasiones, llega incluso a condenarse la actitud científica cuando esta se refiere a la vida social. El solo hecho de salir del registro de la emoción y el discurso de la condena para intentar entender lo que sucede es sospechado de connivencia con los culpables y negación de las desgracias causadas a las víctimas y sus familias. Norbert Elias recordaba que, a lo largo de la historia, los hombres fueron conquistando una actitud de distanciamiento. Al principio, frente a los fenómenos naturales y luego, con mayor dificultad, respecto de los fenómenos sociales: los hombres de las sociedades precientíficas se veían material y cognitivamente impotentes ante los "caprichos de la naturaleza". La ciencia, por su parte, se inscribe en un proceso de distanciamiento y control de los afectos y, por ende, en un "proceso de civilización", en el sentido que Elias da a esta expresión. En la medida en que nos ofrece

<sup>2</sup> En noviembre de 2011, por ejemplo, tras el asesinato de una niña en Bellegarde —al sur de Francia—, Marine Le Pen, presidenta del Frente Nacional, relanzó la idea de un referendo sobre el restablecimiento de la pena de muerte.

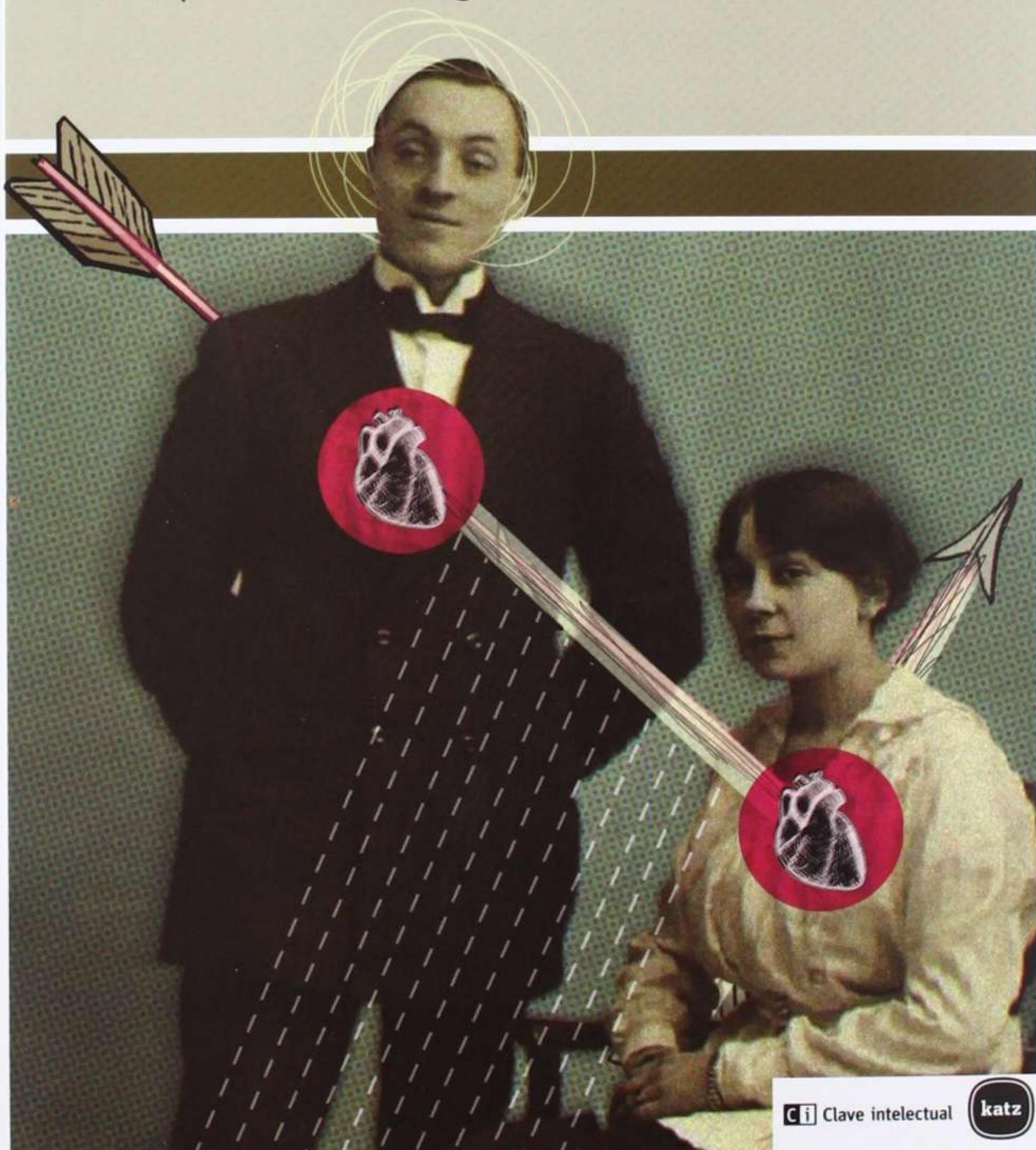
las herramientas para no tomar nuestros deseos (o nuestros miedos) como realidad y nos permite ver las cosas de maneras menos directamente relacionadas con la posición, los intereses y las fantasías de la persona que observa, la actitud científica permite salir gradualmente de la relación emocional y parcial con la realidad. Hay que alcanzar un muy "alto grado de distanciamiento, dominio sobre uno mismo y neutralidad emotiva" (Elias, 1993: 95) para reconocer que acontecimientos que provocan sufrimiento pueden ser resultado de una multiplicidad de causas, procesos o mecanismos que no pueden controlarse por la mera fuerza de la voluntad individual, aun cuando dichos eventos hayan involucrado a individuos singulares. Sin lugar a dudas, ir a lo más inmediato y centrar la atención en los individuos que cometieron los hechos reprobables, describiéndolos como "bárbaros" o "locos" y pensando sus actos como un producto de la voluntad de individuos libres, es satisfacer el deseo de castigo. Pero no contribuye a determinar cómo impedir el surgimiento de una serie de individuos y situaciones similares. La toma de distancia enseña a volver a situar las intenciones individuales, completamente reales, en las redes de interdependencia pasadas y presentes que las estructuraron y las posibilitaron. Eso hace, por ejemplo, Fabien Truong al restituir la trayectoria de tres "delincuentes" menores —Radouane, Tarik y Elliott— para encontrar una explicación a los actos delictivos que pudieron haber cometido, a la vez que evita encerrarlos en categorías esencialistas como "ladrones", "dealers", "camorristas" o "vándalos incendiarios". "Hacer que [la] multitud de pequeñas historias de tráfico, robos o quema de autos se vuelva inteligible es, ante todo, volver a ubicarla en la historia de quienes son sus actores", escribe F. Truong (2013: 20).

### 3. La ficción del *Homo clausus* y del libre albedrío

Eva Illouz

# Por qué duele el amor

Una explicación sociológica



De la misma autora

*La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda*, Buenos Aires/Madrid, Katz, 2010

*El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*, Buenos Aires/Madrid, Katz, 2009

*Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, Buenos Aires, Katz, 2007

*Oprah Winfrey and the glamour of misery: An essay on popular culture*, Nueva York, 2003

*The culture of capitalism*, Jerusalén, 2002

*Por qué duele el amor* ha sido publicado: en alemán, *Warum Liebe weh tut*, por Suhrkamp Verlag, Berlín, 2012; en inglés, *Why Love Hurts*, por Polity Press, Cambridge, RU, 2012, y en francés, *Pourquoi l'amour fait mal*, por Éd. du Seuil, París, 2012.

Están en preparación ediciones en portugués (Zahar), italiano (Il Mulino), coreano (Dolbegae), croata (Planetopija), turco (Jaguar) y hebreo (Hakibbutz Hameuchad).

# Por qué duele el amor

Una explicación sociológica

Eva Illouz

Traducido por María Victoria Rodil

Serie Ensayos



# 1

## Introducción

### El tormento del amor

Pero el éxtasis amoroso no suele ser frecuente. Por cada experiencia amorosa positiva en nuestros días, por cada breve período de enriquecimiento, encontramos diez experiencias amorosas destructivas, períodos de “postración” post-amorosa de mucha mayor duración y que a menudo llevan a la destrucción del individuo o, por lo menos, a un cinismo emocional que dificulta o hace imposible volver a amar de nuevo. ¿Por qué los acontecimientos deben seguir este curso, si en realidad nada de esto es inherente al proceso amoroso propiamente dicho?

Shulamith Firestone, *La dialéctica del sexo*<sup>1</sup>

La novela *Cumbres borrascosas* (1847) pertenece a una larga tradición literaria que representa el amor como un sentimiento de dolor atroz.<sup>2</sup> Entre Heathcliff y Catherine, sus tristemente célebres protagonistas, nace un amor intenso mien-

tras van creciendo juntos, pero al final Catherine decide casarse con Edgar Linton, un candidato más adecuado en términos sociales. Humillado al escuchar por accidente cuando ella menciona que casarse con él la degradaría, Heathcliff se escapa. Catherine lo sale a buscar por el campo y, al no encontrarlo, se enferma tanto que queda al borde de la muerte.

En un tono mucho más irónico, la novela *Madame Bovary* (1856) describe el matrimonio infeliz de una mujer con un médico rural generoso pero mediocre, que no puede satisfacer las fantasías románticas ni las aspiraciones sociales de su mujer. Emma Bovary, el personaje principal, cree haber encontrado el héroe romántico con el que tantas veces soñó y sobre el que tantas veces leyó en la figura de Rodolfo Boulanger, un terrateniente de aire gallardo y elegante. Tras un amorío que dura tres años, deciden fugarse juntos, pero cuando llega el día indicado, Emma recibe una carta de Rodolfo en la que le avisa que se irá sin cumplir su promesa. En este punto, el narrador deja a un lado su tono irónico habitual para describir con compasión los sentimientos románticos de la heroína y su sufrimiento:

Emma, apoyada en el vano de la buhardilla, releía la carta con risas de cólera. Pero cuanta mayor atención ponía en ello, más se confundían sus ideas. Lo volvía a ver, lo escuchaba, lo estrechaba con los dos brazos; y los latidos del corazón, que la golpeaban bajo el pecho como grandes golpes de ariete, se aceleraban sin parar, a intervalos desiguales. Miraba a su alrededor con el deseo de que se abriese la tierra. ¿Por qué no acabar de una vez? ¿Quién se lo impedía? Era libre. Y se adelantó, miró al pavimento diciéndose:

—¡Vamos! ¡Vamos!<sup>3</sup>

Si lo juzgamos en función de nuestros propios parámetros, el sufrimiento de Catherine y Emma parece exagerado, pero aun así nos resulta inteligible. No obstante, como se pretende demostrar en el presente trabajo, el tormento que atraviesan estas dos mujeres a causa del amor ha cambiado de contenido, de color y de textura. En principio, la oposición entre la sociedad y el amor que cada una de ellas encarna en dicho sufrimiento ya no resulta pertinente en las sociedades actuales. De hecho, hoy en día Catherine y Emma no tendrían que

enfrentar prácticamente ningún obstáculo económico o normativo que les impidiera elegir como primera y única opción a su ser amado. Es más, nuestro sentido actual de la adecuación nos impulsaría a seguir los dictados del corazón, no del entorno social. En segundo lugar, tanto Catherine con sus dudas como Emma con su matrimonio desapasionado tendrían a su disposición toda una batería de especialistas en psicoterapia, terapia de pareja, derecho de familia y mediación que acudirían al rescate, se apropiarían de los dilemas más privados de estas mujeres vacilantes o aburridas y emitirían juicio sobre ellos. A falta de la orientación brindada por esos especialistas (o en paralelo con ella), una mujer contemporánea que tuviera tales problemas compartiría el secreto de su amor con otras personas, que probablemente serían sus amigas íntimas o, como mínimo, alguna amistad anónima forjada en Internet, lo que atenuaría de modo considerable la soledad de su pasión. Entre el deseo y la desesperanza circularía un caudal voluminoso de palabras, consejos y autorreflexiones. En efecto, el equivalente actual de Catherine o Emma sería una mujer que pasa muchísimo tiempo cavilando y hablando sobre ese sufrimiento, y que seguramente encuentra las causas en algún trauma atravesado por ella misma o por su ser amado durante la infancia. Si alguna de las dos hubiera vivido en la sociedad actual, no se habría vanagloriado de experimentar ese dolor, sino de haberlo superado mediante un arsenal de técnicas de autoayuda. En efecto, el sufrimiento amoroso genera en la actualidad una cantidad casi infinita de material explicativo, cuya meta es comprender el fenómeno, pero también extirpar sus causas. Nuestro repertorio cultural ya no incluye la posibilidad de morir, suicidarse o fugarse a un monasterio por amor. Ahora bien, esto no quiere decir que las personas de la “posmodernidad” o la “modernidad tardía” desconozcamos los tormentos románticos. Es posible incluso que sepamos más del tema que nuestros antecesores, pero lo cierto es que la organización social del sufrimiento amoroso parece haberse modificado desde lo más profundo. En este libro se pretende explicar la naturaleza de tal transformación mediante un análisis de los cambios atravesados por tres aspectos distintos y fundamentales del yo: la voluntad (cómo queremos algo), el reconocimiento (cómo construimos nuestro sentido del valor propio) y el deseo (qué deseamos y cómo lo deseamos). A decir verdad, son pocas las personas de nuestra época que se hayan visto exentas de los tormentos del amor y las relaciones íntimas. Éstos pueden adquirir diversas formas,

como por ejemplo besar demasiados sapos o demasiadas ranas en el camino a hallar nuestro príncipe o nuestra princesa; embarcarse en búsquedas de dimensiones titánicas por Internet; o volver a casa sin compañía después de salir a un bar, una fiesta o una cita a ciegas. Por otro lado, cuando las relaciones finalmente se forman, estos tormentos no desaparecen, pues comienzan a asomar el aburrimiento, la ansiedad o la irritación; surgen conflictos o discusiones que provocan dolor; y, a la larga, se atraviesa la confusión, la inseguridad y la depresión que genera toda ruptura o separación. Y todos estos son apenas algunos de los modos en que la búsqueda del amor supone una experiencia dolorosamente complicada de la que escasas personas quedan exentas en la modernidad. Si la sociología oyera la voz de esas mujeres y esos hombres que buscan el amor, llegaría a sus oídos una letanía ruidosa e incesante de quejidos y gruñidos.

A pesar de que estas experiencias revisten un carácter generalizado, cuando no colectivo, nuestra cultura insiste en que son consecuencia de alguna clase de inmadurez o falencia psíquica. Existen cantidades innumerables de manuales y talleres de autoayuda que prometen enseñarnos a manejar mejor la vida amorosa trayendo a nuestra conciencia los modos en que inconscientemente provocamos nuestros fracasos. La cultura freudiana en la que nos encontramos inmersos plantea de manera contundente que nuestras experiencias pasadas explican las causas de la atracción sexual y que las preferencias amorosas se conforman durante los primeros tiempos de vida en función del vínculo entre el niño y sus padres. Muchas personas encuentran la principal explicación de los motivos y los modos del fracaso amoroso en la premisa freudiana de que la familia de origen configura los patrones de nuestra trayectoria erótica. Impertérrita ante la falta de coherencia, la cultura freudiana se atreve incluso a afirmar que la persona que elegimos como pareja, ya sea parecida o antagónica a nuestros padres, representa un reflejo directo de nuestras experiencias infantiles, que en sí mismas constituyen la clave para explicar nuestro destino romántico. Es más, con el concepto de la compulsión a la repetición, Freud dictaminó que las experiencias tempranas de pérdida, por dolorosas que fueran, se verían indefectiblemente reactualizadas durante la vida adulta para poder dominarlas. Esta idea tuvo repercusiones tremendas en la concepción y el trato colectivo de los tormentos amorosos, pues dio a entender que constituían una dimensión saludable del proceso de maduración. De hecho, la cultura freudiana planteó que, a grandes

rasgos, los tormentos amorosos constituían una experiencia inevitable y autoinfligida. Así, la psicología clínica ha desempeñado un papel central en la difusión (y la legitimación científica) de la idea de que el amor y sus fracasos se explican en función de la historia psíquica del sujeto y, por lo tanto, se encuentran en su esfera de control. Aunque la noción freudiana original del inconsciente apuntaba a disolver los principios tradicionales de responsabilidad por los propios actos, en la práctica, la psicología ocupó un rol fundamental para el proceso de relegar lo romántico y lo erótico a la esfera individual de la responsabilidad privada. Más allá de que haya sido su intención o no, el psicoanálisis y la psicoterapia han suministrado un arsenal formidable de técnicas para que portemos con elocuencia, pero sin vías de escape, toda la responsabilidad por nuestro sufrimiento romántico.

A lo largo del siglo xx, la idea de que dicho sufrimiento era autoinfligido adquirió una notoriedad enigmática, quizá porque la psicología ofreció al mismo tiempo la promesa consoladora de que ese fenómeno podía resolverse. Las experiencias de sufrimiento amoroso se transformaron en una gran fuerza motriz que activó a toda una gama de profesionales (del psicoanálisis, la psicología y otras terapias), pero también a la industria editorial, la televisión y muchos otros medios. Así, el éxito extraordinario que vivió la industria de la autoayuda fue posible porque, como telón de fondo, existía una convicción profunda de que el sufrimiento está constituido a la medida de nuestra historia psíquica, de que la palabra y el autoconocimiento tienen propiedades curativas, y de que se puede superar el dolor si se identifican sus fuentes y sus patrones de aparición. Por lo tanto, los tormentos del amor hoy se inscriben en el yo, su historia personal y su capacidad de autoconfigurarse.

Justamente porque vivimos en una época en que reina la idea de la responsabilidad individual, la vocación sociológica no ha perdido su importancia vital. Así como a fines del siglo xix parecía revolucionario afirmar que la pobreza no era consecuencia de una moralidad dudosa ni de una falta de carácter, sino de la explotación sistemática, hoy resulta imperioso alegar que los fracasos de nuestra esfera privada no son consecuencia de una debilidad psíquica, sino que a los caprichos y sufrimientos de nuestra vida emocional les dan forma ciertos órdenes institucionales. En consecuencia, el propósito de este libro es realizar un desplazamiento considerable del ángulo de análisis acerca de lo que falla en las

relaciones contemporáneas. No se trata entonces de un problema ligado a una infancia disfuncional o a una falta de autoconocimiento psíquico, sino a un conjunto de tensiones y contradicciones culturales que actualmente estructuran la identidad y el yo.

Ahora bien, este planteo no es novedoso como tal. Hace tiempo que el feminismo viene cuestionando la concepción popular del amor como fuente de toda felicidad, pero también la explicación psicológica individualista sobre el sufrimiento amoroso. De acuerdo con cierta rama del feminismo, a diferencia de lo que transmite la mitología popular, el amor romántico no es fuente de trascendencia, felicidad ni autorrealización. En realidad, constituye una de las principales causas de la brecha existente entre varones y mujeres, así como una de las prácticas culturales que obligan a la mujer a aceptar (y “amar”) su propia sumisión. De hecho, en la esfera amorosa, los hombres y las mujeres siguen poniendo en acto las divisiones profundas que caracterizan sus respectivas identidades. Como señala Simone de Beauvoir, incluso en el acto amoroso los varones retienen su soberanía, mientras que las mujeres tienden a entregarse y abandonarse.<sup>4</sup> En *La dialéctica del sexo*, la controvertida obra que se cita al principio de esta introducción, Shulamith Firestone avanza un poco más y se atreve a afirmar que la fuente de la energía y el poder social masculinos es el amor que las mujeres proporcionan a los hombres, lo que indicaría que éste constituye el cemento con el que está edificada la dominación masculina.<sup>5</sup> Así, el amor romántico no sólo ocultaría la segregación de clase y de sexo, sino que la posibilitaría. En palabras de la feminista radical Ti-Grace Atkinson, el amor romántico es “el pivote psicológico en la persecución de las mujeres”.<sup>6</sup> En efecto, la afirmación más fascinante planteada por el feminismo consiste en que la lucha de poder reside en el centro mismo del amor y la sexualidad, y los hombres llevan desde siempre la ventaja en esa lucha porque el poder económico converge con el poder sexual. Así, el poder sexual masculino equivale a la capacidad de definir el objeto amoroso y de fijar las reglas que gobernarán el cortejo y la expresión de los sentimientos románticos. En última instancia, el poder masculino es tal porque las jerarquías y desigualdades de género se desarrollan y reproducen en la manifestación y la experiencia de los sentimientos románticos y, a la vez, dichos sentimientos sustentan otras diferencias de poder más amplias en materia económica y política.<sup>7</sup>

Sin embargo, este supuesto acerca de la primacía del poder también constituye una falla en la corriente dominante de la crítica feminista sobre el amor. De hecho, durante los períodos en los que el patriarcado desempeñaba un papel mucho más poderoso que hoy en día, el amor cumplía un rol mucho *menos* significativo en la subjetividad femenina y masculina. Es más, la prominencia cultural del amor parece vincularse con una disminución del poder masculino dentro de la familia y con un incremento de la igualdad y la simetría en las relaciones de género. Asimismo, gran parte de la teoría feminista se funda en la premisa de que en el amor (y en otros lazos), el poder constituye la piedra angular de las relaciones sociales. Por lo tanto, debe hacer caso omiso de la gran cantidad de pruebas empíricas que otorgan el mismo grado de importancia al poder y al amor, un mecanismo igualmente potente e invisible de movilización de las relaciones sociales. Cuando reduce el amor femenino (y el deseo de amar) a un mero elemento del patriarcado, la teoría feminista no da cuenta de los motivos por los cuales el amor sigue teniendo tanta relevancia para las mujeres modernas, *pero también* para los hombres; ni contempla la veta igualitaria que presenta la ideología del amor gracias a su capacidad de subvertir el patriarcado desde adentro. Sin duda, este último desempeña una función central en las explicaciones sobre la estructura de las relaciones entre los sexos y en la fascinación misteriosa que ejerce la heterosexualidad, pero eso no alcanza para explicar la potencia extraordinaria que despliega el ideal amoroso sobre los hombres y las mujeres de la actualidad.

Así, el objetivo del presente trabajo es delinear un marco que permita identificar las causas institucionales del sufrimiento amoroso, pero dando por sentado que la experiencia romántica ejerce una fascinación muy potente, imposible de ser explicada en términos de “falsa conciencia”.<sup>8</sup> Hacer eso equivaldría a cerrar la cuestión antes incluso de formularla. Lo que pretendo demostrar aquí es que los motivos que hacen del amor un elemento central para la identidad y la felicidad son casi los mismos que lo determinan como un aspecto tan difícil de la experiencia: en ambos casos, se trata de los modos de institucionalización del yo y la identidad en la época moderna. Si muchos de nosotros sentimos “una suerte de malestar o ansiedad insistente” en relación con el amor y una sensación de que las cuestiones amorosas nos generan “conflictos, inquietud e insatisfacción con nuestra vida”, por retomar las palabras del filósofo Harry

Frankfurt,<sup>9</sup> esto se debe a que el amor contiene, refleja y amplifica el “atrapamiento” del yo en las instituciones de la modernidad,<sup>10</sup> instituciones éstas que indudablemente están configuradas por las relaciones económicas y de género. Como dice el célebre postulado de Carlos Marx, “los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmite el pasado”.<sup>11</sup> Por lo tanto, cuando nos enamoramus o nos entristecemos, estamos utilizando recursos y viviendo situaciones que no hemos construido nosotros mismos. Ésos son precisamente los recursos y las situaciones que se intenta analizar en este libro. A lo largo de las próximas páginas, desarrollaré el argumento general de que, en la modernidad, ha cambiado algo fundamental dentro de la estructura del yo romántico. En términos muy amplios, el fenómeno se podría describir como una modificación en la estructura de la voluntad romántica, de aquello que queremos y de los modos en que lo implementamos con una pareja sexual (capítulos 2 y 3); pero también como una alteración en aquello que hace vulnerable al yo o disminuye el sentido del valor propio (capítulo 4); y, por último, como una transformación en la organización del deseo o el contenido de los pensamientos y sentimientos que activan nuestro deseo erótico y romántico (capítulos 5 y 6). Las tres líneas de análisis principales sobre los cambios del amor en la modernidad serán entonces la estructuración de la voluntad, la constitución del reconocimiento y la activación del deseo. En última instancia, mi objetivo es hacer con el amor lo que Marx hizo con la mercancía: demostrar que lo producen y configuran ciertas relaciones sociales concretas, que circula en un mercado donde los actores compiten en desigualdad de condiciones y que algunas personas tienen mayor capacidad que otras para definir los términos en que serán amadas.

Los peligros que acechan detrás de este tipo de análisis son múltiples. Quizás el más evidente tenga que ver con que probablemente haya exagerado un poco las diferencias entre “nosotros” (en la modernidad) y “ellos” (en la premodernidad). Sin duda, serán muchas las personas que lean este libro y piensen sus propios contraejemplos para cuestionar lo que aquí se plantea, es decir, que las causas del sufrimiento amoroso se vinculan con la modernidad. No obstante, se pueden ofrecer algunas respuestas a tan seria objeción. En primer lugar, no sostengo que lo nuevo sea el sufrimiento amoroso en sí mismo, sino algunos

modos de vivirlo. En segundo lugar, desde la sociología no nos interesan tanto las acciones y los sentimientos singulares e individuales como las estructuras en función de las que se organizan dichas acciones y dichos sentimientos. Si bien el pasado distante o inmediato puede estar lleno de ejemplos en apariencia similares a la condición actual, dichos ejemplos no señalan la existencia de las mismas estructuras a gran escala que sí se pueden detectar en las prácticas románticas contemporáneas y en el dolor que deriva de ellas. En ese sentido, espero que los historiadores puedan perdonarme por hacer a un lado las complejidades y los movimientos de la historia para utilizarla como una suerte de telón de fondo con motivos fijos que me ayudan a destacar, por contraste, los rasgos característicos de la modernidad.

Igual que otros sociólogos y sociólogas, considero el amor como un microcosmos privilegiado para dar cuenta de los procesos de la modernidad, pero a diferencia de ellos, no vengo a contar la historia del triunfo heroico de los sentimientos frente a la razón ni la igualdad de género frente a la explotación de la mujer, sino un relato mucho más ambiguo.

## ¿Qué es la modernidad?

Más que ninguna otra disciplina, la sociología nace de un cuestionamiento intenso y teñido de ansiedad acerca del significado y las consecuencias de la modernidad: Carlos Marx, Max Weber, Émile Durkheim y Georg Simmel tratan de comprender el sentido de la transición del “viejo” mundo al mundo “nuevo”. Mientras que uno simboliza la religión, la comunidad, el orden y la estabilidad, el segundo equivale al cambio arrollador, la secularidad, la disolución de los lazos comunales, la reivindicación de la igualdad y la incertidumbre constante sobre la identidad. Desde aquel período extraordinario que abarca el pasaje de mediados del siglo XIX al siglo XX, la sociología se viene ocupando de los mismos interrogantes que aún hoy nos sobrecogen: ¿Acaso el debilitamiento de la religión y los lazos comunales pondrá en riesgo el orden social? ¿Seremos capaces de llevar una vida plena de significado en ausencia de lo sagrado?

A Max Weber en particular le preocupaban las preguntas esbozadas por Dostoiévski y Tolstoi: Si ya no tememos a Dios, ¿qué nos hará morales? Si ya no nos conmueven ni nos compelen los significados colectivos, vinculantes y sagrados, ¿qué le dará sentido a nuestra vida? Si el centro de la moralidad es el

individuo, en lugar de Dios, ¿qué será de esa “ética de la hermandad” que constituía la fuerza motriz de las religiones?<sup>12</sup> En efecto, desde sus orígenes, la vocación de la sociología es comprender cuál puede ser el sentido de la vida tras la muerte de la religión.

Si bien el advenimiento de la modernidad, como sostiene la mayoría de los sociólogos y sociólogas, nos abrió un abanico de posibilidades emocionantes, también representó una serie de riesgos sombríos contra nuestra capacidad para vivir una vida plena de sentido. Incluso quienes consideraban que la modernidad implicaba el triunfo del progreso sobre la ignorancia, la pobreza crónica y la opresión reconocían de todos modos que suponía un empobrecimiento de nuestra capacidad para contar historias hermosas y vivir en tramas culturales de rica textura. La modernidad efectivamente despertó a las personas embriagadas por las ilusiones y los espejismos que hasta entonces les permitían soportar las miserias de la vida. No obstante, desprovistos de esas fantasías, íbamos a vivir la vida sin compromiso alguno con valores ni principios superiores, sin el fervor ni el éxtasis de lo sagrado, sin el heroísmo de los santos, sin la certidumbre y el orden de los mandamientos divinos, pero, sobre todo, sin las ficciones que nos dan consuelo y embellecen nuestra existencia.

Tal efecto desembriagador se manifiesta en el amor de manera más evidente que en ninguna otra esfera. Durante varios siglos en la historia de Europa occidental, el ámbito de lo amoroso había estado dominado por los ideales de la caballerosidad, la cortesía y el romanticismo. El primero tenía como premisa cardinal defender a los más débiles con coraje y lealtad. Por lo tanto, la debilidad femenina se encontraba enmarcada en un sistema cultural que la reconocía y la glorificaba, pues transformaba el poder masculino y la fragilidad femenina en cualidades dignas de ser amadas, como el carácter protector de los hombres y la suavidad de las mujeres. Así, la inferioridad social de las mujeres se compensaba con la devoción absoluta de los hombres frente a ellas en la esfera amorosa, que a su vez funcionaba como contexto para la demostración y el ejercicio de la masculinidad, la valentía y el honor. Es más, la privación de derechos económicos y políticos que sufrían las mujeres se veía acompañada (y teóricamente subsanada) por la seguridad de que en el ámbito amoroso no sólo serían protegidas por los hombres, sino también se las consideraría superiores a ellos. En consecuencia, no debe llamar la atención que el amor resultara históricamente

tan atractivo para las mujeres, pues implicaba la promesa de recibir un estatus moral y una dignidad que se les negaba en otros ámbitos sociales, además de enaltecer su destino social de cuidar y amar a los otros como madres, esposas y amantes. Entonces, en términos históricos, el amor gozaba de un poder de seducción muy importante justamente porque ocultaba y a la vez embellecía aquellas profundas desigualdades que yacían en el centro mismo de las relaciones de género.

Ahora bien, la “alta modernidad” o la “hipermodernidad”, que en el presente trabajo se define como el período posterior a la Primera Guerra Mundial y que, de aquí en adelante, denominaremos “modernidad”, marca una radicalización de las tendencias sociales inscritas en la modernidad temprana y modifica, en algunos casos de raíz, la cultura del amor y la economía de la identidad de género que ésta contiene. A pesar de que dicha cultura conserva e incluso amplifica el ideal del amor como fuerza que puede trascender la existencia cotidiana, al colocar en el centro mismo de las relaciones íntimas los ideales políticos de la libertad sexual y la igualdad de género, priva al amor de los ritos de deferencia y del halo místico que lo envolvía hasta entonces. Todo aquello que en el amor era sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente las verdaderas condiciones de existencia de las mujeres. Este aspecto dual y escindido del amor en tanto fuente de trascendencia existencial y espacio contencioso para la puesta en acto de las identidades de género constituye la característica principal de la cultura romántica contemporánea. En términos más específicos, poner en acto las identidades de género y las consiguientes luchas implica poner en acto los dilemas y las ambivalencias culturales e institucionales de la modernidad, que se organizan en torno a ciertos motivos clave como el de la autonomía, la autenticidad, la igualdad, la libertad, el compromiso y la autorrealización. El estudio del amor no es entonces un elemento periférico sino un elemento central para el estudio del núcleo mismo y las bases de la modernidad.<sup>13</sup>

El amor romántico heterosexual constituye una de las mejores esferas para dar cuenta de tal ambivalencia en la modernidad porque, en los últimos cuarenta años, se ha registrado una radicalización de la igualdad y la libertad en el vínculo amoroso, así como una escisión profunda entre la emocionalidad y la sexualidad. En dicho amor se encuentran enmarcadas las dos revoluciones cul-

turales más importantes del siglo xx, a saber: por un lado, la individualización de los estilos de vida y la intensificación de los proyectos de vida emocionales; y, por el otro, la economización de las relaciones sociales o la utilización generalizada de modelos económicos para configurar el yo y sus emociones.<sup>14</sup>

El sexo y la sexualidad se han desvinculado de las normas morales y se han incorporado en el ámbito individual de los proyectos y estilos de vida, mientras que la gramática cultural del capitalismo ha penetrado ampliamente en el dominio de las relaciones románticas heterosexuales. Por ejemplo, cuando el amor (heterosexual) se convirtió en el eje temático constitutivo de la novela, casi nadie advirtió que se entrelazaba con otro tema también central para la novela burguesa y para la modernidad en general: el tema de la movilidad social. Como lo indican los casos que ya mencionamos de Catherine y Emma, en el amor romántico casi siempre se entretejía inevitablemente la cuestión de la movilidad social. En otras palabras, una de las preguntas esenciales que esbozaba la novela (y que más adelante plantearía el cine de Hollywood) era si el amor podía triunfar frente a los obstáculos sociales y en qué condiciones era posible ese triunfo o, a la inversa, si la compatibilidad socioeconómica era una condición necesaria del amor.

La configuración del sujeto moderno es al mismo tiempo de naturaleza emocional y económica, romántica y racional. Esto se debe a que el rol protagónico del amor en el matrimonio (y en la novela) coincide con el debilitamiento del vínculo matrimonial como herramienta de alianzas familiares y marca la nueva función del amor como instrumento de movilidad social. Sin embargo, lejos de señalar la muerte del cálculo económico en esta esfera, más bien profundiza su importancia, ya que hombres y mujeres comienzan a ascender (o descender) cada vez más en la escala social por medio de la alquimia del amor. Dado que el amor torna menos explícitas y formales las asociaciones entre el matrimonio y las estrategias de reproducción socioeconómica, el proceso moderno de elección de pareja va incorporando y combinando progresivamente las aspiraciones emocionales y las ambiciones económicas. Así, el amor comienza a contener dentro de sí ciertos intereses racionales y estratégicos, al fundir en una misma matriz cultural las orientaciones económicas y emocionales de los actores sociales. Una de las principales transformaciones culturales que acompañan a la modernidad es, entonces, la combinación del amor con las estrategias económicas

de movilidad social. Por eso mismo, el presente trabajo contiene una serie de sesgos metodológicos. En primer lugar, se centra en el amor heterosexual más que en el homosexual porque el primero contiene una negación de los elementos económicos que sustentan la elección del objeto amoroso, pero a la vez fusiona la lógica emocional con la lógica económica. En algunos casos, ambas lógicas confluyen con armonía y a la perfección, pero también hay muchos otros casos en los que hacen estallar el sentimiento romántico desde adentro. Esta combinación del amor y el cálculo económico otorga al primero una importancia central en la vida moderna, pero a la vez se ubica en el corazón mismo de las presiones antagónicas que hoy lo afectan. Por lo tanto, el entrelazamiento entre lo emocional y lo económico constituye uno de los hilos conductores para mi reinterpretación del amor en la modernidad, pues me propongo demostrar de qué manera la elección, la racionalidad, los intereses económicos y la competencia han transformado los modos de buscar, conocer y cortejar a una potencial pareja, así como los modos de consulta y toma de decisiones acerca de los propios sentimientos. En segundo lugar, el presente trabajo aborda la condición del amor desde una perspectiva más marcadamente femenina que masculina, y sobre todo desde la perspectiva de aquellas mujeres que optan por el matrimonio, la reproducción y los estilos de vida propios de la clase media. Como espero demostrar, la combinación de tales aspiraciones con su inserción en el libre mercado de los encuentros sexuales genera nuevas formas de dominación emocional masculina sobre las mujeres. En consecuencia, aunque el contenido de este libro resulta pertinente para muchas mujeres, no lo será para todas ellas, pues no revestirá validez para las lesbianas ni para las mujeres que no aspiran a una vida doméstica ni a tener hijos, sean casadas o solteras.

## **El amor como modernidad y el amor en la modernidad**

En las indagaciones tradicionales sobre el auge de la modernidad, los sospechosos de siempre son el saber científico, la imprenta, el desarrollo del capitalismo, la secularización y la influencia de los ideales democráticos. Efectivamente, en la mayoría de las explicaciones está ausente la formación de un yo emocional y reflexivo que, como he señalado en otros trabajos,<sup>15</sup> acompaña el surgimiento de la modernidad y se define sobre todo en términos emocionales, centrado en el manejo y la reafirmación de sus sentimientos. El presente libro pretende situar

el ideal y la práctica del amor romántico en el núcleo mismo de la cultura moderna y, de modo más manifiesto, en la importancia decisiva que esos elementos revisten para la configuración de nuestra biografía y la constitución de nuestro yo emocional. Como señala Ute Frevert, “las emociones no sólo son formadas por la historia, sino que la forman”.<sup>16</sup>

El filósofo Gabriel Motzkin nos ofrece un punto de partida para empezar a analizar la función desempeñada por el amor en la formación del yo moderno. Según él, la fe cristiana (en concreto, la fe paulina) coloca en un lugar central y visible las emociones del amor y la esperanza, lo que le permite crear un yo emocional (en vez de un yo intelectual o político).<sup>17</sup> El autor argumenta que el proceso de secularización de la cultura consiste, entre otras cosas, en secularizar el amor religioso. Este proceso adquiere dos formas distintas: por un lado, el amor profano se transforma en un sentimiento sagrado (más adelante, bajo el célebre formato del amor romántico) y, por otro lado, el amor romántico se transforma en una emoción contraria a las restricciones impuestas por lo religioso. Así, la secularización del amor ocupa un rol importante en el proceso de emancipación con respecto a la autoridad religiosa. Si tuviéramos que proporcionar un marco temporal más ajustado a estos análisis, podríamos decir que la reforma protestante fue una etapa fundamental en la formación del yo romántico de la modernidad, pues marcó el surgimiento de un conjunto de tensiones inéditas entre el patriarcalismo y las nuevas expectativas emocionales que despertaba el ideal del matrimonio entre compañeros. De acuerdo con Michael MacDonald, “los escritores puritanos promueven la formación de nuevos ideales para la conducta marital, destacando la importancia de la intimidad y la intensidad emocional entre los integrantes de la pareja. A los maridos se los insta a ocuparse del bienestar espiritual y emocional de sus esposas”.<sup>18</sup> Desde la sociología y la historia se ha planteado numerosas veces que el amor, sobre todo en las culturas protestantes, funcionó como una fuente de igualdad de género al estar acompañado por una potente validación de las mujeres.<sup>19</sup> A través del mandamiento religioso de amar a la esposa, las mujeres registraron una elevación en su propio estatus y mejoraron sus posibilidades de tomar decisiones en pie de igualdad con los hombres. Es más, Anthony Giddens y otros autores plantean incluso que el amor desempeñó una función central en la construcción de la autonomía femenina, pues en el siglo XVIII, el ideal cultural del amor ro-

mántico, una vez que se hubo desvinculado de la ética religiosa, instó a las mujeres, tanto como a los hombres, a elegir libremente el objeto de su amor.<sup>20</sup> De hecho, la idea misma del amor en este caso presupone y constituye el libre albedrío y la autonomía de los amantes. Motzkin y Fisher llegan a sostener inclusive que “el desarrollo de las concepciones democráticas de la autoridad constituye una consecuencia indirecta de la premisa de la autonomía emocional femenina”.<sup>21</sup> Ahora bien, la literatura sentimental del siglo XVIII acentúa todavía más esta tendencia cultural porque promueve un ideal del amor que contribuye, en la teoría y en la práctica, con la desestabilización del poder que ejercen los padres sobre las decisiones matrimoniales de sus hijas. Por lo tanto, dicho ideal es un agente de emancipación femenina en un sentido fundamental, ya que promueve la individualización y la autonomía de las mujeres, por más circunvoluciones que haya atravesado dicha emancipación. Como en los siglos XVIII y XIX la esfera privada adquiere un valor muy importante, las mujeres pueden ejercer aquello que Ann Douglas, retomando a Harriet Beecher Stowe, denomina “la tiranía del rosa y el blanco”, es decir, la tendencia de “las mujeres estadounidenses del siglo XIX a obtener poder mediante la explotación de su identidad femenina”.<sup>22</sup> Así, el amor ubica a las mujeres bajo la tutela de los hombres, pero legitimando un modelo del yo que es de naturaleza privada, individualista, doméstica y, sobre todo, que exige la autonomía emocional. Con esto, el amor romántico consolida dentro de la esfera privada el individualismo moral que había acompañado el auge de la esfera pública. Es más, el amor constituye el ejemplo paradigmático y la fuerza motriz de un nuevo modelo de sociabilidad que Giddens define como el modelo de la “relación pura”,<sup>23</sup> fundado en el supuesto contractual de que dos sujetos con igualdad de derechos se unen con fines emocionales e individualistas. Se trata entonces de un vínculo en el que dos individuos se comprometen por su propio bien y del que pueden entrar y salir a voluntad.

Sin embargo, aunque el amor cumplió una función importante en la formación de aquello que los historiadores denominan “individualismo afectivo”, la historia del amor en la modernidad tiende a presentarlo como una transición heroica de la esclavitud a la libertad. Según este relato, cuando triunfa el amor, desaparecen los matrimonios por interés y conveniencia para que prosperen la autonomía, la libertad y la individualidad. No obstante, si bien coincido en que

el amor romántico supone un desafío contra el patriarcado y la institución familiar del momento, la “relación pura” también torna más volátil la esfera privada y más infeliz la conciencia romántica. A mi juicio, aquello que hace del amor una fuente crónica de malestar, desorientación e incluso desesperanza sólo puede explicarse en términos sociológicos mediante la comprensión del núcleo cultural e institucional de la modernidad. También por este motivo considero que el presente análisis será pertinente en la mayoría de los países que participaron en la formación de la modernidad sobre la base de la igualdad, el contractualismo, la integración de hombres y mujeres al mercado capitalista y la institucionalización de los “derechos humanos” como eje de la personalidad. Esta matriz institucional de carácter transcultural, presente en numerosos lugares del mundo, ha alterado la función económica tradicional del matrimonio y los modos tradicionales de regulación de la sexualidad. Dicha matriz también nos permite reflexionar sobre la naturaleza normativa ambivalente de la modernidad. En efecto, si bien expongo aquí un análisis *crítico* del amor en las condiciones de la modernidad, tal análisis resulta crítico en tanto parte de una perspectiva *modernista desembragada*, es decir, de una perspectiva que reconoce el gran caudal de destrucción y miseria que ha producido la modernidad occidental, pero a la vez acepta que sus valores fundamentales (la emancipación política, el secularismo, la racionalidad, el individualismo, el pluralismo moral y la igualdad) no han sido superados hasta hoy por ninguna alternativa visible. Aun así, esta adhesión debe ser sobria, pues la versión occidental de la modernidad que conocemos acarrea sus propias formas de sufrimiento emocional y destrucción del mundo-vida tradicional, además de convertir a la inseguridad ontológica en un rasgo crónico de nuestra existencia y de vulnerar cada vez más la organización de la identidad y del deseo.<sup>24</sup>

### **Por qué es necesaria aún la sociología**

William James, el abuelo de la psicología moderna, sostenía que los psicoterapeutas debían considerar, antes que nada, que en la persona “transcurre alguna suerte de pensar” y que ese pensar es personal: cada pensamiento forma parte de una conciencia individual que impulsa al sujeto a elegir qué experiencias del mundo procesar y qué experiencias rechazar.<sup>25</sup> La sociología, en cambio, desde sus orígenes ha tenido como vocación principal desenmascarar los fundamentos

*sociales* de los pensamientos. Para nuestra disciplina, no existe una oposición entre lo individual y lo social, porque el contenido de los pensamientos, los deseos y los conflictos internos presenta una base institucional y colectiva. Por ejemplo, cuando la sociedad y la cultura promueven como modelos para la vida adulta la pasión intensa del amor romántico y, al mismo tiempo, el matrimonio heterosexual, le dan forma no sólo a nuestra conducta, sino también a nuestras aspiraciones, nuestras esperanzas y nuestras fantasías de felicidad. Ahora bien, los modelos sociales no se quedan allí; al yuxtaponer el ideal del amor romántico con la institución del matrimonio heterosexual, las sociedades modernas insertan en nuestras aspiraciones una serie de contradicciones sociales, que a su vez cobran vida en nuestra psiquis. La organización institucional del matrimonio (basado en la monogamia, la convivencia y la sumatoria de los recursos económicos para incrementar la riqueza) excluye la posibilidad de sostener el amor romántico como pasión intensa y devoradora. Tal contradicción obliga a los agentes a realizar un monto significativo de labor cultural para manejar y conciliar esos dos marcos culturales que compiten entre sí.<sup>26</sup> Dicha yuxtaposición a su vez sirve como ejemplo de que el enojo, la frustración y la decepción que con tanta frecuencia resultan inherentes al amor y el matrimonio en realidad se fundan en ciertas disposiciones sociales y culturales. Si bien las contradicciones constituyen una parte inevitable de la cultura y las personas en general logran moverse entre ellas sin demasiado esfuerzo, algunas son más difíciles de manejar que otras. Cuando afectan la posibilidad misma de articular la experiencia, su incorporación en la vida cotidiana resulta menos sencilla.

Ahora bien, que las personas interpreten de distinta forma las mismas experiencias o que las experiencias sociales se vivan sobre todo a través de las categorías psicológicas no significa que dichas experiencias sean de carácter privado y singular. Toda experiencia se encuentra contenida por las instituciones y organizada en ellas, ya se trate de la internación de una persona enferma en un hospital, de la mala conducta de un adolescente en la escuela o del enojo de una mujer frustrada con su familia. Asimismo, las experiencias siempre presentan formas, intensidades y texturas que emanan del modo en que las instituciones estructuran la vida emocional. Gran parte del disgusto y la decepción que causa el matrimonio, por ejemplo, tiene que ver con que dicha institución estructura las relaciones de género y combina la lógica emocional con la lógica institucio-

nal o, por así decirlo, marca la distancia entre el deseo de una fusión o una igualdad sin distinción de género y la inevitable puesta en acto de los roles de género. Por último, para que la experiencia resulte inteligible, debe respetar ciertos patrones culturales previamente establecidos. Así, una persona puede explicar sus enfermedades como un castigo divino por sus pecados, como un accidente biológico o como un efecto de cierta pulsión de muerte inconsciente: todas estas elucidaciones surgen de una serie de modelos interpretativos muy complejos que son utilizados y reconocidos por determinados grupos de personas en una situación histórica específica.

Esto no quiere decir que yo rechace la idea de que existen diferencias psíquicas importantes entre las personas y de que esas diferencias desempeñan un papel determinante en nuestra vida. Más bien, mi objeción frente al *ethos* psicológico que predomina en la actualidad tiene que ver con tres factores: primero, aquello que tomamos como aspiraciones y experiencias individuales reviste un contenido social y colectivo considerable; segundo, las diferencias psíquicas muchas veces, aunque no siempre, son en realidad diferencias en la posición social y en las aspiraciones sociales de las personas; y tercero, el impacto de la modernidad en la formación del yo y la identidad consiste precisamente en dejar al desnudo los atributos psíquicos del individuo y otorgarles un rol fundamental en la determinación del destino social y romántico. El hecho de que seamos entidades psicológicas (es decir, de que nuestra psicología ejerza tanta influencia en nuestro destino) *es en sí mismo un hecho sociológico*. Al disminuir los recursos morales y el conjunto de restricciones sociales que configuraban las maniobras del sujeto en su entorno social, la estructura de la modernidad nos expone a nuestra propia estructura psíquica, lo que provoca que la psiquis moderna quede en un estado de vulnerabilidad, pero a la vez sea altamente operativa en la determinación de los destinos sociales. Dicha vulnerabilidad del yo moderno podría resumirse entonces en los siguientes términos: mientras que nuestra experiencia se ve delimitada por una serie de restricciones institucionales muy potentes, debemos atravesarla con los recursos psíquicos que hemos acumulado en el curso de nuestra trayectoria social. Este aspecto dual de la experiencia social moderna, instalada entre lo institucional y lo psíquico, es justamente lo que me propongo documentar en referencia al amor y el sufrimiento romántico.

## La sociología y el sufrimiento psíquico

Desde sus orígenes, la sociología tiene como principal objeto de estudio las formas colectivas de sufrimiento, como la desigualdad, la pobreza, la discriminación, las enfermedades, la opresión política, los conflictos armados y las catástrofes naturales. Todos estos fenómenos han funcionado como el prisma central a través del cual nuestra disciplina viene explorando las miserias de la condición humana. Aunque la sociología ha logrado analizar con grandes resultados tales formas colectivas de sufrimiento, ha desatendido ese tipo de sufrimiento psíquico común y corriente que es intrínseco a las relaciones sociales: el resentimiento, la humillación y el deseo no correspondido son apenas algunos ejemplos de sus numerosas formas cotidianas e invisibles. La disciplina sociológica se ha mostrado renuente a incluir en su ámbito de estudio el sufrimiento emocional, concebido correctamente como el pilar de la psicología clínica, por temor a verse arrastrada a las aguas turbias de un modelo social psicológico e individualista. Sin embargo, si no quiere perder relevancia para las sociedades modernas, es imperativo que explore todas aquellas emociones en las que se refleja la vulnerabilidad del yo bajo las condiciones de la modernidad tardía, vulnerabilidad que es a la vez institucional y emocional. En el presente libro se sostiene que el amor representa una de esas emociones y que el análisis minucioso de las experiencias que genera nos podrá retrotraer nuevamente a la vocación original de la sociología, que aún resulta en extremo necesaria y pertinente.

La noción de “sufrimiento social” puede constituir una bienvenida herramienta para reflexionar sobre el carácter moderno del sufrimiento amoroso, pero no resultará tan útil a mis fines porque, tal como lo entiende la antropología, el sufrimiento social designa un fenómeno visible de gran escala (por ejemplo, las consecuencias de una hambruna, de la violencia, de la pobreza o de las catástrofes naturales).<sup>27</sup> Así, dicho concepto omite las formas más invisibles o intangibles del sufrimiento, como la ansiedad, la sensación de carecer de valor o la depresión, que se encuentran insertas en la vida diaria y en nuestras relaciones cotidianas.

Ahora bien, el sufrimiento psíquico exhibe dos rasgos cardinales. Primero, como afirma Schopenhauer, deriva de que vivimos la experiencia a través de “la memoria y la anticipación”.<sup>28</sup> En otras palabras, está mediado por la imaginación, o sea, por las imágenes y los ideales que conforman nuestros recuerdos,

nuestras expectativas y nuestros anhelos.<sup>29</sup> En términos más sociológicos, podríamos afirmar que el sufrimiento está mediado por las definiciones culturales de la identidad. Segundo, se ve acompañado típicamente por una ruptura en nuestra capacidad para otorgar sentido. Por lo tanto, como señala Paul Ricoeur, a menudo adquiere la forma de un lamento acerca de su propia ceguera y arbitrariedad.<sup>30</sup> Dado que el sufrimiento implica una irrupción de lo irracional en la existencia cotidiana, demanda una explicación racional, exige que demos cuenta de la desolación.<sup>31</sup> Así, la experiencia del sufrimiento será tanto más intolerable cuanto menos sentido se le pueda otorgar. Cuando no tenemos una explicación, sufrimos el doble: por el dolor que sentimos y por nuestra incapacidad para dotarlo de un significado. Por lo tanto, toda experiencia del sufrimiento nos vinculará necesariamente con los sistemas de explicación que se han desarrollado para dar cuenta de ella. Asimismo, dichos sistemas presentan diferencias en los modos en que dan cuenta del dolor, en los modos en que atribuyen la responsabilidad, en los aspectos de la experiencia dolorosa que destacan y abordan, y en los modos en que transforman (o no) ese sufrimiento en otra categoría de la experiencia, llámese redención, maduración, crecimiento o sabiduría. Permítaseme agregar que el sufrimiento psíquico *moderno*, si bien supone toda una variedad de respuestas fisiológicas y psicológicas, principalmente pone en riesgo de modo directo la estabilidad del yo, su definición y su sentido del valor propio. En el marco de las relaciones de intimidad contemporáneas, refleja la situación del yo bajo las condiciones de la modernidad. No se trata de un fenómeno parentético en relación con otras formas supuestamente más graves del sufrimiento porque, como espero poder demostrar, presenta y pone en acto los dilemas y las formas de impotencia que afectan al yo moderno.

Mediante el análisis de toda una variedad de fuentes, desde las secciones del *New York Times* y del *Independent* dedicadas a las relaciones amorosas y sexuales hasta las novelas de los siglos XVIII y XIX, pasando por los manuales de autoayuda sobre el amor y las citas románticas,<sup>32</sup> pretendo documentar que las experiencias de abandono y amor no correspondido son tan fundamentales en nuestro relato biográfico como otras formas de humillación social (de naturaleza política o económica).

Las personas más escépticas podrán objetar, con razón, que la poesía y la filosofía vienen tratando hace cientos de años los efectos devastadores del amor

y que el sufrimiento es uno de sus principales tropos, tal como se observa en el punto culminante alcanzado por el movimiento romántico, en el cual amor y sufrimiento se reflejan y definen mutuamente. No obstante, el presente trabajo se propone demostrar que la experiencia moderna del sufrimiento causado por el amor supone un cambio cualitativo con respecto al pasado. Aquello que tiene de moderno el sufrimiento amoroso en la actualidad podría definirse en términos de la desregulación de los mercados matrimoniales (capítulo 2), las transformaciones en la arquitectura de la elección de pareja (capítulo 3), la importancia capital del amor en la construcción social de un sentido del valor propio (capítulo 4), la racionalización de la pasión (capítulo 5) y los modos en que se despliega la imaginación romántica (capítulo 6). Ahora bien, aunque este libro pretende dar cuenta de aquello que es propiamente nuevo y moderno en la experiencia actual del sufrimiento romántico, no aspira a analizar de manera exhaustiva todas las múltiples formas que adoptan los tormentos amorosos, sino sólo algunas de ellas, así como tampoco ignora que muchas personas están felices con su vida amorosa. Lo que se intenta demostrar aquí es que tanto el sufrimiento como la felicidad en la esfera amorosa presentan una forma específica en la modernidad, y en esa forma nos concentraremos.

# **LA SOCIOLOGÍA CLÁSICA: DURKHEIM Y WEBER**

**Estudio preliminar  
y selección de textos:  
Juan Carlos  
Portantiero**



**Editores de América Latina**

**LA  
SOCIOLOGÍA  
CLÁSICA:  
DURKHEIM  
Y WEBER**

Los derechos de traducción de los textos de *El suicidio* pertenecen a la Editorial Schapire que ha autorizado su publicación.

## INTRODUCCIÓN

*¿Qué significa el desarrollo de la Sociología? ¿De qué proviene que sintamos la necesidad de aplicar la reflexión a las cosas sociales, sino de que nuestro estado social es anormal, de que la organización colectiva es bamboleante, no funciona ya con la autoridad del instinto, puesto que esto es lo que exige la reflexión científica y su extensión a un nuevo orden de cosas?*

*Emile Durkheim*

Si el origen histórico de la reflexión sobre los problemas sociales puede ubicarse muchos siglos atrás, es un hecho que la sociología, como campo definido del conocimiento, recién aparece al promediar el siglo XIX. Filosofías de la sociedad y doctrinas para poner en marcha procesos de reformas aparecen en el remoto pasado humano, a menudo ligadas a especulaciones religiosas y casi siempre referidas a los problemas de organización de la sociedad y el Poder. En el pensamiento occidental este proceso nace con los griegos, para prolongarse sin mayores discontinuidades en la cultura medieval.

El punto de ruptura de esa tradición, que permitirá progresivamente la constitución autónoma del conjunto de las hoy llamadas ciencias sociales, se halla en el Renacimiento. El precursor reconocido para este nuevo continente del conocimiento será Nicolás Maquiavelo (1469-1527), cuya obra marca la liberación, para la reflexión sobre la política, de sus condicionantes teológicas o filosóficas. Lo que podríamos llamar ciencia política, esto es, teoría del gobierno y de las relaciones entre el gobierno y la sociedad, es el primer campo secularizado del saber que habrá de irse constituyendo dentro del orden más vasto de las ciencias sociales. Campo en el que coexisten al lado de las prescripciones de lo científico —aún balbuceante— las sutilezas del “arte”, es decir, los cánones para la acción que permitan diferenciar al “buen” del “mal” gobierno.

© 1997. Editores de América Latina.

Hecho el depósito de ley. Libro de edición argentina.

ISBN: 987-95843-4-1

Esta anticipación de la teoría política sobre el resto de las otras disciplinas no se debe al azar. El origen y el desarrollo de cada campo del conocimiento se vincula siempre con las preguntas que plantea el desenvolvimiento social. El surgimiento de las naciones y de los estados centralizados ponía en el centro del debate el tema de la organización del poder que, bajo el modo de producción capitalista entonces en expansión, no podía ser pensado sino como un contrato voluntario entre sujetos jurídicamente iguales. Hobbes, Locke, Montesquieu, Rousseau, son algunos de los jalones en ese camino de constitución de un nuevo saber, más riguroso, sobre el sentido de las relaciones sociales entre los hombres. Lo social y lo político, que hasta entonces aparecía como algo dado, invariante, fijo, absolutamente regulado por un sistema organizativo que no distinguía lo público de lo privado, comienza a ser pensado como un proceso de construcción colectiva en el que el hombre precede a la sociedad, la crea y la organiza. Nace la idea del "contrato social", de la soberanía popular y de las formas de representación de esa soberanía que, con distintos matices, recorre el pensamiento político desde el siglo XVI.

Este es un producto, en el plano de la teoría, de la generalización de las relaciones mercantiles: el nacimiento de la ciencia política, la primera —cronológicamente— de las nuevas ciencias sociales.

El segundo movimiento corresponde a la economía política, William Petty, Adam Smith y David Ricardo significan en el plano del pensamiento económico lo que Hobbes, Locke o Montesquieu en el de la reflexión sobre las relaciones entre la sociedad y el poder. Las etapas de fundación de la economía política siguen también los ritmos del desarrollo de la sociedad: en un principio eran los problemas del cambio, de la circulación, los predominantes; más tarde, especialmente a partir del siglo XVIII, la atención se dirigirá a los problemas de la producción. Es que comenzaba la Revolución Industrial.

Tanto la ciencia política cuanto la economía política no eran concebidas por sus fundadores como compartimientos

cerrados, como disciplinas irreductibles. Eran, en realidad, fragmentos de una única ciencia de la sociedad. En algunos casos los campos de interés común se entrelazaban en un solo individuo: Locke ha pasado a la historia de las ideas como precursor de la ciencia política y también de la economía política. Hechos políticos y hechos económicos eran concebidos, en general, como fenómenos que se cruzaban y se condicionaban mutuamente.

### **El origen de la sociología**

Ya casi pertenece al sentido común definir a la sociología como "ciencia de la crisis". La definición, ambigua, merece ser aclarada, sobre todo porque para algunos el acople del término de crisis importa cargar a la sociología de un contenido intrínsecamente transformador o aun revolucionario. Piénsese, por ejemplo, en la desconfianza con que el pensamiento más cerradamente tradicionalista observa contemporáneamente a esta disciplina, a la que le atribuye poco menos que significados destructivos del orden social.

Nada más lejano a esos propósitos podrá encontrarse, sin embargo, en la génesis de la sociología, el tercero de los grandes campos del conocimiento referido a las relaciones entre los hombres que surgirá después del Renacimiento. La sociología es un producto del siglo XIX y en ese sentido puede decirse, efectivamente, que apareció ligada a una situación de crisis. Pero la respuesta que a ella propondrá, desde sus fundadores en adelante, es antes bien que revolucionaria, conservadora o propulsora de algunas reformas tendientes a garantizar el mejor funcionamiento del orden constituido.

En este sentido, el origen de la sociología se diferencia nítidamente del desarrollo de la ciencia política y de la economía. Ambas, girando alrededor de las ideas de contrato y de mercado, sostenidas sobre el principio de la igualdad jurídica de los hombres, construían las teorías específicas que generalizaban, en el plano del pensamiento, las

relaciones sociales históricamente necesarias al desenvolvimiento del capitalismo. Complementaban en esta forma los avances de las ciencias naturales contribuyendo a la secularización del mundo, a la proyección del hombre burgués al plano de dueño y no de esclavo de la naturaleza y de la sociedad.

El nacimiento de la sociología se plantea cuando ese nuevo orden ha empezado a madurar, cuando se han generalizado ya las relaciones de mercado y el liberalismo representativo, y en el interior de la flamante sociedad aparecen nuevos conflictos, radicalmente distintos a los del pasado, producto del industrialismo.

El estímulo para la aparición de la sociología es la llamada Revolución Industrial; mejor, la crisis social y política que dicha transformación económica genera. Con ella aparece un nuevo actor social, el proletariado de las fábricas, vindicador de un nuevo orden social, cuando todavía estaban calientes las ruinas del "ancien Régime" abatido por la Revolución Francesa. Para dar respuesta a las conmociones que esta presencia señala, en el plano de la teoría y de la práctica social, aparecerán dos vertientes antitéticas: una será la del socialismo —proyectado del plano de la utopía al de la ciencia por Karl Marx—; la otra lo que configura la tradición sociológica clásica.

El orden estamental del precapitalismo aseguraba una unificación entre lo social y lo político-jurídico. El capitalismo disolvería esta identidad entre lo público y lo privado y con ello la idea de la armonía de un orden integrado. La sociología arrancará de este dato para intentar reconstruir las bases del orden social perdido; de aquella antigua armonía sumida ahora en el caos de la lucha de clases.

En ese sentido, nace íntimamente ligada con los objetivos de estabilidad social de las clases dominantes. Su función es dar respuestas conservadoras a la crisis planteada en el siglo XIX. Es una ideología del orden, del equilibrio, aun cuando sea, al mismo tiempo, testimonio de avance en la historia del saber, al sistematizar, por primera vez, la posibilidad de constituir a la sociedad como objeto

de conocimiento. Al romper la alienación con el Estado, los temas de la sociedad —de la sociedad civil— pasan a ser motivo autónomo de investigación: es el penúltimo paso hacia la secularización del estudio sobre los hombres, y sus relaciones mutuas; el psicoanálisis, en el siglo XX, conquistará un nuevo territorio, el de la indagación sobre las causas profundas de la conducta.

La magnitud de los problemas que plantea la sociedad como objeto de conocimiento impone un abordaje científico. La filosofía social o política, las doctrinas jurídicas, no pueden ya dar cuenta de los conflictos colectivos impulsados por la crisis de las monarquías y por la Revolución Industrial. Para quienes serán los fundadores de la sociología, ha llegado la hora de indagar leyes científicas de la evolución social y de instrumentar técnicas adecuadas para el ajuste de los conflictos que recorren Europa.

La ciencia social, a imagen de las ciencias de la naturaleza, debía constituirse *positivamente*. En realidad su status no sería otro que el de una rama de la ciencia general de la vida, necesariamente autónoma, porque el resto de las ciencias positivas no podía dar respuesta a las preguntas que la dinámica de las sociedades planteaba, pero integrada a ellas por idéntica actitud metodológica.

La sociedad, así, será comparable al modelo del organismo. Para su estudio habrá que distinguir un análisis de sus partes —una morfología o anatomía— y otro de su funcionamiento: una fisiología. Así definía Saint-Simon las tareas de la nueva ciencia: "Una fisiología social, constituida por los hechos materiales que derivan de la observación directa de la sociedad y una higiene encerrando los preceptos aplicables a tales hechos, son, por lo tanto, las únicas bases positivas sobre las que se puede establecer el sistema de organización reclamado por el estado actual de la civilización". Fisiología e Higiene: no pura especulación sino también la posibilidad de instrumentar "preceptos aplicables" para la corrección de las enfermedades del organismo social.

Este positivismo, que exigía estudiar a la sociedad como se estudia a la naturaleza, iba a encontrar su método en el de la biología, rama del conocimiento en acelerada expansión durante el siglo XIX. Para Emile Durkheim, que representa a la sociología ya en su momento de madurez, el modelo que apuntalará a su fundamental *Las reglas del método sociológico* (1895) será la *Introducción al estudio de la medicina experimental* (1865) del fisiólogo Claude Bernard.

Pero el positivismo con el que se recubre y virtualmente se confunde el origen de la sociología, tendrá también otro sentido, no meramente referido a la necesidad de constituir el estudio de la sociedad como una disciplina científica. Positivismo significa también reacción contra el *negativismo* de la filosofía racionalista de la Ilustración, contemporánea de la Revolución Francesa.

En realidad, los dos significados se cruzaban. La tradición revolucionaria del Iluminismo operaba a través del contraste entre la realidad social tal cual era y una Razón que trascendía el orden existente y permitía marcar la miseria, la injusticia y el despotismo. En ese sentido, en tanto crítica de la realidad, era considerada como una "filosofía negativa".

El punto de partida de la escuela positiva era radicalmente distinto. La realidad no debía subordinarse a ninguna Razón Trascendental. Los hechos, la experiencia, el reconocimiento de lo dado, predominaban sobre todo intento crítico, negador de lo real. Hasta aquí, este rechazo del trascendentalismo estimula la posibilidad de un avance del pensamiento científico por sobre la metafísica o la teología. Pero esta supeditación de la ciencia a los hechos implicaba, simultáneamente, una tendencia a la aceptación de lo dado como natural.

La sociedad puede incluir procesos de cambio, pero ellos deben estar incluidos dentro del orden. La tarea a cumplir es desentrañar ese orden —es decir desentrañar las leyes que lo gobiernan—, contemplarlo y corregir las desviaciones que se produzcan en él. Así, todo conflicto que tendiera a destruir radicalmente ese orden debía ser

*prevenido* y combatido, lo mismo que la enfermedad en el organismo.

Con esta carga ideológica nace la sociología clásica. En la medida en que busca incorporar a la ciencia el estudio de los hechos sociales por vía del modelo organicista, desnuda su carácter conservador. Este rasgo incluye a todos sus portavoces, aunque existan ecuaciones personales o culturales que diferencien a cada uno. Entre esas diferencias culturales importantes —porque marcarán derroteros distintos dentro de una misma preocupación global— están las que separan a la tradición ideológica alemana de la francesa. Max Weber será la culminación de la primera y Emile Durkheim de la segunda. Y aunque ese diferente condicionamiento cultural hace diferir radicalmente sus puntos de partida, sus preocupaciones últimas —como lúcidamente lo advirtiera Talcott Parsons, el teórico mayor de la sociología burguesa en este siglo— se integrarán.

### Los padres fundadores

La sociología se estructura a partir de una doble discusión. Si en su madurez el adversario es el marxismo, en su mocedad busca saldar cuentas con el Iluminismo. Los pensadores racionalistas del siglo XVII aparecen así como un antecedente directo de la sociología, porque son los primeros que abren un campo de investigación más o menos sistemático: el que lleva a descubrir leyes del desarrollo social.

Uno de esos escritores será particularmente significativo, Montesquieu (1689-1755), a quien se prefiere recordar, sin embargo, como teórico de la ciencia política. Durkheim, en cambio, lo menciona con razón como un precursor de la sociología.

Es cierto que el tema de Montesquieu es el análisis de las instituciones políticas, pero la perspectiva con que lo encaraba era ya sociológica. En el prólogo a *El Espíritu de las Leyes*, su obra más conocida, escribía:

“Comencé a examinar a los hombres con la creencia de que la infinita variedad de sus leyes y costumbres no era únicamente un producto de sus caprichos. Formulé principios y luego vi que los casos particulares se ajustaban a ellos: la historia de todas las naciones no sería más que la consecuencia de tales principios y toda ley especial está ligada a otra o depende de otra más general”. Para Montesquieu las instituciones políticas dependen del tipo de Estado y éste, a su vez, del tipo de sociedad. Por ello —deducía— no hay ningún tipo de régimen político universalmente aceptable: cada sociedad debía constituir el suyo, de acuerdo a sus particularidades. Este relativismo aleja a Montesquieu de sus contemporáneos, partidarios de una Racionalidad universal, y en ese sentido anticipa la crítica que los fundadores de la sociología habrán de aplicar a la cosmovisión trascendentalista de los iluministas.

Montesquieu piensa que es posible construir una tipología de las sociedades, basada en la experiencia histórica, y ordenada en una sucesión temporal de progresiva complejidad. Este desarrollo creciente de las estructuras económicas y sociales provoca modificaciones en el Estado. Lo que cambia son las formas de solidaridad entre los individuos, desde las sociedades primitivas más simples hasta las más modernas, caracterizadas por una compleja división del trabajo. Esta idea de Montesquieu sobre los cambios en los tipos de solidaridad generados por la división social del trabajo, será más tarde retomada casi literalmente por Durkheim.

La construcción de una tipología de sociedades, que permitiera la comparación entre ellas y, por otra parte, la intención de encontrar leyes de lo social, junto con una serie de hipótesis acerca de las relaciones entre el desarrollo social y el desarrollo político, permiten considerar legítimamente a Montesquieu como un precursor, como el primero de los pensadores adscriptos a la filosofía de la Ilustración que tiende un puente conceptual hacia el desarrollo de la sociología como disciplina centrada en un objeto autónomo de conocimiento.

Los principios del Iluminismo encontrarán su encarnación política en la Revolución Francesa de 1789. Pero, pese al optimismo de los racionalistas, la crisis de las monarquías y el desarrollo del capitalismo industrial no provocaron un ingreso al reino del equilibrio social, sino todo lo contrario. Surge así la reacción antiiluminista, la nostalgia por el orden perdido, la filosofía de la restauración. El orden frente al cambio, lo sagrado frente a lo profano, la autoridad frente a la anarquía; estas son las antinomias levantadas por la ideología tradicionalista que se desarrollará particularmente en Francia, inspirada en Louis de Bonald (1754-1850) y Joseph de Maistre (1754-1821).

Este pensamiento reaccionario es otro de los eslabones importantes en el proceso de constitución de la sociología. Detrás de él se mueve explícitamente una reivindicación del orden medieval, de su unidad, de su armonía. Como señala Robert Nisbet, “el redescubrimiento de lo medieval —sus instituciones, valores, preocupaciones y estructuras— es uno de los acontecimientos significativos de la historia intelectual del siglo XIX”.

Esto es muy claro en pensadores como los citados de Bonald, de Maistre o el inglés Edmond Burke, pero la idea aparecerá también en los fundadores de la sociología, aun cuando en su visión será la ciencia la que deberá reemplazar a la religión de los tradicionalistas en su carácter de principal elemento integrador de la sociedad.

Nisbet ha señalado<sup>1</sup> que las cinco ideas-elementos esenciales de la sociología, que estarán presentes en todos los teóricos clásicos, se vinculan con el pensamiento conservador, preocupado profundamente por las consecuencias desintegradoras del conflicto de clases. Ellas son: *comunidad, autoridad, lo sagrado, status y alienación*. En efecto, todas son tema principal en Saint-Simon, en Comte, en Tönnies, en Durkheim o en Weber. Pero es posible dar un paso más que el mero listado de estas

1. Robert Nisbet, *La formación del pensamiento sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969, tomo I, pág. 29.

ideas-fuerza; la sociología clásica obtiene también del pensamiento tradicionalista una serie de proposiciones entrelazadas acerca de la sociedad. Especialmente la concepción de ésta como un todo orgánico, superior (y exterior) a los individuos que la componen, unificado en sus elementos por valores que le dan cohesión y estabilidad y que proporcionan sustento a las normas que reglan la conducta de los individuos y a las instituciones en las que esas conductas se desenvuelven. Si esos valores, esas normas y esas instituciones se alteran, la sociedad entrará en un proceso de desgarramiento y de desintegración. El tema central es, pues, el orden social; el cambio, la transformación sólo será un caso especial, controlado, del equilibrio, postulado simultáneamente como punto de arranque metodológico para el estudio científico de la sociedad y como ideal al que debe tender la humanidad.

Habitualmente se considera a Auguste Comte (1798-1857) como el fundador de la sociología. En rigor, él es el inventor de la palabra, contra su voluntad, porque en un principio había bautizado a su disciplina como "física social", término que a su juicio simbolizaba mejor sus intenciones de asimilar el estudio de los fenómenos sociales a la perspectiva de las ciencias naturales.

Pero más allá que la expresión introducida por él eternice a Comte como el padre de la sociología, el conde Claude Henri de Saint-Simon (1760-1825) puede reivindicar ese carácter con mejores títulos. Para algunos historiadores, incluso, Comte no haría más que plagiar —dándole un sentido más conservador— a la teoría saint-simoniana.

De hecho ambos autores estuvieron en estrecha relación: Comte fue secretario de Saint-Simon entre 1817 y 1823 y colaboró con él en la redacción del *Plan de las operaciones científicas necesarias para la reorganización de la sociedad*, trabajo en el que se sostenía que la política debía convertirse en "física social", cuya finalidad era descubrir las leyes naturales de la evolución de la sociedad. Esta "física social" haría ascender al estudio de

la sociedad a la tercera etapa por la que tienen que pasar todas las disciplinas: la positiva, culminación de los dos momentos anteriores del espíritu humano, el teológico y el metafísico.

Esta vinculación con Comte —quien señaló siempre su deuda con de Maistre y de Bonald— parece chocar con una imagen difundida de Saint-Simon como precursor del socialismo, como "socialista utópico". En primer lugar, cabe señalar que el pensamiento de Saint-Simon está plagado de tensiones internas que alternativamente pueden ofrecer una perspectiva revolucionaria o conservadora. En segundo lugar no es al propio Saint-Simon a quien se debe adscribir al socialismo utópico sino sobre todo a sus discípulos, en especial Bazard y Enfantine, quienes entre las revoluciones del 30 y del 48 avanzaron resueltamente en una dirección social y política anticapitalista. En Saint-Simon se fusionan elementos progresivos y conservadores. Por un lado, admiraba el orden social integrado del medioevo, pero por el otro ha quedado en la historia del pensamiento como un teórico del industrialismo y como un profeta de la sociedad tecnocrática. Tenía sobre la "escuela retrógrada", como la llamaba, de de Maistre y de Bonald un doble juicio. Por un lado —dice— han establecido "de una manera elocuente y rigurosa" la necesidad de reorganizar a Europa de manera sistemática, "necesaria para el establecimiento de un orden de cosas sosegado y estable". Por otro lado, al intentar "restablecer la tranquilidad" reconstruyendo el poder teológico, y al señalar que "el único sistema que puede convenir a Europa es aquel que habría sido puesto en práctica antes de la reforma de Lutero" yerran totalmente, pues "al sentido común repugna directamente la idea de retroceso en civilización". La pasión dominante del sentido común es "la de prosperar mediante trabajos de producción y (...) por consiguiente no puede ser satisfecha más que mediante el establecimiento del sistema industrial".

El conocimiento científico deberá ocupar en la nueva sociedad el papel que la fe religiosa ocupaba en la sociedad antigua. El sistema industrial del futuro será

gobernado autoritariamente por una élite integrada por científicos y por "productores", en los que Saint-Simon agrupa tanto a los capitalistas como a los asalariados. Esta élite aseguraría la unidad orgánica de la sociedad, perdida tras la destrucción del orden medieval, con la Ciencia ocupando el lugar de la Religión, los técnicos el de los sacerdotes y los industriales el de los nobles feudales.<sup>2</sup> Esta concepción, ciertamente, tiene muy poco que ver con el socialismo, utópico o científico. Su mérito es haber reconocido en las leyes económicas el fundamento de la sociedad. Esta conexión del análisis social con el análisis económico se acentuará con la influencia que sobre él ejercen los *Nuevos principios de Economía Política* de Sismondi (1773-1842), publicados en 1819. En ese texto, uno de los pilares del anticapitalismo romántico, Sismondi señala que la finalidad de la economía política es estudiar la actividad económica desde el punto de vista de sus consecuencias sobre el bienestar de los hombres. De allí arrancan, ambiguamente, nuevas preocupaciones de Saint-Simon sobre la situación de las clases más pobres, aun sin llegar al nivel de las formulaciones sismondianas que reconocen la existencia de un conflicto despiadado en el interior de la clase de los "productores"; entre asalariados y propietarios.

Esta apertura la ensancharán sus discípulos que, en 1828, tres años después de la muerte de Saint-Simon, crean la escuela saintsimoniana y comienzan a desarrollar una tarea que violentará en mucho las conclusiones del maestro.

En 1825 Francia había sido sacudida por una primera crisis general: las consecuencias sociales del sistema industrial comenzaban a estar a la vista y entre 1830 y 1848 la lucha de clases sacudirá al país. Los saintsimonianos cambiarán de auditorio: ya no escribirán para los industriales sino, preferentemente, para los intelectuales y para el pueblo, aunque no siempre con buena

2. Saint-Simon, *Catecismo político de los industriales*, Madrid, Aguilar, 1960, pág. 190.

fortuna. Ideas que no aparecían en Saint-Simon, como la de lucha de clases o críticas violentas a la propiedad privada y a la nueva explotación capitalista son comunes en sus textos, ellos sí adscriptos al socialismo utópico. En su sistema de pensamiento, economía, sociedad y política aparecen íntimamente relacionadas en una visión crítica y totalizadora.

Luego de ellos —y notablemente con otro discípulo de Saint-Simon, Comte— esa unidad se parcelará. El punto de partida metodológico de la sociología clásica, como señala Lukacs, será el postulado de la independencia de los problemas sociales con respecto a los económicos. Cada ciencia social extremará hasta la irritación los puritos de su "autonomía" con respecto a las otras: por un lado la sociología, independiente de la economía y la ciencia política; por otro, desde el triunfo de la escuela marginalista, la economía "pura". Ambas limitadas a una observación de la correlación entre los hechos.

Claro está que esta exacerbación de la autonomía puede aportar conocimiento científico, más allá del carácter ideológico de la teoría que la sustenta. Pero, aferrados a "los hechos", "a lo dado", al nivel de las apariencias, las ciencias sociales fragmentadas se enfrentarán a preguntas que no podrán responder o que ni siquiera podrán plantearse, porque su formulación depende de una visión globalizadora y dinámica de la totalidad de las relaciones sociales en un modo de producción históricamente determinado. Citando otra vez a Samir Amin: "La única ciencia posible es la de la sociedad, porque el hecho social es único: no es 'económico' o 'político' o 'ideológico', etc., aunque el hecho social pueda ser aproximado hasta un cierto punto bajo un ángulo particular, el de cada una de las disciplinas universitarias tradicionales (la economía, la sociología, la ciencia política, etc.). Pero esta operación de aproximación particular podrá ser científica en la medida en que sepa medir sus límites y preparar el terreno para la ciencia social global".

La autonomía de la sociología será finalmente fundada por Comte. A más de un siglo de publicadas sus obras,

ellas adolecen para el lector contemporáneo de una antigüedad insanable; el contacto con ellas es, hoy, una tarea de arqueólogos.

Comte no hace más que resumir ideas ya circulantes en su tiempo e integrarlas a un discurso pomposamente "totalizador". Sin Saint-Simon y sus intuiciones quedaría muy poco de Comte, cuya tarea fundamental consistió en depurar al saintsimonismo de sus tensiones utopistas y enfatizar sus contenidos conservadores. El objetivo de sus trabajos —*Curso de filosofía positiva* (1830-1842) y *Sistema de política positiva* (1851-1854)— es contribuir a poner orden en una situación social que definía como anárquica y caótica, mediante la construcción de una ciencia que, en manos de los gobernantes, pudiera reconstruir la unidad del cuerpo social. Su deuda con de Bonald y de Maistre era explícita, pero del mismo modo que Saint-Simon, difería con "la escuela retrógrada" en cuanto no creía en la posibilidad de una restauración puntual de "l'ancien régime".

Comte incorpora a su discurso la idea de la evolución y del progreso, pero, en tanto conservador, suponía que los cambios debían estar contenidos en el orden. La sociedad debía ser considerada como un organismo y estudiada en dos dimensiones, la de la Estática Social (análisis de sus condiciones de existencia; de su orden) y la de la Dinámica Social (análisis de su movimiento; de su progreso). Orden y Progreso se relacionan estrechamente. El primero es posible sobre la base del consenso, que asegura la solidaridad de los elementos del sistema. El segundo, a su vez, debe ser conducido de tal manera que asegure el mantenimiento de la solidaridad, pues de otro modo la sociedad se desintegraría.

En realidad, la idea de evolución es la del desarrollo sucesivo de un principio espiritual de acuerdo con el cual la humanidad pasaría por tres etapas, la teológica, la metafísica y la positiva. Esta última sería capas de sintetizar los polos de orden inmóvil y de progreso anárquico que caracterizaron a las dos primeras etapas. La etapa positiva marcaría según Comte la llegada al estado definitivo de la inteligencia humana y colocaría, en una nueva

categorización jerárquica de las ciencias, a la sociología en la cima de ellas. La sociología o física social, esto es, "la ciencia que tiene por objeto el estudio de los fenómenos sociales considerados con el mismo espíritu que los astronómicos, los físicos, los químicos o los fisiológicos, es decir, sujetos a leyes naturales invariables, cuyo descubrimiento es el objeto especial de investigación".

Tal conocimiento permitiría a los gobernantes acelerar el progreso de la humanidad dentro del orden. La nueva política positiva sólo podría ser aplicada por una élite autoritaria; así, Comte habría de enviar su libro al zar Nicolás I de Rusia, "jefe de los conservadores de Europa", señalándole que sus teorías estaban básicamente pensadas para la autocracia. El mismo Comte se auto-proclamó, hacia el final de sus días, como el papa de una nueva religión, la positiva.

La vinculación del positivismo, verdadero punto de arranque de la sociología clásica, con los intereses políticos de quienes buscaban conservar el orden social, será todavía más clara en Herbert Spencer (1820-1903). Su obra coincide con el esplendor victoriano, es decir, con la consolidación de su país, Gran Bretaña, como potencia hegemónica mundial.

Spencer fue mucho más positivista —en el sentido de intentar aplicar a lo social el método científico-natural— que Comte, a quien incluso atacó. Para Spencer no existían diferencias metodológicas en el estudio de la naturaleza y de la sociedad. El principio que unificaba ambos campos era el de la evolución; las leyes de la misma, propuestas por la biología, eran universalmente válidas. Es notorio que detrás de Spencer están las teorías de Darwin, quien publica *El origen de las especies* en 1859, tres años antes de que comiencen a aparecer los copiosos tratados de Spencer, diez volúmenes que abarcan la sociología, la psicología, la ética y la biología.

La teoría de Spencer no hace más que consagrar triunfalmente el predominio del capitalismo libreempresista y la influencia imperialista británica. Ferozmente individualista, toma de Darwin el principio de la supervivencia

de los más aptos y los traslada al campo social para justificar la conquista de un pueblo por otro. Partidario extremo del *laissez faire* propugna la desaparición de toda intervención estatal; uno de sus libros (1884) se llama *El hombre contra el Estado*. Esto marca, ciertamente, una separación radical del paternalismo político comtiano; a diferencia de éste, Spencer señalaba que la sociología debía demostrar que los hombres no debían intervenir sobre el proceso natural de las sociedades. Paradojalmente, esta ciencia spenceriana, que de manera transparente no era otra cosa que la conciencia de las clases dominantes británicas de su tiempo, influyó considerablemente sobre élites de sociedades dependientes, como la propia argentina de fines de siglo.

No es difícil establecer las vinculaciones estrechas que existen entre los problemas de la sociedad francesa y la teoría de Comte o la era victoriana en Inglaterra y los principios de Spencer. La misma relación podría postularse entre la Alemania de la segunda mitad del siglo XIX y la obra de Ferdinand Tönnies (1855-1936), principal representante de la otra vertiente significativa en los orígenes de la sociología clásica.

La sociología es un fruto tardío en Alemania, con relación a Francia e Inglaterra. La posibilidad de constituir un campo de conocimiento autónomo para los hechos sociales fue primero rechazada a partir de la consideración que los problemas sociales no eran otra cosa que problemas políticos del Estado, integrables en la ciencia jurídica. Esta tradición, que duró bastantes años, fue reemplazada por otra, igualmente negativa frente a las pretensiones de la sociología, pero basada en argumentos de tipo epistemológico.

En efecto, lo que está en discusión a fines del siglo XIX en Alemania es la legitimidad de construcción de una ciencia de lo social equiparable a las ciencias de la naturaleza. La orientación dominante, de origen neokantiano, rechaza la posibilidad de aplicar métodos analíticos al mundo del hombre. Surge así la distinción entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, culminación de

la distinción kantiana entre Razón Pura y Razón Práctica. Sólo lo fenoménico, lo material, puede ser conocido; lo cultural, lo propio del espíritu sólo puede ser intuitivo. Los hechos históricos son únicos e irrepetibles; es inútil buscar en ellos regularidades o invariantes para determinar leyes, tal como lo hacen las ciencias naturales.

En ese clima cultural, fuertemente marcado por el historicismo y por el rechazo al cientificismo positivista y al marxismo, surge Tönnies cuya importancia —más allá de sus aportes propios, que recogerán luego otras teorías— estriba sobre todo en haber abierto el camino para una obra como la de Max Weber.

El libro fundamental de Tönnies es *Comunidad y Sociedad*, publicado en 1887. La sociología aparece en él como conocimiento de las relaciones sociales y éstas, a su vez, sólo pueden ser concebidas como producto de la voluntad de los hombres. Dos tipos básicos de relación entre los hombres son los de "comunidad" y "sociedad". Ejemplo de la primera es la familia, el vecindario, el grupo de amigos. Su característica es estar fundada sobre lazos naturales, asimilados al modelo de un organismo. Ejemplo de sociedad sería la ciudad o el Estado, fundados sobre el contrato, la racionalidad, el cálculo y asimilados los lazos que unen a sus elementos con las piezas de una máquina.

Esta tipología reaparecerá, directa o indirectamente, en Max Weber (quien utiliza las definiciones de Tönnies sobre comunidad y sociedad explícitamente) y aun en Durkheim, para quien los lazos de solidaridad que constituyen la comunidad conformarán lo que llama solidaridad mecánica, y los que constituyen la sociedad serán equivalentes a los de la solidaridad orgánica. Comunidad y Sociedad eran, para Tönnies, lo que Weber llamaría después "tipos-ideales": esto es, jamás se dan puros en la realidad, pero, como extremos de una polaridad de relaciones sociales, sirven para la confrontación comparativa y para el análisis de las formas sociales concretas.

Saint-Simon, Comte, Spencer, Tönnies y otros que podrían agregarse, comportan en conjunto una suerte de

prehistoria de la sociología clásica. En buena medida, como lo hemos señalado, sus obras han perdido en sí mismas toda actualidad. Pero las preocupaciones metodológicas que incorporan, tensionadas por el naturalismo y el historicismo; la línea general que preconizan, en relación con la sociedad, marcada por un afán conservador; incluso buena parte de los conceptos que aportan, configuran un capítulo relevante para el ingreso de la sociología a su etapa de madurez. En ésta, dos figuras habrán de desempeñar un papel sobresaliente muy por encima del de sus contemporáneos: Emile Durkheim y Max Weber.

### Durkheim: el problema del orden

Emile Durkheim nace en el año 1858 y muere en 1917. Su madurez intelectual abarca el duro periodo de consolidación y crisis de la Tercera República francesa, en la que la política de los liberales, anticlerical y antitradicionalista, pero también duramente represiva frente a las reivindicaciones del movimiento obrero, sufre los embates del neobonapartismo de Boulanger y del antisemitismo y nacionalismo expresados en el proceso Dreyfus. Judío, descendiente de rabinos, Durkheim fue un producto claro de laicismo y del cientificismo de esa Francia republicana que se erigía luego de Luis Bonaparte, de la guerra con Alemania y de la Comuna de París. En ese entorno, Durkheim asume una misión: colaborar en la consolidación de un orden moral que le diera a la nación francesa la estabilidad del antiguo régimen, pero fundada sobre otras bases.

Su pregunta central es, pues, una pregunta sobre el orden: ¿cómo asegurarlo en la compleja sociedad industrial en donde los lazos tradicionales que ataban al individuo a la comunidad están rotos.

En uno de sus libros fundamentales, *El suicidio*, publicado en 1897, Durkheim señala que la felicidad del ser humano sólo es posible si éste no exige más de lo que le puede ser acordado. Pero "¿cómo fijar la cantidad de bienestar,

de comodidad, de lujo, que puede perseguir legítimamente un ser humano?" Los límites —añade— no deben buscarse ni en su constitución orgánica, ni psicológica. Librado a sí mismo el hombre se plantea fines inaccesibles y así cae en la decepción. En nombre de su propia felicidad, pues, habrá que conseguir que sus pasiones sean contenidas hasta detenerse en un límite que sea reconocido como justo. Ese límite debe ser impuesto a los hombres desde afuera por un poder moral indiscutido que funde una ley de justicia. Pero ella "no podrán dictársela ellos mismos; deben recibirla de una autoridad que respeten y ante la cual se inclinen espontáneamente. Únicamente la sociedad, ya directamente y en su totalidad, ya por mediación de uno de sus órganos, está en condiciones de desempeñar ese papel moderador; porque ella es el único poder moral superior al individuo y cuya superioridad es aceptada por éste".<sup>3</sup>

El orden moral es, pues, equivalente al orden social. Este, a su vez, se expresa como un sistema de normas que, por su parte, se constituyen en instituciones. La sociología es el análisis de las instituciones; de la relación de los individuos con ella.

Esta preocupación aparece nítida desde sus primeras obras. En 1893 publica su tesis de doctorado, *La división del trabajo social*, cuyo eje problemático es ya la relación entre el individuo y la sociedad. El supuesto es que hay una primacía de la sociedad sobre el individuo y que lo que permite explicar la forma en que los individuos se asocian entre sí es el análisis de los tipos de solidaridad que se dan entre ellos. Durkheim reconoce dos: la *solidaridad mecánica* y la *solidaridad orgánica*.

En el primer tipo, vinculado a las formas más primitivas, la conexión entre los individuos —esto es, el orden que configura la estructura social— se obtiene sobre la base de su escasa diferenciación. Es una solidaridad construida a partir de semejanzas y, por lo tanto, de la existencia de pocas posibilidades de conflicto.

3. Emile Durkheim, *El suicidio*, Buenos Aires, Schapire, 1966, pág. 197.

La solidaridad orgánica es más compleja. Supone la diferenciación entre los individuos y como consecuencia la recurrencia de conflictos entre ellos, que sólo pueden ser zanjados si hay alguna autoridad exterior que fije los límites. Es la solidaridad propia del industrialismo. Esa autoridad, esa fuerza externa —moral, social, normativa— es la *conciencia colectiva*, que no está constituida por la suma de las conciencias individuales, sino que es algo exterior a cada individuo y resume el conjunto de creencias y sentimientos comunes al término medio de una sociedad. Es esta conciencia colectiva la que modela al individuo, la que permite finalmente que la sociedad no se transforme en una guerra de todos contra todos. Estas ideas se perfilan mejor en otro trabajo, el ya citado *El suicidio*, texto que, además de afinar la teoría sustantiva que Durkheim tiene sobre la sociedad, se ha transformado en un clásico de la investigación empírica, en un modelo todavía utilizado como ejemplo del tratamiento específico de relaciones entre variables para probar conexiones causales.

¿Por qué tratar de explicar el suicidio en términos de la sociología? ¿No se trata, acaso, de problemas individuales, cuyo campo de conocimiento sería la psicología? En efecto, la psicología puede estudiar el suicidio, pero si en lugar de ver en ellos acontecimientos aislados, consideramos a los suicidios en conjunto, durante una unidad de tiempo y en una sociedad dada, esto ya constituye un hecho nuevo, superior a la suma de los actos individuales: es un hecho social. Y el estudio de los hechos sociales es el terreno de la sociología.

Durkheim tipifica tres tipos de suicidio: el altruista, el egoísta, el anómico.

El egoísta sería aquel tipo de suicidio motivado por un aislamiento demasiado grande del individuo con respecto a la sociedad. Es el suicidio de los marginados, de los solitarios, de los que no tienen lazos fuertes de solidaridad social.

El suicidio altruista correspondería al otro extremo: si el hombre se mata cuando está desligado de la sociedad,

también lo hace cuando está demasiado fuertemente ligado a ella. El medio social en el que el suicidio altruista exista en estado crónico es el orden militar. Sin un alto nivel de integración de sus miembros, no existe ejército. De tal modo, cualquier obstáculo que corra esa fuerte solidaridad puede transformarse para el individuo en un impulso suicida. El punto de partida empírico de Durkheim para la explicación del suicidio altruista es que en su tiempo las estadísticas europeas marcaban que la tasa de muertes voluntarias entre los militares era muy superior a la de la población civil.

Pero en realidad el tipo más significativo de suicidio es el suicidio anómico. Anomia significa ausencia de normas. El suicida por anomia es aquel que no ha sabido aceptar los límites que la sociedad impone; aquel que aspira a más de lo que puede y cae, por lo tanto, en la desesperación.

En los tres casos es la relación entre el individuo y las normas lo que lo lleva al suicidio; se trata de fenómenos individuales que responden a causas sociales; a “corrientes suicidógenas” de distinto tipo que están presentes en la sociedad. Por ello, ese caso extremo, exasperado, de aparente individualismo que es el suicidio, puede ser tema de la sociología.

Dos años antes de la aparición de *El suicidio* Durkheim publica un libro en el que define a la sociología y a su objeto. Se trata de *Las reglas del método sociológico*, aparecido en 1895. El objeto de la sociología es el estudio de los hechos sociales; el método para estudiarlos es considerarlos como cosas. Sólo a partir de esto la sociología puede legítimamente ser considerada —según Durkheim— como una ciencia similar al resto de las ramas del conocimiento empírico. Un *hecho social* consiste en toda forma de obrar, de pensar y de sentir que ejerce sobre el individuo una presión exterior. Es decir, los hechos sociales son anteriores y externos al individuo; lo obligan a actuar, lo coaccionan en determinada dirección. Se expresan en normas, en leyes, en instituciones que aseguran la tendencia a la buena integración del

individuo con la sociedad. Sistema normativo, sistema de valores, sociedad, conciencia colectiva, hechos sociales, son términos distintos que aluden a un mismo concepto y acotan una misma problemática: la de la objetividad y exterioridad del mundo social, por encima de los individuos concretos. Un mundo social que, al ser aceptado como dato, se transforma en un *orden natural*, sostenido sobre la normatividad establecida.

La insuficiente integración del individuo con la sociedad es el síntoma patológico de las sociedades modernas, que no han logrado recuperar, en las nuevas condiciones del sistema industrial, los valores de equilibrio de la sociedad preindustrial.

¿Cómo lograr esa integración? En el prefacio a la segunda edición de *La división del trabajo social*, Durkheim plantea su solución. Ya no es la familia, ni el grupo religioso, ni el Estado quienes pueden asegurar esa solidaridad. La principal unidad integrativa es la profesión y la institución que agrupa a los hombres por profesiones: el gremio, a la manera medieval. Allí en ese texto, el liberal Durkheim se acerca, en tanto conservador social, al modelo corporativo de organización de la comunidad como salida para la inestabilidad del mundo moderno.

### **Weber: racionalidad y dominación**

Durkheim, en su introducción a *El suicidio*, advertía sobre el error de definir sociológicamente ese acto a partir de la voluntad de quien lo comete. La intencionalidad de los actores es un inobservable y, por lo tanto, no puede ser base de la ciencia. "La intención es cosa demasiado íntima para poder captarla desde afuera si no es por groseras aproximaciones", agregaba.<sup>4</sup> El punto de partida de Max Weber (1864-1920), su contemporáneo, fue precisamente el criticado por Durkheim. Si éste construye el objeto de la sociología desde la exterioridad y la

coacción de lo social sobre el individuo, Weber considerará como unidad de análisis a los individuos, precisamente porque son los únicos que pueden albergar fines, intenciones, en sus actos. Se trata, por lo tanto, de dos caminos metodológicos inversos, producto de dos tradiciones culturales opuestas —el naturalismo positivista en Durkheim; el historicismo en Weber— que, sin embargo, se reencuentran en la consideración sobre el papel que el sistema de valores y el orden normativo juegan en el comportamiento humano.

Talcott Parsons, quien con su Teoría de la Acción tentó construir la síntesis de los temas de la sociología clásica, lo señala lúcidamente: "A pesar de sus diferencias —la absorción de Weber en los problemas de la dinámica social y la casi completa indiferencia de Durkheim hacia ellos; la preocupación de Weber por la acción y la de Durkheim por el conocimiento de la realidad— sus resultados son casi idénticos en el esquema conceptual básico al que llegan. La identidad se aplica a, cuando menos, dos puntos estratégicos: la distinción entre los motivos morales y no morales de la acción en relación con las normas y la distinción entre la calidad de las normas como tales (Weber, legitimidad; Durkheim, autoridad moral) y el elemento más amplio del que ésta es una manifestación: Weber, carisma; Durkheim, sacralidad."<sup>5</sup>

La trama del discurso teórico de Weber es, pese a ello, distinta a la de Durkheim: Weber es tanto un historiador y un científico de lo político como un sociólogo y esto se reflejará en sus preocupaciones temáticas y en su método de investigación, radicalmente distinto a los de Durkheim.

Weber está trabajado por una doble determinación. Por un lado, la vigencia en Alemania de la discusión sobre el status científico del estudio de lo social, expresada en la ya comentada dicotomía entre "ciencias de la naturaleza" y "ciencias del espíritu". El intentará superar esa polémica, pero no a la manera durkheimiana, es decir,

5. Talcott Parsons, *La estructura de la acción social*, Madrid, Guadarrama, 1968, tomo II, pág. 816.

4. Emile Durkheim, *ibidem*, pág. 13.

naturalizando a la sociedad para transformar así a la sociología en una ciencia empírica, sino diseñando un método de tipo histórico-comparativo que le permita recuperar a la vez la particularidad y la universalidad del hecho social.

Pero la segunda determinación que opera sobre Weber tendrá quizás más importancia como estímulo para su labor específica. En el momento en que él madura su obra, el peso de la orientación marxista es grande en Alemania, mientras en Francia es casi nula. Weber "dialoga" permanentemente con Marx o, mejor, con el marxismo vulgar de tipo economicista, al que trata de superar, pero teniéndolo permanentemente como interlocutor intelectual. Se ha dicho que el objetivo de Weber era completar la imagen de un materialismo económico con un materialismo militar y político; el tema central que le permitirá poner en práctica esa propuesta es el origen y el carácter del capitalismo, preocupación absorbente en la obra weberiana.

En efecto, ese es un tema central y él aparece tanto en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904-1905) como en la *Historia económica general*, publicada en 1924, cuatro años después de su muerte. Su obra fundamental —también póstuma— *Economía y Sociedad* (1922) es una monumental síntesis conceptual en la que su teoría sustantiva aparece enriquecida por una abrumadora erudición histórica.

El análisis de los orígenes y las características del capitalismo le permite a Weber desplegar sus críticas al marxismo economicista. Según su punto de vista, condiciones históricas para el capitalismo, entendido como "sistema de empresas lucrativas unidas por relaciones de mercado", han existido en numerosas oportunidades. Sin embargo, tal sistema sólo se desarrolla en plenitud en la Europa de los siglos XV y XVI. La razón de ello es que en ese momento, a los datos económicos que ya habían aparecido en otras etapas de la humanidad, se sumó la aparición de una ética, la protestante, que favorecía en el nivel individual el desarrollo de comportamientos acordes con el espíritu de lucro y las relaciones

de mercado. Eso no había existido en China ni en la India, sociedades en las que se habían dado en ciertas épocas condiciones económicas y sociales similares a las europeas de 1400. De tal modo, la ética protestante (entendiendo a la ética como un sistema de valores y de normas de conducta derivadas) aparece como el factor principal para explicar el origen del capitalismo.

El método por el cual llega Weber a aislar la causa fundamental del capitalismo es el histórico-comparativo. Si, comparando sociedades diferentes, logramos igualar las principales variables —económicas, sociales, políticas, culturales, etc.— que aparecen en ellas, quedando una y solo una cuyas características no son compartidas por la totalidad, queda claro que es la decisiva para explicar la diferencia específica. Sería el caso del papel que juega la ética protestante en los orígenes del capitalismo como sistema social.

El análisis histórico pasa a ser sociológico cuando el científico construye, a partir de la realidad, conceptos-tipo o *tipos-ideales*. "Se obtiene un tipo ideal —explica— al acentuar unilateralmente uno o varios puntos de vista y encadenar una multitud de fenómenos aislados, difusos y discretos, que se encuentran en gran o pequeño número y que se ordenan según los precedentes puntos de vista elegidos unilateralmente para formar un cuadro de pensamiento homogéneo".

Pero el punto de partida para esta construcción es el actor y la acción social; las relaciones sociales y los hombres interactuando. A diferencia de Durkheim, no la sociedad naturalizada sino el comportamiento individual. La sociología es, de tal modo, "una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social, para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos".<sup>6</sup> El Estado, la familia, cualquier formación social, deja de existir sociológicamente cuando no existen relaciones sociales que le dan sentido.

6. Max Weber, *Economía y Sociedad*, México, FCE, 1964, tomo I, pág. 15.

La característica básica de la vida social es la orientación de las acciones humanas hacia la consecución de determinados fines a través de la utilización de medios adecuados racionalmente para conseguirlos. Este sería el caso extremo de la acción racional de acuerdo a fines, pero Weber reconocía otros tres tipos de comportamientos probables: la acción tradicional, la acción afectiva y la acción con arreglo a valores. La centralidad analítica de la acción con arreglo a fines surge de la metodología propuesta para la construcción de tipos-ideales (que siempre son tipos de acción): para explicar un comportamiento político, por ejemplo, hay que fijar primero cómo se hubiera desarrollado esa acción de haberse conocido todas las circunstancias y todas las intenciones de los protagonistas y de haberse orientado éstos para la elección de los medios, de un modo racional en relación con los fines. Este tipo-ideal así construido permitirá analizar las acciones reales como desviaciones de ese modelo.

En realidad, resumir un pensamiento tan sistemático como el de Weber es una tarea inabordable. Su discurso tiene una textura perfecta y cada concepto supone al anterior en un escalonamiento lógico que opera por adición. El capítulo primero de *Economía y Sociedad* actúa en ese sentido como un largo prólogo imprescindible para comprender luego el derrotero total del texto.

Pero, pese al grado de abstracción alcanzado, el pensamiento weberiano no tiene nada de gratuito. Tanto como una sociología hay en él una filosofía de la historia, recorrida por una idea-fuerza, la de la Racionalidad. El desarrollo del hombre es el de una creciente racionalidad en su relación con el mundo.

Las regularidades en la conducta humana se deben principalmente al reconocimiento por los actores de la existencia de un *orden legítimo* que les otorga validez. Esa legitimidad —tan parecida como acota Parsons a la “autoridad moral” que respalda a los comportamientos en Durkheim— puede estar garantizada por la tradición, por la entrega afectiva, por el acatamiento a valores absolutos o por la adhesión a la legalidad estatuida positivamente.

Esta última es la legitimidad contemporánea, sobre la que se construye el moderno tipo de dominación, legal y burocrática, racional.

Racionalidad y dominación burocrática, impersonal, son dos temas conexos. El capitalismo realiza ambos supuestos y los lleva a su grado máximo. Es así el punto de llegada de la historia, y el socialismo propuesto por los marxistas —interlocutores de Weber especialmente a través de la poderosa socialdemocracia alemana— no significaría ningún cambio substancial: en todo caso, una variante más dictatorial de esa misma trama histórica que arranca desde lo sagrado para llegar al período actual de “desencantamiento del mundo”, en un proceso indetenible que Max Weber reconocía en tanto científico, pero que íntimamente rechazaba.

Max Weber y Emile Durkheim coronan el edificio de la sociología clásica. Después de ellos poco se avanzará teóricamente, salvo en el esquema del contemporáneo Parsons, que comporta más una síntesis —a veces ecléctica— de los grandes autores que lo antecedieron y de la cultura universitaria de su tiempo. El único avance logrado lo ha sido en el campo de las técnicas específicas de investigación, no en las grandes líneas teóricas. La sociología contemporánea —que como ciencia del hombre ha quedado muy atrás de la lingüística, de la psicología y de la economía— se ha reducido a una teoría general formal, integrada por teoremas abstractos deducidos de un modelo de comportamiento racional, acompañada por un cuerpo de técnicas aptas para estudiar correlaciones empíricas, a partir de lo dado.

El círculo abierto a mediados del siglo pasado para oponer una nueva ciencia de la sociedad al fantasma del socialismo se ha cerrado sin que la sociedad haya recuperado el equilibrio perdido.

Juan Carlos Portantiero

Federico Neiburg y Mariano Plotkin  
(compiladores)

*Intelectuales y expertos*  
*La constitución del conocimiento*  
*social en la Argentina*

PAIDÓS   
Buenos Aires - Barcelona - México

# Índice

Intelectuales y expertos : la constitución del conocimiento social en Argentina / Carlos Altamirano...[et al; compilado por Federico Neiburg y Mariano Plotkin]. – 1° ed. – Buenos Aires : Paidós, 2004. 400 p. ; 23x16 cm. – (Espacios del saber)

ISBN 950-12-6543-9

I. Sociología I. Altamirano, Carlos II. Neiburg, Federico, comp. III. Plotkin, Mariano, comp. CDD 301

Cubierta de Gustavo Macri  
Motivo de cubierta: *Santos y guardianes*, de Xul Solar.

Editorial Paidós agradece los derechos de reproducción cedidos gentilmente por la Fundación Pan - Klub, Museo Xul Solar

1ª edición, 2004

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2004 de todas las ediciones  
Editorial Paidós SAICF  
Defensa 599, Buenos Aires  
E-mail: [literaria@editorialpaidos.com.ar](mailto:literaria@editorialpaidos.com.ar)  
[www.paidosargentina.com.ar](http://www.paidosargentina.com.ar)

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723  
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Talleres Gráficos D'Aversa  
en Vicente López 318, Quilmes, en julio de 2004.

Tirada: 2.000 ejemplares

ISBN 950-12-6543-9

Los autores .....	11
<b>1. Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina, Federico Neiburg y Mariano Plotkin</b> .....	15
El Estado, el problema de la autonomía y la producción de conocimiento social .....	17
La cronología como problema .....	21
El conocimiento social, entre lo nacional y lo internacional .....	25
Epílogo .....	27
<b>2. Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la "ciencia social" en la Argentina, Carlos Altamirano</b> .....	31
Preliminares sobre el ingreso de las ciencias sociales en la Argentina.....	31
Ciencia social y nuevos <i>clercs</i> .....	33
Los títulos científicos de la sociología .....	38
Teoría y enseñanza de una ciencia filosófica .....	42
Las ciencias sociales y el carácter nacional .....	45
Los usos de la ciencia social .....	51
País nuevo y males antiguos .....	57
<b>3. Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955, Jorge Myers</b> .....	67
La institución del campo histórico en la Argentina (1890-1930).....	67

33. Véase *ibíd.*, págs. 65-70.

34. Las resonancias y los deslizamientos de la politización de la psicología hacia la temática del *hombre nuevo* quedan como un punto pendiente de la investigación. Un ejemplo de que Freud podía juntarse con el Che Guevara (y con Theilhard de Chardin) en visión teológica de la historia y la revolución, puede leerse en el siguiente fragmento del sacerdote Carlos Mugica: "Después de la gran influencia de Theilhard de Chardin, del marxismo, de los grandes profetas de la iglesia contemporánea y de los grandes profetas de nuestro tiempo como Camilio Torres, Hélder Cámara, el 'Che' Guevara, Marx, Freud, es decir de todos aquellos hombres que se han preocupado por el hombre y por la aventura humana" (Carlos Mugica, *Peronismo y cristianismo*, 1973; cit. en Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, ob. cit., pág. 238). Sobre la "guerra de religión", véase Eric Hobsbawm, "Barbarie, una guía para el usuario", *Entrepasados*, n° 7, 1994.

35. *RAP*, n° 1, pág. 98.

36. *Ibíd.*, pág. 92.

37. *Ibíd.*, pág. 94. Para una visión de conjunto sobre los debates del psicoanálisis y la izquierda, véase Mariano Plotkin, *Freud in the Pampas*, Stanford, Stanford University Press, 2001, caps. 7 y 8.

38. Oscar Masotta, "Leer a Freud", *RAP*, n° 1, págs. 19-25.

39. Ver sobre todo los testimonios de: María T. Calvo, entrevista de Martín Cremonte y Eduardo Sincopsky, 1995; Rosalía Schneider, entrevista de M. Cremonte y E. Sincopsky, 1995; Rosalía Schneider, entrevista de Marcela Borinsky, 18/5/1999.

40. Roberto Harari llama "elite" a la primera dirección de la APBA y se presenta como miembro de una "generación intermedia" que al desplazar la conducción anterior logró la afiliación masiva de los graduados. Véase "La autodenigración especular del psicólogo" (enero de 1974), en *Textura y abordaje del inconsciente*, Buenos Aires, Trieb, 1977, pág. 44. Sobre los rasgos de género que se sobreañaden a los conflictos del "campo", véase Pierre Bourdieu, *La distinción*, París, Minuit, 1979.

41. *Ibíd.*, págs. 161, y 168-69.

42. H. Scholten, *Oscar Masotta y la fenomenología*, Buenos Aires, Atuel/Anáfora, 2001.

## 11. La sociología: una profesión en disputa

ALEJANDRO BLANCO

### INTRODUCCIÓN

La institucionalización de la sociología como disciplina universitaria en la Argentina tuvo lugar hacia fines de la década de 1950. En 1957, en efecto, se crearon respectivamente el Departamento y la Carrera de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires bajo la jefatura de Gino Germani. La existencia misma de la sociología, sin embargo, no coincide enteramente con aquella acta de fundación. Por el contrario, la evidencia empírica muestra que hacia esa fecha la sociología ya había alcanzado cierto grado de institucionalización y había sido incorporada a la enseñanza. No obstante, la fundación del Departamento y la Carrera, lejos de presentarse como la coronación de esos esfuerzos, se planteó como una ruptura con respecto a la etapa inmediatamente anterior. Se produjo, así, un áspero y persistente conflicto entre quienes por entonces reclamaban la identidad de sociólogos. El conflicto dividió al campo en dos facciones: los "sociólogos de cátedra", por un lado, y los "sociólogos científicos", por el otro.<sup>1</sup> ¿Por qué se produjo tal división? ¿Qué desató el conflicto y cuáles fueron las razones esgrimidas por cada uno de los contendientes para justificar su oposición? ¿Cómo se operó esta redefinición de la sociología, alrededor de qué ejes teóricos y de qué problemáticas y de cuáles configuraciones de actores, de instituciones y de intercambios? ¿Cuáles fueron los elementos de continuidad y de ruptura con relación al período precedente?

Este trabajo aborda ese momento de ruptura de la sociología desde un doble registro: *intelectual* e *institucional*. En lo que respecta al primero, el

trabajo examina la batalla ideológico-política librada por Germani en favor de la implantación de una nueva orientación teórico-metodológica para la disciplina, así como las condiciones que favorecieron su implantación. Asimismo, se intenta clarificar las connotaciones asociadas con la fórmula sociología científica, procurando situar los temas en debate, las apuestas conceptuales y las tradiciones intelectuales contra las que polemizó Germani. En lo que al nivel institucional respecta, el trabajo analiza las estrategias de legitimación de la disciplina, de construcción institucional y de profesionalización que fueron desplegadas durante estos años por los distintos actores, así como los elementos de continuidad y ruptura que caracterizaron el tránsito desde la sociología de cátedra hacia la “sociología profesional”, tanto en su *dimensión cognitiva* como *institucional*.

#### INSTITUCIONALIZACIÓN

Si evaluamos la historia de la sociología en nuestro medio a la luz de los criterios habitualmente reconocidos como indicadores de un proceso de institucionalización de una disciplina, la sociología no fue institucionalizada hasta 1957, cuando fueron creados oficialmente el Departamento y la Carrera de Sociología.<sup>2</sup> Hasta esa fecha, en efecto, la mayoría de los practicantes de la sociología no vivía de su profesión y la materia era todavía impartida por profesores que hacían de eso una tarea subsidiaria de su profesión principal. Por lo demás, apenas existía financiamiento y provisión logística y administrativa para la investigación sociológica a través de instituciones establecidas.<sup>3</sup>

Sin embargo, la evidencia empírica disponible muestra que antes de que la sociología científica se estableciera, la incorporación de la disciplina, e incluso su enseñanza, ya había sido iniciada entre nosotros por la llamada sociología de cátedra. En efecto, además de la existencia de una larga tradición de cátedras que proviene de fines del siglo XIX,<sup>4</sup> desde la década de 1930 en adelante, la enseñanza de la sociología había sido acogida por una institución tradicional como el Colegio Libre de Estudios Superiores.<sup>5</sup> En 1940 se crea el Instituto de Sociología y, dos años más tarde, el *Boletín del Instituto de Sociología*, que fue editado con regularidad desde 1942 hasta 1947.<sup>6</sup> Por esos años, asimismo, aparecen la primera colección de libros de la disciplina, la Biblioteca de Sociología de la editorial Losada, dirigida por uno de los miembros del nuevo Instituto, Francisco Ayala, y el primer tratado relativo al tema, al *Tratado de sociolo-*

*gía*, redactado por el mismo Ayala y editado en 1947 por la misma editorial en tres gruesos y macizos volúmenes.

En 1950 tuvo lugar, a su vez, la Primera Reunión Nacional de Sociología, de la que surgió la primera asociación profesional, la Sociedad Argentina de Sociología (SAS), presidida por Alfredo Poviña, y aparece otra publicación especializada, la *Revista Argentina de Sociología*, editada por el Instituto de Sociografía y Planificación de la Universidad Nacional de Tucumán.<sup>7</sup> Tres años más tarde, una reforma en los planes de estudio del sistema universitario nacional extendió la enseñanza de la materia, hasta entonces dictada solamente en las Facultades de Filosofía, a todas las facultades de ciencias jurídicas y de ciencias económicas existentes en el país. Así, hacia mediados de la década de 1950, el número de cátedras de sociología existentes en las universidades del país asciende a quince, y para entonces el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UBA ya tiene sus replicantes: el Instituto de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas, el Instituto de Filosofía del Derecho y de Sociología de la Facultad de Derecho, el Instituto de Sociografía y Planeación de la Universidad Nacional de Tucumán y el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Rosario.<sup>8</sup>

En esos años, además, la sociología argentina alcanzaba proyección latinoamericana. En 1950, un grupo de sociólogos latinoamericanos, en ocasión del Primer Congreso Mundial de Sociología organizado por la Association International de Sociologie —que más tarde adoptará el nombre de International Sociological Association (ISA)—, fundó en la ciudad de Zúrich la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), la primera asociación profesional de sociólogos de tipo regional en el mundo, y designó como su primer presidente a Alfredo Poviña. Al año siguiente, la ALAS celebró en Buenos Aires el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología.<sup>9</sup>

En resumen, puede afirmarse que hacia mediados de la década de 1950, la sociología ha alcanzado cierto grado de institucionalización, en el sentido de que existe como algo relativamente diferenciado de otras disciplinas del mundo social: cuenta con su propio sistema de publicaciones e instituciones. Además de una mayor inserción en la institución universitaria a través de las cátedras y los institutos, ha sido reconocida por una de las editoriales más importantes e innovadoras del momento, como era Losada, así como por una de las instituciones más dinámicas del campo intelectual argentino, el Colegio Libre de Estudios Superiores.

Sin embargo, y como se ha dicho, es por esos años que se produce un conflicto dentro del campo –no solamente a escala local, sino también latinoamericana<sup>10</sup>– que provoca la división entre las denominadas sociología de cátedra y sociología científica. ¿Qué desató el conflicto? En principio, si los primeros signos de la institucionalización de la sociología son previos a la creación del Departamento y la Carrera de Sociología, la ruptura entre esta última experiencia y la anterior ya no puede ser tematizada a partir del tradicional contraste entre una forma no institucionalizada, la cátedra, y otra institucionalizada, el departamento, sino como una diferencia existente entre dos modos de institucionalización. Dicho de otra manera, aquel contraste ya no resulta del todo satisfactorio para explicar las innovaciones y las rupturas en la historia de la institucionalización de la disciplina. En su lugar, entonces, es necesario tematizar la diferenciación entre sociología de cátedra y sociología científica como dos modos de institucionalización.

Ahora bien, ¿en qué consistió esa diferencia? En principio, podría decirse que tanto la sociología de cátedra como la sociología científica compartían similares ideales intelectuales o ambiciones cognoscitivas, es decir, participaban de la misma expectativa, a saber: que una ciencia positiva de la sociedad era posible y deseable para el desarrollo de la razón humana y el progreso social. Una de las figuras de esa sociología de cátedra, Alfredo Poviña, calificaría precisamente su tesis doctoral, *Sociología de la revolución*, como “un estudio científico del fenómeno revolucionario”, y subrayaba, asimismo, que lo emprendía con la expectativa de “asistir a los gobiernos con conocimientos emanados de las ciencias, con el fin de evitar de esa manera los desgarramientos sociales” (las bastardillas son mías). En el discurso de inauguración del Instituto de Sociología de la FFyL (UBA), Ricardo Levene identificaba la disciplina con el “planteamiento objetivo y solución de los problemas nacionales” y alentaba a la realización de un censo general, necesario tanto “para el estudio como para los planes de la reforma social”.<sup>11</sup> Pero, y como se verá más adelante, una vez que esos ideales intelectuales fueron objeto de un drástico proceso de renovación, la sociología de cátedra sólo alcanzaría a expresar su adhesión a ellos de una manera del todo formal y enteramente ritualista.

En segundo lugar, la sociología de cátedra y la sociología científica compartían el componente profesional de la empresa cognoscitiva. A este respecto, y como ha sido reseñado más arriba, los primeros signos de una institucionalización de la sociología (las primeras cátedras, el Instituto de Sociología, las primeras publicaciones, la creación de las primeras

asociaciones profesionales, nacionales y regionales), fueron el resultado de las iniciativas de los sociólogos de cátedra. Por cierto, podría objetarse que el componente profesional, al menos en una de sus dimensiones, no sería un rasgo característico de sus trayectorias. En efecto, para estos últimos, la enseñanza de la materia era, en la mayoría de los casos, una actividad subsidiaria; pero en sí misma, la profesionalización no era una aspiración rechazada por dichos sociólogos.

En rigor, el conflicto o la disidencia entre una y otra orientación habrá de producirse en torno al tercer elemento, el relativo al carácter disciplinario de la empresa, es decir, al conjunto de conceptos, técnicas y procedimientos explicativos, unos determinados problemas teóricos y sus aplicaciones empíricas.<sup>12</sup>

Ahora bien, ¿qué produjo esa diferencia en el componente disciplinario en la que vino a expresarse una de las dimensiones del conflicto abierto en el campo? Por razones que se comprenderán enseguida, una respuesta a este interrogante supone inscribir el problema en un contexto internacional caracterizado por una profunda transformación intelectual experimentada por la disciplina y un proceso creciente de internacionalización de ésta. El conflicto se desata como consecuencia de la “difusión” de un nuevo patrón de desarrollo intelectual e institucional de las ciencias sociales en general y de la sociología en particular, y del surgimiento de una nueva “demanda” promovida por los organismos internacionales. La estructura de dicha demanda no sólo introdujo una innovación en el componente disciplinario que provocó inmediatamente la diferenciación entre ambas orientaciones, sino que favoreció necesariamente un patrón de profesionalización que conspiró contra las posibilidades de continuidad de la vieja sociología de cátedra. El acento puesto sobre las investigaciones empíricas, de gran escala y predominantemente cuantitativas exigía una serie de condiciones de trabajo (dedicación *full time* a la profesión) así como un conjunto de competencias y destrezas (entrenamiento en las modernas técnicas de investigación, trabajo en equipo, etcétera) que no formaban parte de las rutinas de trabajo de los sociólogos de cátedra. Entre otras cosas, porque su misma formación no los predisponía a ello. En efecto, la mayoría de los sociólogos de cátedra (Francisco Ayala, Alberto Baldrich, Raúl Orgaz, Alfredo Poviña, Jordán Bruno Genta, Renato Treves y Miguel Figueroa Román) eran graduados en derecho, una disciplina que inclinaba mucho más hacia la reflexión sobre las ideas que hacia la investigación empírica, y mucho menos hacia la investigación empírica de carácter cuantitativo. La formación inicial de Germani en ad-

ministración y contabilidad, en cambio, le habría de proporcionar una destreza especial en el manejo de las estadísticas, colocándolo así en mejores condiciones para ajustarse a las competencias que demandaba la nueva "fórmula de investigación". De manera que el conflicto entre ambas orientaciones no puede explicarse sino a partir de un proceso de reestructuración exógena del campo que haría manifiesta una diferencia hasta ese momento latente: la diferencia en las trayectorias y la formación de unos y otros, diferencias que habrían de operar como un elemento diferenciador entre una y otra orientación.

Ciertamente, el conflicto entre ambas orientaciones no habría de reflejar solamente una diferencia relativa al carácter disciplinario de la empresa, sino también —y como se verá más adelante— una diferencia de orden político e intelectual directamente vinculada con la posición adoptada frente al fenómeno peronista. En efecto, el conflicto abierto entre ambas orientaciones tuvo lugar en el contexto de un debate que trascendía el campo disciplinario y que habrá de convertirse en un tema central de la discusión político-intelectual desde mediados de la década de 1950: el debate acerca de la naturaleza y el significado del peronismo en la vida política argentina.<sup>13</sup> La posición crítica hacia el nuevo fenómeno político asumida por la sociología científica contrastaba con la actitud adoptada por la mayoría de los sociólogos de cátedra, que exhibían un patrón bien diferente: el de una aprobación del fenómeno, en unos casos, o el del silencio en torno a él, en otros. De tal manera que la oposición entre ambas sociologías debe comprenderse también en el contexto —y como parte— de una batalla de naturaleza no sólo intelectual, sino también político-ideológica.

#### TRANSFORMACIONES INTELECTUALES

A partir de la segunda posguerra, las ciencias sociales en general y la sociología en particular experimentan una serie de cambios significativos como parte de una transformación más amplia en la cultura intelectual. En términos muy generales, dichos cambios se caracterizaron por "una declinación de la reflexión especulativa y filosófica y un optimismo generalizado acerca de los resultados que podían esperarse en cuanto se lograra un firme fundamento científico y empírico".<sup>14</sup> La convicción de que las ciencias sociales difieren sólo en grado, pero no en clase, de las ciencias naturales comenzó a extenderse entre los científicos sociales y creció la

expectativa de que podían esperarse grandes avances una vez que las técnicas que habían resultado eficaces en el entendimiento científico de la naturaleza fueran imitadas, modificadas y adaptadas al universo de las disciplinas que se ocupan de la sociedad. En el plano de la teoría, las ciencias sociales se hicieron ahistóricas, empíricas en el detalle y, en gran medida, cuantitativas en el método. En el plano de la investigación, el cambio más significativo fue un progresivo alejamiento de las vastas generalizaciones históricas en provecho de la recolección y refinamiento de los datos, el estudio de casos concretos a través de las encuestas y la observación participante, el establecimiento de correlaciones, la formulación de generalizaciones empíricas y la construcción de modelos, todo ello con la esperanza de construir teorías verificables que estuvieran en condiciones de reducir la explicación de los fenómenos sociales a la formulación relativamente sencilla de unas cuantas leyes o enunciados nomológicos. El desarrollo y perfeccionamiento de numerosas técnicas y metodologías de investigación, y muy especialmente, la generalización de técnicas cuantitativas y la construcción de modelos matemáticos contribuyeron a reforzar dicha expectativa.<sup>15</sup> Estos cambios, a su vez, fueron parte de un cambio ecológico de singular envergadura que afectó decisivamente a la tradición de la sociología. Según ha observado Edward Shils, las culturas intelectuales se asientan y propagan de acuerdo con una lógica cambiante de centro y periferia.<sup>16</sup> Las tradiciones clásicas de la sociología se formaron a fines de la Primera Guerra Mundial y en aquellos países que en ese momento ocupaban el centro de la vida intelectual: Inglaterra, Francia y Alemania. En la segunda posguerra, sin embargo, y por diversas razones, la sociología estadounidense devino central y la sociología europea, periférica. En principio, dicho cambio se vio favorecido por la temprana y sólida institucionalización que había alcanzado la sociología en los Estados Unidos durante las primeras décadas de este siglo. Su epicentro fue la universidad de Chicago, pero pronto se extendió a gran parte del sistema universitario, especialmente a Columbia, Harvard y Berkeley. Las principales innovaciones intelectuales e institucionales en el campo de las ciencias sociales provinieron, en efecto, de los Estados Unidos, pero fueron menos el producto de la sociología en sentido estricto que un resultado de una serie de experimentaciones llevadas a cabo en el campo más general de las ciencias sociales.

Los principales focos de innovación procedieron del psicoanálisis revisionista, de la psicología de la *Gestalt*, de la antropología cultural y de la psiquiatría de las relaciones interpersonales. La investigación adoptó un

carácter marcadamente interdisciplinario. Las relaciones de la sociología con la historia, pero más especialmente con la antropología y la psicología, se tornaron más fluidas que en el pasado. El centro o instituto de investigación fue adoptado como matriz institucional para el desarrollo de la investigación social. En todo ello, la migración intelectual jugó un rol clave, tanto en la promoción de nuevas perspectivas intelectuales como de nuevos estilos de trabajo. Uno de los casos paradigmáticos a este respecto es Paul Lazarsfeld. En efecto, el programa de una sociología empírica y el sistemático compromiso con la codificación y creación de institutos de investigación como matriz institucional del desarrollo de la investigación encontraron en Lazarsfeld a uno de sus más fervientes y exitosos promotores. Igualmente claves resultaron los aportes de una figura como Kurt Lewin y la escuela de la *Gestalt*, así como la experiencia asociada con el Instituto para la Investigación Social de Frankfurt, cuya investigación sobre la personalidad autoritaria se constituyó en un modelo ejemplar de investigación científica de un problema, tanto en términos temáticos como metodológicos.<sup>17</sup>

#### UN NUEVO CONTEXTO INTERNACIONAL

Esta transformación intelectual experimentada por la disciplina coincidió, a su vez, con una activa campaña de promoción y estímulo de la investigación social por parte de diferentes organismos internacionales y agencias filantrópicas, que operó como un factor decisivo en la institucionalización de las ciencias sociales, tanto en los países centrales como en América latina.<sup>18</sup> La intervención de dichos organismos y agencias tuvo lugar, o bien a través de la convocatoria de especialistas en ciencias sociales para la elaboración de programas de investigación, o bien suscitando una demanda de investigación en ciencias sociales a partir del lanzamiento de estudios sobre diferentes problemáticas. En este sentido, la UNESCO cumplió un papel de singular relieve al propiciar la creación de asociaciones profesionales nacionales e internacionales y centros de investigación así como al promover un sistema de publicaciones. En 1949, en efecto, fueron creadas la International Sociological Association, la International Political Science Association y la Association Française de Science Politique. Al año siguiente se establecieron dos centros de investigación en ciencias sociales, uno en Europa (Colonia, Alemania) y otro en el sudeste asiático (Calcuta, India). Desde comienzos de los cincuenta,

asimismo, la UNESCO lanzó la edición del *Bulletin International des Sciences sociales* (denominado *International Social Science Journal* desde 1959 en adelante), de *International Political Science Abstracts* y de *Current Sociology*.<sup>19</sup>

En el caso de América latina, las iniciativas de la UNESCO encontrarían apoyo en varios organismos interamericanos. En 1948 se estableció la Sección de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana como parte de la División de Filosofía, Letras y Ciencias del Departamento de Asuntos Culturales. Ese mismo año, la Novena Conferencia Internacional de los Estados Americanos, en la que quedaría formalmente constituida la Organización de los Estados Americanos (OEA), ofreció un apoyo decisivo al desarrollo de las ciencias sociales en la región. De acuerdo con las resoluciones aprobadas en dicha conferencia, se propuso: (a) apoyar la intercomunicación de los científicos sociales y las instituciones de ciencias sociales latinoamericanas; (b) apoyar el desarrollo técnico y científico de las disciplinas sociales; (c) promover la aplicación de las ciencias sociales en un nivel estrictamente profesional.

En 1950, la Sección de Ciencias Sociales lanzó el primer número de *Ciencias Sociales*, una publicación bimestral dirigida por Theo Crevenna y editada por el Departamento de Asuntos Culturales de la Oficina de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana.<sup>20</sup> Dicha publicación se constituiría en uno de los agentes de difusión más importantes de los nuevos rumbos y perfiles adquiridos por las ciencias sociales a partir de la posguerra. Consagrada a América latina, la revista aspiraba a “divulgar las nuevas tendencias de la sociología, la antropología social y cultural, de la psicología social, de los estudios políticos y de la geografía humana”. El inventario de propósitos incluía:

[...] dedicar especial atención a las ciencias sociales aplicadas al desarrollo socioeconómico y cultural de América latina, contribuir a la resolución de algunos problemas de la enseñanza profesional y de la formación técnica de los científicos sociales en América latina, servir como medio de información y de discusión de los estudios e investigaciones que aporten al planteamiento, la comprensión y la solución de los problemas de América latina y, por último, mantener un sistema de información de las actividades científicas y profesionales en el campo de las disciplinas sociales en América latina.

La publicación, que contaría con colaboraciones de Alfredo Poviña y Gino Germani, ofrecía a sus lectores artículos, comentarios bibliográficos, re-

gistro bibliográfico de artículos y publicaciones en español y otros idiomas, además de informaciones sobre distintos eventos académicos. En fin, además de ofrecer información relativa al campo, actuaba también como un espacio que hacía las veces de una comunidad internacional de la disciplina.

En 1948 se había creado la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) con sede en Santiago de Chile, cuya gravitación en el impulso de las ciencias sociales durante el período sería difícil de subestimar. El pensamiento de la CEPAL, y en especial, los trabajos de Raúl Prebisch, se convirtieron en el principal centro de influencia teórico-doctrinaria, tanto en lo que respecta a la cuestión del desarrollo como en relación con la concepción de las ciencias sociales mismas.<sup>21</sup> Sin dicha influencia, sin ese conjunto de ideas, creencias y actitudes distintivas, resulta difícil pensar el extraordinario desarrollo e impulso que conocieron las ciencias sociales en América latina durante el período. Asimismo, y además de auspiciar la realización de tres importantes seminarios sobre enseñanza e investigación en ciencias sociales en América latina,<sup>22</sup> desde mediados de la década de 1950 la UNESCO promovió el establecimiento de dos centros de investigación y enseñanza. Así, en 1957 fueron creados la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile, de la que surgió la Escuela Latinoamericana de Sociología (ELAS) y el Centro Latinoamericano de Investigación en Ciencias Sociales (CLAPCS), en Río de Janeiro. La actuación de los organismos regionales e internacionales fue decisiva también para el desarrollo de las primeras investigaciones empíricas. La UNESCO promovió y apoyó la investigación sobre las relaciones raciales en el Brasil, la investigación sobre estratificación y movilidad social en cuatro capitales latinoamericanas (Montevideo, Río de Janeiro, Santiago de Chile, Buenos Aires), la que a su vez, y gracias al apoyo de los programas Smith-Mondt y Fullbright de los Estados Unidos, pudo contar con la asistencia de profesores extranjeros reclutados para tal fin. La intervención de dichos organismos fue decisiva igualmente en la programación de una serie de reuniones relativas al problema de la urbanización y el desarrollo económico, tales como el seminario "La urbanización en América latina", patrocinado por la ONU, la CEPAL y la UNESCO, con la cooperación de la OIT y la OEA, realizado en 1959; el seminario internacional "Resistencias al cambio: factores que impiden o dificultan el desarrollo económico", organizado por CLAPCS en 1959 y, dos años más tarde, la "Conferencia sobre aspectos sociales del desarrollo económico de América latina", patrocinada también por la ONU, la CEPAL y la UNESCO.

Desde que, a comienzos de la década de 1940, la sociología comenzó a exhibir los primeros signos de institucionalización, se trató siempre de un movimiento de fuerte acento regional. Hacia mediados de los años cincuenta, la intervención de los organismos internacionales, si bien no alteró la forma regional de institucionalización y profesionalización, modificó sustantivamente sus patrones. En efecto, esta etapa de la institucionalización se inscribió en un proceso más vasto de internacionalización de la disciplina que se operó a través de la formulación de una demanda que tuvo perfiles temáticos, teóricos y metodológicos relativamente precisos. En el orden temático, dicha demanda estuvo estrechamente asociada con los problemas del desarrollo económico y cuestiones conexas, como la urbanización, la estratificación social y el sistema político.<sup>23</sup> En el orden teórico-metodológico, el rasgo predominante fue la prioridad asignada a la recolección de datos y a la investigación interdisciplinaria de gran escala, de carácter predominantemente cuantitativa, y conducida a partir del uso de los datos masivos y el recurso a las grandes variables agregadas (industrialización, desarrollo económico, urbanización).

Es en el contexto de aquellas transformaciones intelectuales experimentadas por la disciplina y en el de esa activa campaña internacional de promoción de las ciencias sociales que debe comprenderse la ofensiva desplegada por Germani en favor de una redefinición de la disciplina. Gino Germani desplegó su crítica en tres frentes diferentes: editorial, intelectual e institucional.

#### EL FRENTE EDITORIAL

Un aspecto apenas examinado de la trayectoria intelectual de Gino Germani es el relativo a su papel como editor y traductor. En efecto, a partir de mediados de la década de 1940 y durante un período que comprende aproximadamente unos veinticinco años, Germani desarrolla en la Argentina una activa tarea editorial como director de las colecciones Ciencia y Sociedad, de la editorial Abril, y Biblioteca de Psicología y Sociología, de Paidós. Traducciones, estudios preliminares y prólogos a distintas obras de origen extranjero caracterizan una intensa actividad de difusión intelectual.<sup>24</sup>

En 1944, Germani escribió el prólogo a *Política exterior de los Estados Unidos*, de Walter Lippmann; en 1946 publicó un estudio introductorio a *La libertad en el Estado moderno*, de Harold Laski, y un año después tradu-

cía, acompañado de un estudio preliminar, *El miedo a la libertad* de Erich Fromm. En 1949 escribió un estudio preliminar a *Estudios de psicología primitiva*, de Bronislaw Malinowski, y prologó *El peligro de ser "gentlemen" y otros ensayos*, de Harold Laski; en 1950 tradujo y prologó, *Psicoanálisis y sociología*, de Walter Hollischer; al año siguiente escribió el prefacio a *El carácter femenino*, de Viola Kleim; finalmente, en 1953 realizó un estudio preliminar a *Espíritu, persona y sociedad*, de George H. Mead, y tres años más tarde escribió la presentación a la edición castellana de *Razón y naturaleza. Un ensayo sobre el significado del método científico*, de Morris R. Cohen, aparecido en la Biblioteca Filosófica de la editorial Paidós, dirigida por Enrique Butelman.

Hasta aquí, los textos en los que la intervención editorial de Germani aparece comprometida bajo la forma de la traducción y/o del prólogo. Pero además de esos títulos, Germani publicó *Adolescencia y cultura en Samoa* (1945) y *Sexo y temperamento* (1947), de Margaret Mead; *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, de Karen Horney (1946); *El retorno de la razón*, de Guido de Ruggiero (1949); *La sociología alemana contemporánea*, de Raymond Aron (1953); *Psicoanálisis del antisemitismo*, de Nathan Ackerman y Marie Jahoda (1954); *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Karl Popper (1957); *La personalidad básica*, de Michel Dufrenne (1959); *Carácter y estructura social*, de Hans Gerth y C. Wright Mills (1961); *La muchedumbre solitaria*, de David Riesman (1964), y *El Estado democrático y el Estado autoritario* (1968), de Franz Neumann, entre otros.<sup>25</sup>

Una primera e inevitable impresión es el carácter marcadamente heterogéneo del material editado; en él conviven, en efecto, una diversidad de tradiciones tanto teóricas (Escuela Crítica de Frankfurt, culturalismo, psicoanálisis reformista, *Gestalttheorie* e interaccionismo simbólico) como disciplinarias (antropología, psicoanálisis, teoría política y psicología social). De manera que la selección del material que a través de Abril y Paidós introduce Germani en la Argentina durante estos años no pareciera obedecer a una específica orientación disciplinaria y menos aún a una tradición cultural determinada.

Ahora bien, ¿qué transformaciones introduce la biblioteca de Germani en el sistema de lecturas de referencia de la época? Una respuesta a este último interrogante implica una referencia al mundo editorial de la época. ¿Qué se editaba entonces en materia de sociología? ¿Qué leían los sociólogos? Durante el período de entreguerras, la edición en el dominio de las ciencias sociales y humanidades manifestaba cierta preferencia por la cultura alemana, en parte como consecuencia del clima antipositivista

imperante en los medios académicos, especialmente filosóficos. La *Revista de Occidente* y la *Biblioteca de Ideas del Siglo XX*, ambas bajo la dirección de José Ortega y Gasset, fueron los canales más importantes del ingreso de la cultura alemana en nuestro medio intelectual.<sup>26</sup> Entre 1924 y 1936, la editorial de la *Revista de Occidente* publicó más de doscientos títulos distribuidos entre las 20 colecciones con que contaba. La colección Nuevos Hechos, Nuevas Ideas, la más importante en el dominio de la filosofía y de las ciencias sociales, editó 39 títulos entre 1925 y 1935. Entre ellos figuraron obras de Max Scheler, Wernert Sombart, Edmund Husserl, Friedrich Hegel y George Simmel. Aunque llegaría a editar un solo título, la editorial contó igualmente con una colección de Estudios Sociológicos en la que apareció *La familia* (1930), de Ferdinand Lyr Müller.

En lo que respecta a la literatura sociológica propiamente dicha, hay que recordar que hacia 1940 aparece, como ya se ha dicho, la colección de Francisco Ayala, la Biblioteca de Sociología. La colección de Ayala editó los siguientes títulos: *Las formas de la sociabilidad* (1941) y, del mismo autor, *Las tendencias actuales de la filosofía alemana* (1944), de George Gurvitch; *La sociología, ciencia de la realidad. Fundamentación lógica del sistema de la sociología*, de Hans Freyer (1944); *Manual de sociología*, de Morris Ginsberg (1942); *Comunidad. Estudio sociológico*, de R. M. MacIver (1944); *Sociología argentina*, de José Ingenieros (1946); *El problema de las generaciones en la historia del arte en Europa*, de Wilhelm Pinder (1946), y *Comunidad y sociedad*, de Ferdinand Tönnies (1947). Aunque algunos de esos textos nos parezcan hoy algo pasados de moda, difícilmente podría subestimarse el carácter verdaderamente renovador, al menos para la época, de su programa de publicaciones sociológicas. En efecto, Hans Freyer era por entonces uno de los sociólogos más representativos de la cultura alemana y George Gurvitch, que había renovado significativamente la sociología francesa a partir de los aportes de la fenomenología alemana, era una de las figuras dominantes de la sociología francesa. Robert M. MacIver, a su vez, se contaba entre los autores más representativos de la sociología estadounidense, y especialmente de una de sus orientaciones dominantes, el estudio de comunidades.

Además, y fundamentalmente en virtud de la extraordinaria labor del Fondo de Cultura Económica, y en especial de la colección Sección Obras de Sociología, dirigida por José Medina Echavarría, los grandes textos de lo que hoy solemos identificar como la gran tradición sociológica se hallaban por entonces disponibles en castellano.<sup>27</sup> Así, en 1942 el FCE editó de Max Weber la *Historia económica general* y, dos años más tar-

de, *Economía y sociedad*, una edición que se anticipó en muchos años a las ediciones italiana, estadounidense y francesa.<sup>28</sup> Durante esos años, la editorial mexicana publicó las obras más importantes de Karl Mannheim, uno de los sociólogos más representativos de la época (*Ideología y utopía* [1941], *Libertad y planificación* [1942] y *Diagnóstico de nuestro tiempo* [1944]) y, en 1942, los *Principios de sociología*, de Ferdinand Tönnies. El hecho de que todas estas obras circularan y fueran conocidas en la Argentina, al menos entre el público que cultivaba la sociología, puede demostrarse a través de una consulta de los programas de enseñanza de la sociología, de las secciones de noticias bibliográficas del *Boletín del Instituto de Sociología*, así como del catálogo de la biblioteca de ese instituto.

Las primeras traducciones –emprendidas por editoriales españolas– de las obras de Emile Durkheim datan de fines de la década de 1920 y, con excepción de *Las formas elementales de la vida religiosa*, hacia la década de 1930, sus obras más importantes ya habían sido traducidas al castellano. En orden sucesivo: *Las reglas del método sociológico* (Madrid, D. Jorro, 1912); *La división del trabajo social* (Madrid, D. Jorro, 1928); *El suicidio: estudio sociológico* (Madrid, Reus, 1928); *El socialismo* (Barcelona, Apolo, 1931), y *Educación y sociología* (Madrid, Espasa-Calpe, 1934). Posteriormente, en 1947, la Biblioteca Pedagógica de Losada editó *La educación moral* y en 1951, la editorial Guillermo Kraft hizo lo propio con *Sociología y filosofía*. Igualmente, y como ha revelado una investigación reciente, la obra de Durkheim era muy conocida entre nuestros sociólogos: Ernesto Quesada, Antonio Dellepiane, Raúl Orgaz, Leopoldo Maupas estaban familiarizados con ella; el mismo Maupas, incluso, mantuvo con Durkheim un polémico intercambio epistolar relativo al objeto y al enfoque del estudio sociológico.<sup>29</sup>

A la luz de la evidencia empírica disponible, difícilmente la actividad editorial de Germani podría ser vista como destinada a difundir literatura sociológica en nuestro medio, al menos si por ello entendemos los autores convencionalmente clasificados dentro de esa nomenclatura, pues buena parte de las obras de Durkheim, de Weber, de Mannheim, de Simmel y de Tönnies ya estaban traducidas al castellano. En realidad, el material editado por Germani no encaja fácilmente en los sistemas de clasificación disciplinaria de la época. El linaje de los textos se abre en diferentes direcciones. Con excepción del nombre de George H. Mead, que había inspirado toda una tradición de investigaciones en el campo de la sociología estadounidense, la del interaccionismo simbólico, ninguno de los autores editados suele figurar en los índices onomásticos de los ma-

nuales de sociología más corrientes. Es curioso, pero comparada con la de Ayala, un típico representante de la *tradicional* sociología de cátedra, la colección de Germani, la figura más representativa de la *moderna* sociología empírica en la Argentina, luce poco sociológica o, en todo caso, como menos ortodoxamente sociológica.

La innovación de la empresa editorial de Germani no estriba entonces en el hecho de cubrir un vacío en la literatura sociológica que, como se ha visto, no era tal. Tampoco en promocionar una sociología científica y/o empírica. Un examen atento de la literatura editada no resistiría tal afirmación. En rigor de verdad, la actividad editorial de Germani realiza una serie de innovaciones en tres planos diferentes: (a) en el plano de la lengua, al desplazar la mirada del mundo alemán hacia el mundo anglosajón; (b) en el plano de la problemática, al conectar la reflexión sociológica con una nueva agenda temática, relativa al debate en torno a la sociedad de masas, su conexión con el fenómeno del totalitarismo y el porvenir de la democracia; (c) en el plano teórico-conceptual, al abrir la sociología a otros continentes conceptuales, sustrayéndola así de su vocabulario más específico e inscribiéndola en el contexto más amplio de las ciencias sociales. En suma, el proyecto editorial de Germani cambia el tema y el vocabulario de la conversación sociológica.

Como se ha dicho, el mundo editorial de entreguerras estuvo fuertemente marcado por la presencia de la cultura alemana. Todavía en 1957, en el prólogo a *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Karl Popper, editado por Germani, Norberto Rodríguez Bustamante (por entonces profesor del Departamento de Sociología), reseñaba con cierta acrimonia este predominio de la lengua alemana cuando escribía lo siguiente:

Hay que reconocer que de un tiempo a esta parte, la unilateralidad de dirección se ha pronunciado por un auge del germanismo que, originado en España a partir de Ortega y la *Revista de Occidente*, irradió en América y se manifestó con caracteres acusados en la Argentina, desplazando a las anteriores influencias de la filosofía francesa y de algunas figuras del pensamiento italiano y norteamericano.

Frente a ello, la empresa editorial de Germani procuraría conectar a su público con tradiciones de pensamiento que resultaban novedosas en un medio intelectual semejante. En este sentido, la proyectada edición de la obra de John Dewey, *Lógica. Teoría de la investigación*, constituía un severo desafío intelectual dada la escasa hospitalidad hacia dicha tradición

mostrada por los medios filosóficos argentinos de entonces.<sup>30</sup> En tal sentido, uno de los aspectos innovadores del emprendimiento editorial de Germani radicaría en la introducción de una lengua que, como el inglés, no gozaba por entonces del prestigio intelectual, al menos, en el universo de la filosofía y las humanidades, que se atribuía a la lengua alemana.<sup>31</sup> En efecto, la mayor parte de los títulos que integran el catálogo de la colección de Germani es de origen anglosajón. Buena parte de ellos, incluso, provienen de la International Library of Sociology and Social Reconstruction (Biblioteca Internacional de Sociología y Reconstrucción Social), una colección de una editorial inglesa dirigida por Karl Mannheim, una figura enormemente influyente en el pensamiento de Germani.<sup>32</sup> Ciertamente, esta inclinación hacia el mundo anglosajón no habría de implicar una predilección exclusiva por autores británicos o estadounidenses. Por el contrario, la atención de Germani estaría centrada igualmente en el mundo de la migración intelectual europea. Pero en todo caso, algo parece claro: frente a la figura de uno de sus inmediatos competidores, Francisco Ayala, que oficiaba de “traductor” e “importador” de la cultura alemana, Germani se erigía en el traductor e “importador” de la literatura anglosajona. Esta sesgada atención al mundo alemán, en un caso, y al mundo anglosajón, en el otro, habría de convertirse en un componente central de la diferenciación entre sociología de cátedra y sociología científica.

Un examen de lo publicado en el *Boletín del Instituto de Sociología* durante la primera mitad de los años cuarenta revela la existencia de tres preocupaciones que dominaban la discusión sociológica. La primera de ellas, de carácter netamente historiográfico, giraba en torno a la necesidad de reconstruir las formas y tradiciones del pensamiento social argentino. La segunda, en cambio, estaba referida al estatuto teórico y metodológico de la sociología: ¿era la sociología una ciencia del espíritu o una ciencia positiva? ¿Debía regirse por el método de la comprensión o por métodos naturalistas? La tercera, finalmente, giraba en torno a la enseñanza y organización de la disciplina, así como a la posibilidad y necesidad de una “sociología latinoamericana”.

A partir de las ediciones de *La libertad en el Estado moderno* y de *El miedo a la libertad*, Germani coloca en el centro de la reflexión sociológica una interrogación sobre la sociedad moderna y sus crisis. Dicha crisis, según argumentaba el editor en el prólogo a aquellas obras, se manifestaba tanto en el plano objetivo como en el subjetivo. En el plano objetivo, se trataba de la crisis de una institución central de la cultura moderna, el

régimen económico del *laissez faire* y el sistema político fundado en el Estado liberal burgués, cuyos supuestos se habían visto socavados por las transformaciones operadas en la economía y en la técnica durante el período de entreguerras. La consecuencia inmediata de esas transformaciones era la emergencia de una sociedad de masas, y con ella, la tendencia creciente hacia una planificación de la sociedad y hacia una funcionalización creciente de las relaciones sociales, lo que implicaba un predominio cada vez más acusado de las fuerzas impersonales del mercado y del capital y la subsecuente pérdida de la individualidad. ¿Significaba todo ello una amenaza a la libertad? ¿De qué manera sería posible compatibilizar planificación con libertad?

En el plano subjetivo, la crisis se expresaba en ese “miedo a la libertad” que se había visto reflejado en el surgimiento del totalitarismo y que era el producto de esa situación de “aislamiento” y “soledad moral” que experimentaban los individuos en la moderna sociedad de masas; esa nueva formación social que, luego de haber puesto en crisis las formas tradicionales de integración social, no le brindaba al individuo los marcos institucionales adecuados en los que restablecer sus relaciones con el mundo. En esa falta de vínculos, Germani identificaba, entonces, el origen de situaciones de anomia o desintegración social que ponía a las masas en situación de “disponibilidad” para aventuras políticas de signo diverso. De esta manera, Germani situaba la reflexión sociológica sobre los fenómenos políticos contemporáneos en el contexto de la crisis civilizatoria del orden moderno. A la luz de dicha problemática, Germani definía la agenda de las ciencias sociales en los siguientes términos:

Se llega con esto a uno de los problemas centrales de nuestro tiempo: el del *sentido* que asume la adaptación frente a los cambios estructurales. Uno de los rasgos más característicos de la escena contemporánea ha sido la irracionalidad de tales adaptaciones. La concepción iluminista que presenta al hombre como un ser racional capaz de asumir decisiones adecuadas a sus intereses, siempre que tenga acceso a la información necesaria, pareció sufrir un golpe decisivo.

Naturalmente, la instalación de esta problemática no puede dissociarse de los acontecimientos políticos que por entonces habían transformado radicalmente el escenario político nacional. Como es sabido, un movimiento político de masas, liderado por un caudillo de extracción militar, acababa de acceder al poder con el apoyo de las masas populares. Las pa-

labras del prólogo exhibían la presencia de un fenómeno que, al menos en principio, había venido a desafiar las explicaciones más corrientes sobre el comportamiento político, fundamentalmente aquellas provenientes de una antropología de matriz iluminista. ¿Cómo podía explicarse esa “explosión de irracionalidad [...] que se ha manifestado en el campo político como negación de la libertad”? ¿Qué había impulsado a las masas a adherir a regímenes políticos que parecían contrariar sus intereses? ¿Qué se había interpuesto entre el “hombre como ser racional y su consiguiente capacidad de asumir decisiones adecuadas a sus intereses”?

A través de todos estos interrogantes, Germani centraba la reflexión sociológica sobre el presente y la situaba en el contexto de una nueva problemática: la de una crisis de la sociedad moderna en el marco del advenimiento de la sociedad de masas y el surgimiento del totalitarismo. En la Argentina, ese presente sería el peronismo, y su comprensión y explicación habrían de constituir un componente central, tanto de las tareas que a sí misma se asignaba la empresa intelectual de la sociología científica promovida por Germani, como de la identidad de la empresa disciplinaria misma.

La posición crítica hacia el nuevo fenómeno político asumida por la sociología científica habría de contrastar a este respecto con la actitud adoptada por la mayoría de los sociólogos de cátedra, que, o bien se abstendrían de referirse al fenómeno, o bien se inclinarían por celebrarlo. Las ponencias presentadas en el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología, celebrado en Buenos Aires en 1951, reflejaban en buena medida ambas actitudes. Por un lado, la de aquellos que, como Ricardo Levene y Alfredo Poviña, hallarán en la discusión relativa a la necesidad y posibilidades de una sociología latinoamericana un expediente adecuado para eludir cualquier referencia al problema político. Y, por el otro, la de aquellos otros que, desde la perspectiva de un catolicismo integrista, expresaban posiciones celebratorias del régimen político imperante.<sup>33</sup> Las conferencias que el conocido sociólogo alemán Hans Freyer, representante oficial de la sociología durante el régimen nazi, dictara en 1953 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires contribuyeron quizá más que ninguna otra cosa a simbolizar las posiciones políticas de esa sociología que Germani había decidido combatir.<sup>34</sup>

Ciertamente, sería un error calificar de peronista a la sociología de cátedra, entre otras cosas, porque muchos de sus practicantes, en rigor, no lo eran. Por lo demás, y como ha sido demostrado, el mismo régimen político no se caracterizó por exigir a los círculos doctos una fidelidad doc-

trinaria en el plano intelectual, sino solamente “pasividad en el plano estrictamente político”.<sup>35</sup> Sin embargo, lo cierto es que bajo el gobierno peronista, el número de cátedras de sociología se incrementó sensiblemente a la vez que se crearon las principales bases organizativas de la disciplina. Y sería precisamente esa relativa hospitalidad institucional de la que se haría acreedora la sociología de cátedra durante los años del peronismo la que operaría con posterioridad a la caída del régimen como un elemento más que contribuiría a oponer la sociología de cátedra a la sociología científica. Una oposición, a su vez, que la propia trayectoria de Germani durante el peronismo no haría más que amplificar. En efecto, además de contarse entre los primeros que decidieron renunciar a la vida universitaria, Germani rápidamente se integraría a algunas de las sociedades de pensamiento y círculos culturales privados que formarían ese espacio cultural, abigarrado y heterogéneo, de oposición política y cultural al peronismo. Aunque con diferente grado de intensidad, tanto su participación en el Colegio Libre de Estudios Superiores, como su actividad editorial y su colaboración con la revista *Imago Mundi*, de José Luis Romeró, contribuirían a investir a su trayectoria de un perfil de intelectual antifascista y a marcar una clara diferencia respecto de sus contrincantes. De manera que no sería solamente el componente cognitivo relativo al carácter disciplinar de la empresa lo que originaría la diferenciación entre ambas orientaciones. No menos importante habría de revelarse el componente político-ideológico que pondría en juego trayectorias y posiciones político-intelectuales marcadamente diferentes.

Con respecto al plano teórico-conceptual, habría que recordar lo que Germani escribió en las primeras líneas del prefacio a *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm:

La obra de Erich Fromm [...] no constituye solamente un cuidadoso análisis de los aspectos psicológicos de la crisis de nuestro tiempo y un esfuerzo por desentrañar en el origen mismo de la sociedad moderna, sus profundas y lejanas raíces, sino que se nos ofrece también como una importante contribución a la teoría sociológica, y como un ejemplo logrado de aplicación fecunda del psicoanálisis a los fenómenos históricos.

En el contexto intelectual y en el vocabulario de la época, el uso de términos como *psicología* o *psicoanálisis* no era, en rigor, infrecuente. En efecto, por esos años, la psicología y el psicoanálisis se habían expandido notablemente.<sup>36</sup> Lo novedoso era, en cambio, la presencia de términos co-

mo *psicoanálisis* o *psicología* en el vocabulario de la sociología de entonces, tanto como la idea de que la disciplina fundada por Freud —muchas de cuyas obras, lo que también era una novedad, Germani citaba en el texto— pudiera contribuir a la teoría sociológica y al esclarecimiento de fenómenos de carácter histórico. Era novedoso, igualmente, la orientación psicoanalítica difundida por Germani, la del “psicoanálisis reformista”, a partir de la cual proyectaría una estrategia intelectual de incorporación del psicoanálisis a la construcción de una renovada “ciencia del hombre” que marcaría, quizás, el rasgo más distintivo de su proyecto editorial.<sup>37</sup>

A esa incorporación del psicoanálisis Germani sumaría, igualmente, los aportes de la psicología de las relaciones interpersonales, las distintas tendencias de la psicología social estadounidense así como la antropología cultural. En tal sentido, la edición de autores como Karen Horney, Erich Fromm y Walter Hollischer, pero también de Bronislaw Malinowski y George Mead, se inscribió en una estrategia político-intelectual destinada a tallar el perfil de “ciencia del hombre” sobre la base de una convergencia, temática y metodológica, de los saberes de la psicología, la antropología y la sociología.

Por cierto, la difusión de esta literatura estaba estrechamente conectada con la agenda temática. En efecto, su atención al psicoanálisis reformista hay que entenderla en el contexto de su preocupación por comprender “el sentido que asume la adaptación frente a los cambios estructurales”, más específicamente, el carácter predominantemente “irracional”, según juzgaba Germani, de dichas adaptaciones. En tal sentido, el psicoanálisis reformista significaba una doble contribución a la teoría sociológica: por un lado, al otorgar un mayor relieve a la dimensión subjetiva de la acción, permitía superar el sociologismo que pretendía explicar la dinámica social en función de fuerzas impersonales; y, por el otro, al concebir, contra el biologismo del psicoanálisis ortodoxo, esa dimensión subjetiva como algo social e históricamente formado, permitía superar el psicologismo que sólo conoce conciencias individuales, sin reparar que su formación tiene lugar en contacto con las instituciones de la vida social. En resumen, el psicoanálisis reformista permitía poner de relieve la importancia de la sociedad y la historia en los procesos de construcción de la personalidad.

Así, a través de ese cruce entre psicoanálisis reformista, psicología social y antropología cultural, la biblioteca de Germani diseñaba un nuevo campo, el de las “ciencias del hombre”, a la vez que integraba a la reflexión sociológica una problematización de esa dimensión más propiamente

te simbólico-antropológico de la vida social, esas fuerzas y disposiciones psíquicas socialmente constituidas a cuya interrogación se confiaba la posibilidad de develar, al menos en parte, las razones de los acontecimientos que habían sacudido los fundamentos del mundo moderno.

#### EL FRENTE INTELECTUAL

Como se ha dicho, la enseñanza de la disciplina ya había sido incorporada en nuestro medio con anterioridad al establecimiento de la “sociología científica”. Ahora bien, ¿qué forma había adoptado esa incorporación? En primer lugar, los trabajos de intención sociológica que publicaban los sociólogos de cátedra consistían en exposiciones y comentarios de las principales doctrinas sociológicas de fines del siglo XIX y principios del XX, en unos casos, o en trabajos de naturaleza historiográfica, en otros. Su papel principal era el de profesionales de la sociedad o el de maestros universitarios, y en general no se esperaba de ellos que realizaran investigaciones empíricas. La enseñanza de la disciplina, por lo demás, no se realizaba con el fin de formar sociólogos, sino de ofrecer a los estudiantes de otras carreras una suerte de complemento cultural relativo a un conocimiento de los fenómenos sociales.

Con la creación del Instituto de Sociología aparecieron las primeras investigaciones empíricas. Es precisamente en el marco de dicho Instituto donde Germani lleva adelante una serie de investigaciones relacionadas con la composición de la población, el estado de la opinión pública y la situación de las clases medias en la Argentina.<sup>38</sup> Asimismo, por intermedio del instituto, Germani integró la comisión de asesoramiento para la realización del Cuarto Censo Nacional realizado finalmente en 1947.<sup>39</sup> Por lo demás, y ya desde su primer número, el *Boletín del Instituto de Sociología* contaba con una sección, a cargo de Germani, titulada “Datos sobre la realidad social argentina contemporánea”, destinada precisamente a recoger y analizar información estadística relevante. Con todo, lo curioso es que esos primeros ensayos de investigación empírica eran obra exclusiva de Germani y su pequeño grupo de colaboradores, y apenas llegaron a despertar el interés de los restantes miembros del instituto. En tal sentido, el que Germani no encontrara obstáculos a la realización de sus proyectos de investigación y a su estilo particular de trabajo no puede ser tomado rápidamente como un indicador suficiente del respaldo y la aprobación de que aquellos eran objeto, aunque del mismo modo, esa

misma ausencia de obstáculos obliga a tomar distancia respecto de la imagen de un medio intelectual enteramente hostil al tipo de investigaciones a las que era afecto, al parecer, solamente Germani.

En todo caso, lo cierto es que, como consecuencia de la reacción antipositivista, la autocomprensión "positivista" de la sociología vigente hasta las primeras décadas de este siglo se había visto desplazada por una autocomprensión "culturalista", que suponía el trazado de una rígida frontera entre la investigación empírica o sociografía y la sociología pura o ciencia de la cultura. De acuerdo con esta nueva visión, sobre la que existía un relativo consenso entre los practicantes de la disciplina, la sociografía, guiada por métodos naturalistas, era concebida como disciplina auxiliar de la sociología; a esta última quedaba reservada la tarea de conocer aquella dimensión de la vida social que, dada su naturaleza eminentemente espiritual, exigía una aproximación en los términos de una comprensión intuitiva. Esta visión de la ciencia social estuvo en el blanco de la ofensiva intelectual de Germani en favor de una redefinición de la disciplina.

En los medios de habla hispana, el primer libro que inició un movimiento en esta dirección fue *Sociología. Teoría y método*, de José Medina Echavarría, aparecido en 1941, libro que Germani saludaría dos décadas más tarde como el que inició "la ola de la sociología científica en América latina". En el prólogo a la primera edición, Medina Echavarría escribía:

Se trata de que no puede existir una ciencia sociológica sin una teoría y sin una técnica de investigación. Sin una teoría, es decir, sin un cuadro categorial depurado y un esquema unificador, lo que se llama sociología no sólo no será ciencia, sino que carecerá de significación para la investigación concreta y la resolución de los problemas sociales del día. Sin una técnica de investigación definida, o sea sometida a cánones rigurosos, la investigación social no sólo es infecunda, sino que invita a la acción siempre dispuesta del charlatán y del audaz. [...] La sociología ha sido siempre la más castigada por la improvisación, y ésta es la que importa cortar de raíz en los medios juveniles.

El programa de Medina Echavarría de convertir a la sociología en una ciencia significaba a la vez aplicar el "método científico" al estudio de los asuntos humanos y terminar con la dicotomía de ciencias naturales y ciencias sociales. Aun cuando reconocía la diferencia entre la materia de las ciencias naturales y la de las ciencias sociales, advertía que el método científico es el mismo para todas las ciencias. Este programa de una unifica-

ción de las ciencias o, mejor dicho, de una "unidad del método científico", era el componente más decisivo de la reorientación ensayada por Medina Echavarría.

En sintonía con las formulaciones de Karl Mannheim, Echavarría enfatizaba la función instrumental de la sociología: esta última debía servir de guía orientadora de la acción humana. A los ojos de Echavarría, la redefinición de la sociología suponía rechazar las dos reducciones que habían dominado las discusiones sociológicas referidas al objeto de la disciplina hasta entonces: por un lado, la "reducción naturalista" (tanto en su variante organicista como ambientalista), que concibe los hechos sociales como fenómenos naturales, y la consiguiente necesidad de tratarlos con los instrumentos de las ciencias naturales; por el otro, la "reducción culturalista" (en sus versiones historicistas o fenomenológicas), que concibe el hecho social como una manifestación de la cultura o del espíritu, y que subraya, por consiguiente, métodos especiales de aprehensión de esas totalidades de sentido. Frente a esas dos reducciones, Medina Echavarría declaraba que "la sociología es una ciencia positiva, o sea empírica e inductiva". Por consiguiente, a ella podían ser aplicados los métodos que habían demostrado su fertilidad en otras ciencias: observación, experimentación y comparación. Y que el hecho de que la sociología tratara con datos sociales, de carácter eminentemente histórico, no debía modificar en nada, según el autor, la sustancia del planteo. Como ejemplo logro de esta nueva actualización Medina Echavarría refería al caso de la sociología estadounidense.

Una década y media más tarde, Germani publicaba *La sociología científica: apuntes para su fundamentación*. El libro, podría decirse, constituía la coronación de toda una ofensiva intelectual en favor de un nuevo programa para las ciencias sociales en directa sintonía con la actualización emprendida por Medina Echavarría. En su estructura y en su retórica, el libro guarda un fuerte parecido con lo que en el mundo de la ley anglosajona se denomina "carta de incorporación": un documento público destinado a constituir una asociación formal o grupo corporativo a través de la designación de sus propósitos distintivos, de sus procedimientos operatorios, de sus recursos disponibles y de sus objetivos futuros. Una carta de incorporación implica asimismo el reclamo de una identidad establecida, así como la exigencia de derechos y privilegios correspondientes al *status* separado de una corporación.<sup>40</sup> En suma, a través de esa designación y de ese reclamo y exigencia, Germani se aprestaba a edificar una Carta Magna para la sociología. El objetivo nuclear de ella apuntaba a trascender la

dicotomía entre sociología general y sociografía, y proponer en su lugar una ciencia empírico-analítica.

Los términos de dicha Carta Magna se comprenden sólo en el contexto del neopositivismo, una corriente filosófica que desde los años treinta se convirtió en la fuente de inspiración de todos aquellos que procuraban convertir a la sociología en una "ciencia".<sup>41</sup> Originado en Austria y Alemania, el núcleo del movimiento siguió activo en los Estados Unidos (y en menor medida en Inglaterra) y entró en contacto con las tradiciones empiristas y pragmatistas que tenían hondo arraigo en la filosofía anglosajona. Sus principales representantes fueron Carl Hempel, Herbert Feigl, Rudolph Carnap, Hans Reichenbach, John von Neumann y Philip Frank. En tanto filosofía de la ciencia, el neopositivismo postuló como criterio para juzgar la cientificidad de las empresas cognoscitivas el rigor formal (la validez deductiva) y la base empírica del conocimiento (la verificabilidad de sus proposiciones), y estuvo animado, igualmente, por un propósito de largo aliento: edificar un sistema de axiomas comprensivo que fuera capaz de representar la totalidad del conocimiento científico positivo. De aquí nació, precisamente, el movimiento a favor de una "ciencia unificada" (*unified science*). Sus convicciones centrales, no obstante los matices y las diferencias entre sus miembros, eran las siguientes: (a) existe un "método" para obtener conocimiento científico; (b) dicho método descansa en una serie de procedimientos que pueden ser expresados en algoritmos formales relacionando las observaciones empíricas de la ciencia con las proposiciones teóricas en términos de las cuales ellas serán explicadas; (c) la racionalidad de la ciencia descansa en ese conjunto de procedimientos formalmente válidos.<sup>42</sup> Estas convicciones indicaban el camino que debían adoptar las ciencias sociales si pretendían alcanzar conocimiento científico: se trataba de transferir los métodos de las ciencias naturales —el "método científico"— al estudio de los asuntos humanos.

En la Argentina, el ideario neopositivista ingresa en una fecha relativamente temprana. En los años cuarenta aparece una publicación dirigida por Mario Bunge, *Minerva. Revista Continental de Filosofía*, el primer medio académico que comienza a difundir las ideas del neopositivismo asociado al Círculo de Viena.<sup>43</sup> Hasta donde sabemos, Germani estaba en contacto con los miembros de dicha publicación y había prometido un ensayo consagrado a la sociología estadounidense que, por razones que desconocemos, nunca fue publicado.<sup>44</sup> Además de razones estrictamente teóricas, la adhesión de la revista al ideario neopositivista reconocía también motivos extrateóricos: se trataba del combate contra el irracionalis-

mo que, según reconocía la editorial, había venido a poner en entredicho la soberanía de la razón como guía práctica de la acción humana.

En la Carta de Germani, las referencias al neopositivismo remiten a distintos focos de inspiración. En primer lugar, a una figura por entonces relativamente conocida en los medios de habla hispana: el filósofo de la ciencia Hans Reichenbach, un miembro prominente del llamado Círculo de Viena, fundador de la Escuela del Positivismo Lógico en Berlín,<sup>45</sup> y autor de *La filosofía científica*, uno de los manifiestos del nuevo movimiento filosófico.<sup>46</sup> El segundo foco remite a Felix Kaufman, que, aunque no estrictamente enrolado en la escuela del positivismo lógico, compartía, sin embargo, algunas de sus premisas, en especial la relativa a la necesidad de una unificación de las ciencias. Su principal obra, *Methodology of Social Sciences*, también tempranamente introducida al público de habla hispana, fue recogida por Germani precisamente en lo relativo a este punto.<sup>47</sup> Finalmente, en 1956, el mismo año en que aparecía *La sociología científica*, Germani editaba, acompañado de un prólogo, *Razón y naturaleza. Un ensayo sobre el significado del método científico*, de Morris Cohen;<sup>48</sup> lo que prueba, una vez más, su interés por esta corriente filosófica.

De la escuela neopositivista, Germani adoptaría tres ideas rectoras que habrían de dirigir su polémica relativa al método: (a) la preeminencia otorgada a la investigación empírica en la producción de conocimientos; (b) la idea de que las bases últimas del conocimiento residen en la verificación experimental de carácter pública, intersubjetiva, más que en la experiencia personal; (c) la convicción de que no existe diferencia entre ciencias naturales y ciencias sociales o de la cultura en lo que a sus fundamentos lógicos se refiere. De ahí la necesidad de un programa de unificación "metódica" de las ciencias.

En su ofensiva, cuya primera estación importante tuvo lugar en el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en Buenos Aires en 1951, Germani ajustó cuentas con todo el espectro de la "sociología de cátedra", local (R. Treves, A. Baldrich, A. Poviña, F. Ayala, R. Orgaz, J. Miguens, M. Figueroa Román) y latinoamericana (G. Freyre, L. Recasens Siches). La convicción que lo empujaba a establecer una "disputa por el método", según argumentaba, era que en el campo de las ciencias sociales, el predominio de una determinada teoría sobre el método repercute no solamente sobre los métodos empleados en la investigación, sino también sobre el desarrollo de la ciencia misma. En tal sentido, Germani estaba convencido de que el predominio de una autocomprensión "culturalista" de la disciplina, al dotar a ésta de un carácter eminentemen-

te filosófico y especulativo, terminaba desalentando la investigación empírica. Asimismo, y en virtud de dicha autocomprensión, la sociología quedaba escindida en dos disciplinas: la sociología propiamente dicha, entendida como ciencia de la cultura y fundada en métodos de inspiración fenomenológica, y la sociometría, de carácter naturalista y destinada a proporcionarle a la primera los “materiales” para la construcción conceptual. El error de esa división, a juicio de Germani, residía en que nadie alcanzaba explicar de qué manera se operaba el tránsito de la teoría a los datos, de la sociología a la sociografía. Ciertamente, Germani se mostraba igualmente crítico hacia la tendencia opuesta, el empirismo acrítico de procedencia anglosajona. La mera acumulación de los “hechos” —señalaba— tenía la mayor parte de las veces un valor sociológico más que dudoso. En todo caso, la única manera de escapar al “empirismo desordenado” como a la “especulación descontrolada”, residía en la conversión de la sociología en una ciencia empírico-analítica, en la que la teoría —su elemento lógico— estuviera en condiciones de proporcionar el cuadro categorial que ordenara y guiara la percepción de los datos, así como también las hipótesis que la investigación empírica se encargaría de verificar. En resumen, en ambos frentes, editorial e intelectual, Germani realizaba una doble operación de unificación: temática a la vez que metodológica.

#### LA BATALLA INSTITUCIONAL

Como se ha visto, hacia mediados de la década de 1950, la sociología de cátedra controlaba las principales bases institucionales de la profesión, incluyendo las posiciones directivas y académicas (el Instituto de Sociología y las cátedras),<sup>49</sup> las sociedades doctas nacionales (la Sociedad Argentina de Sociología) y regionales (la Asociación Latinoamericana de Sociología), las publicaciones (el *Boletín del Instituto de Sociología*) y los contactos internacionales. Por lo demás, en los sucesivos congresos organizados por la asociación regional (Buenos Aires, 1951; Río de Janeiro, 1953; Quito, 1955; Santiago de Chile, 1957; Montevideo, 1959, y Caracas, 1961), la sociología científica aparece claramente subrepresentada.

Al frente de este control por parte de la sociología de cátedra se hallaba Alfredo Poviña, que para entonces había adquirido una respetable trayectoria en el campo intelectual, y especialmente en el sistema académico. Además de su tesis doctoral, *Sociología de la revolución*, que le valió cierto reconocimiento, publicó durante los años treinta sus primeros es-

critos sobre sociología en la revista *Cursos y Conferencias*.<sup>50</sup> Hacia mediados de la década de 1950, su *Curso de sociología* había alcanzado ya la tercera edición. En los cuarenta y los cincuenta, por lo demás, había logrado establecer una extensa red de relaciones tanto a nivel regional como internacional que, sumada a sus numerosas publicaciones, le había proporcionado una considerable reputación en el campo. Además de una serie de publicaciones en diferentes y prestigiosas revistas extranjeras,<sup>51</sup> Poviña integraba el Consejo Directivo del Institut International de Sociologie (IIS), una vieja institución de la sociología creada por René Worms en 1893,<sup>52</sup> y en 1963 sería designado su presidente en ocasión de la realización del XX Congreso Internacional de Sociología, celebrado en la ciudad de Córdoba. Era la primera vez que la presidencia del instituto era ocupada por un argentino y la segunda por un latinoamericano (en 1927, el cargo había sido asignado al sociólogo peruano Mariano Cornejo). El congreso, que contó con el apoyo de la Asociación Latinoamericana de Sociología y la Sociedad Argentina de Sociología (SAS) —comandada por Poviña— y todas sus filiales —en especial, el Centro de Estudios Sociológicos de Buenos Aires (CESBA)—, reunió a un nutrido grupo de destacados sociólogos de distintas nacionalidades y de renombre internacional.<sup>53</sup>

En el contexto latinoamericano, el reconocimiento no era menor. En 1941, la colección de sociología más importante de América latina, *Obras de Sociología*, dirigida por José Medina Echavarría, editó de Poviña su *Historia de la sociología latinoamericana*, que se constituyó en el principal material de referencia de los libros de textos más importantes de la época referidos a la historia de la sociología en América latina.<sup>54</sup> Paradójicamente, ese mismo año, Medina Echavarría editaba su *Sociología. Teoría y método*, el libro que pocos años después sería utilizado por la generación de los sociólogos científicos como un arma de batalla contra la sociología de cátedra. Por lo demás, a mediados de la década de 1940, George Gurvicht y Wilbert E. Moore confiarían a Poviña la redacción del capítulo consagrado a la Argentina en un libro colectivo destinado a trazar un balance del estado de la disciplina.<sup>55</sup> Finalmente, las buenas relaciones que mantenía con el Instituto de Investigaciones de la Universidad Nacional de México le habían permitido publicar en la prestigiosa colección de Cuadernos de Sociología de la Biblioteca de Ensayos Sociológicos, dirigida por Lucio Mendieta y Núñez, el *Decálogo y programa de aprendizaje de sociólogo*, aparecido en 1958.

Como se desprende de la información reseñada, la ofensiva de Germani en favor de una renovación de la disciplina enfrentó una situación

extremadamente compleja, pues, en rigor de verdad, la sociología ya se hallaba relativamente institucionalizada y estaba controlada desde hacía ya unos años por la sociología de cátedra. Necesariamente, la ofensiva de Germani habría de provocar entonces un conflicto en la medida en que ambas tendencias reflejaban los mismos ideales intelectuales y procuraban el control de un mismo campo intelectual; ambas pretendían para sí la identidad de sociólogos y aspiraban a representar nacional e internacionalmente a la disciplina.

Con la caída del peronismo y la apertura del proceso de renovación universitaria, Germani lograría conquistar una posición estratégicamente importante en el campo. Había logrado desplazar de la Universidad de Buenos Aires a la sociología de cátedra, en especial a Alfredo Poviña, que hasta entonces ocupaba la cátedra de Sociología, y en 1955 asumía el dictado de Introducción a la Sociología y la jefatura del Instituto de Sociología. Dos años más tarde fueron creados el Departamento y la Carrera de Sociología bajo su dirección, un hecho por demás significativo en la medida en que marcaba el establecimiento efectivo de un *cierra disciplinario*, es decir, de un monopolio instituido a favor de los especialistas certificados sobre la producción de los enunciados autorizados y autorizantes de la disciplina.

Sin embargo, la nueva posición conquistada sería firmemente resistida por sus contrincantes. Las primeras expresiones de resistencia se hicieron sentir en el quinto congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología celebrado en Montevideo en 1959. En su alocución, Poviña dirigió una dura crítica hacia lo que denominó la "sociología comprometida" y en la que incluyó a la "sociología ideológica", de orientación marxista, a la "sociología aplicada", de origen nacionalista, y a la sociología "de dimensión cuantitativa o hecológica", con la que Poviña se refería, naturalmente, a Germani. Según Poviña, una sociología "comprometida", en cualquiera de sus expresiones ("normativista" o "hecológica") significaba una pérdida de "su carácter de conocimiento imparcial y neutro en cuanto a sus resultados", y consiguientemente, una amenaza a las posibilidades de generalidad y objetividad que son propias del conocimiento científico. Poviña concluyó su alocución confiando en que "a esta sociología comprometida sucederá una sociología nueva, liberada de ismos y compromisos prácticos. La ideología seguirá gobernando el mundo pero deberá hacerlo por su propio camino. También la sociología tiene una ruta marcada que debe cuidar celosamente a todo trance, porque en ella alcanzará perspectivas panorámicas, de permanencia y universalidad. He aquí algo de la vocación actual de la sociología latinoamericana".<sup>56</sup>

Las posiciones de ambos contendientes eran a tal punto opuestas que en el mismo año de la declaración de Poviña, y en un ensayo consagrado a exponer el estado de los estudios sociológicos en América latina, Germani podía describir la situación en los siguientes términos:

Coexisten entonces en la América latina en la actualidad dos tipos de sociología, y el problema planteado por esta coexistencia es sumamente complejo. No se trata en efecto solamente de "modernizar" cierta parte de la sociología en la América latina, sino de decidir un cambio de actitudes, una reorientación en el orden de los valores, la adopción de una diferente posición científica al par que cambios sustanciales en cuanto a organización material y a composición del personal docente y de investigación.<sup>57</sup>

A primera vista, la declaración bien podría parecer una exageración. En efecto, para esa fecha Germani ya tenía bajo su control el Instituto, el Departamento y la Carrera de Sociología. Sin embargo, la evidencia empírica muestra que buena parte de las bases institucionales de la profesión estaban todavía en manos de los sociólogos de cátedra y que las posiciones ganadas por Germani en el campo no estaban todavía del todo aseguradas. En efecto, y con excepción de la Universidad de Buenos Aires, la mayoría de las cátedras de sociología de las universidades del interior (Córdoba, Cuyo, Tucumán y el Litoral) así como las asociaciones profesionales tanto nacionales (SAS) como regionales (ALAS) estaban todavía –y en rigor, lo seguirían estando– en manos de la vieja guardia, lo que revela, una vez más, las dificultades que debía enfrentar Germani en su intento de legitimar su nueva empresa intelectual. En realidad, la batalla recién comenzaba.

¿Cómo debía operarse ese cambio de actitudes? Según Germani, la conversión de la sociología en una disciplina (es decir, conquistar la autonomía) suponía la puesta en práctica de tres modificaciones, de carácter intelectual e institucional, que ya se habían operado en el nivel internacional. En primer lugar, la sociología debía separarse claramente de la filosofía, situación contra la que conspiraba el hecho de que la sociología seguía enseñándose dentro de una matriz filosófica y en la Facultades de Educación y Filosofía. En segundo lugar, era necesario ajustar la enseñanza de la disciplina a una metodología más rigurosa frente al carácter más especulativo y literario que predominaba en los escritos de sociología hasta entonces. Finalmente, y como estaba ocurriendo a nivel internacional, la sociología debía tender hacia la especialización contra las generalidades

a que estaba acostumbrada la sociología imperante en América latina. En suma, el afianzamiento de estos tres puntos parecía exigir el abandono de las bases institucionales iniciales (la enseñanza en la Facultades de Filosofía y Derecho) y el lanzamiento de una profesionalización sobre nuevas bases institucionales. En este último frente, el de la *institución* o de la organización profesional, Germani despliega una serie de iniciativas destinadas a desalojar a la sociología de cátedra y a legitimar la sociología científica.

El primer episodio de la batalla tiene lugar en 1960. Ese año, Germani y el grupo de sus colaboradores funda la Asociación Sociológica Argentina (ASA) que, opuesta a la Sociedad Argentina de Sociología, dirigida por Poviña, marca, en el plano de la profesionalización, el momento más claro de una intensa escisión entre los sociólogos “tradicionales” y los “modernos”.<sup>58</sup> El plantel de sus socios estaba constituido por la mayoría de quienes por entonces realizaban tareas de docencia e investigación en el Departamento de Sociología<sup>59</sup> y muchos de ellos, a su vez, se desempeñaban como traductores o correctores de la colección que Germani dirigía en Paidós. Aunque efímera,<sup>60</sup> la nueva asociación contaría con una publicación, el *Boletín de la Asociación Sociológica Argentina*, destinado a difundir las distintas actividades de la asociación.

Según la declaración de propósitos, la asociación fue creada con la intención de “definir, defender y mejorar el carácter ‘profesional’” de la sociología y bajo la convicción de que el estudio y la investigación en sociología se encontraban “en serio retraso en relación con los niveles alcanzados en otros países e inclusive comparando con los avances realizados en otras disciplinas científicas dentro de nuestro país”.<sup>61</sup> Dicho retraso, argumentaban los proponentes de la nueva asociación, se explicaba en parte por el carácter *amateur* del ejercicio profesional, que se reflejaba, a sus ojos, en las propias asociaciones que aglutinaban a los interesados. En efecto, estas últimas carecían de un claro criterio de admisión, reuniendo en su seno a “personas que se dedican totalmente a la actividad científica y otras que sólo pueden considerarse ‘aficionados’, ya que sus actividades principales se encuentran en otros campos”. El mantenimiento de esta situación, argumentaban, “significaba colocar juntos en forma indiscriminada a quienes practican la ciencia y a quienes no”. Frente a esta laxitud, el criterio de selección propuesto por la nueva asociación, a la vez que estrechaba los márgenes de la identidad del “profesional”, era también una declaración de guerra contra la inespecífica concepción de la profesión promovida por la sociología de cátedra. En

efecto, de acuerdo con el estatuto, “la categoría de socios activos [era] reservada para aquellos que tienen título específico, o que teniendo otra clase de título o estudios han producido contribuciones científicas y además se encuentran dedicados en *forma exclusiva* a la disciplina sociológica, sea en la docencia, investigación o actividad aplicada”.<sup>62</sup> La categoría de “socio adjunto” incluía a aquellos que no cumplieran con estos requisitos y el gobierno de la asociación quedaba enteramente limitado a los socios activos.

Al año siguiente tuvo lugar el segundo episodio. En 1961, un grupo de sociólogos latinoamericanos creó en Palo Alto, California, en ocasión de la “Conferencia Interamericana sobre Investigación y Enseñanza de la Sociología” auspiciada por el Social Science Research Council, el “Grupo Latino-Americano para el Desarrollo de la Sociología”. Los argumentos desplegados en la declaración de propósitos, firmada por Guillermo Briones (Universidad de Chile y FLACSO), Louis de Aguiar Costa Pinto (CLAPCS), Orlando Fals Borda (Facultad de Sociología, Universidad Nacional de Colombia), Peter Heintz (FLACSO) y Gino Germani (Departamento de Sociología, Universidad de Buenos Aires) eran casi idénticos a los que habían presidido la creación de la Asociación Sociológica Argentina. Así, se subrayaba la necesidad de “promover la elevación del nivel académico y científico de esta disciplina e impulsar su desarrollo en todos los países de América latina”,<sup>63</sup> lo que implicaba: (a) una superación de los estilos nacionales en favor de la tendencia dominante a una creciente universalización de los conceptos, problemas y terminología; (b) una formación especializada en la disciplina; (c) una dedicación exclusiva de los nuevos profesionales, ya sea en el campo de la docencia, la investigación o en la práctica en esferas públicas o privadas. En suma, se trataba de adaptar la disciplina a los patrones internacionales de desarrollo. El grupo obtuvo la adhesión de los organismos regionales como CEPAL y FLACSO, así como de otras figuras relevantes del campo, como Florestan Fernández, de la Universidad de San Pablo, Eduardo Hamuy, de la Universidad de Chile, y José Michelena, de la Universidad Central de Venezuela, entre otros.

La creación del “Grupo Latino-Americano para el Desarrollo de la Sociología” se inscribió dentro de una estrategia más amplia de ofensiva institucional contra la sociología de cátedra, que consistió en la elaboración de un sistema de alianzas con diferentes organismos nacionales e internacionales destinado a obtener apoyo institucional y legitimación para el sostenimiento de la empresa intelectual. Pero sería, claro está, un siste-

ma de alianzas alternativo que pacientemente había sabido tejer Poviña. En efecto, la Sociedad Argentina de Sociología, liderada por este último, estaba estrechamente asociada a nivel regional con la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) y, a nivel internacional, con el Institut International de Sociologie (IIS). Germani siguió los pasos de Poviña pero cambió el eje de la alianza. Una de las primeras determinaciones que adoptó cuando asumió la dirección del Instituto de Sociología fue precisamente su afiliación a la International Sociological Association (ISA), una asociación creada por la UNESCO en 1950 en directa oposición al IIS, lo que ilustra el carácter internacional del conflicto que dividía en América latina a la sociología de cátedra de la sociología científica.<sup>64</sup> A su vez, la Asociación Sociológica Argentina, liderada por Germani, quedó aliada a nivel regional con el “Grupo Latino-Americano para el Desarrollo de la Sociología”, y afiliada a nivel internacional a la International Sociological Association. La alianza a nivel regional comprendía igualmente la estrecha relación del Departamento de Sociología con los dos centros regionales de enseñanza e investigación en Ciencias Sociales, FLACSO y CLAPCS, creados en 1957 y en cuya organización y dirección Germani participó activamente.<sup>65</sup> Como puede apreciarse, la oposición entre ambas orientaciones sociológicas claramente reflejada en el sistema de alianzas regional e internacional establecido por cada una de ellas. El sistema de alianzas acentuaba todavía más la dicotomía del campo. Pero la intensidad de esa dicotomización no adoptó, en rigor, la forma del conflicto abierto, sino la de una cortés indiferencia: la comunicación entre ambos “estilos” se cortó a tal punto que los sociólogos “tradicionales” no asistían a las reuniones o congresos organizados por los “modernos” y a la inversa.<sup>66</sup>

La celebración en Buenos Aires de las Jornadas Argentinas y Latinoamericanas de Sociología, organizadas por el Departamento de Sociología y patrocinadas por la Asociación Sociológica Argentina constituyó el tercer episodio importante de la batalla institucional que ofició, a su vez, como un acontecimiento central en la legitimación de la “nueva sociología”. En efecto, además de contar con la participación de importantes figuras de la sociología latinoamericana, europea y estadounidense,<sup>67</sup> fue auspiciada por los centros de enseñanza e investigación, regionales y nacionales, más importantes de entonces, como FLACSO, CLAPCS y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES).

Con todo, la sociología de cátedra no había desaparecido. En el mismo año en que se celebraban las Jornadas, Alfredo Poviña, junto a un gru-

po de colaboradores, inició la edición de *Estudios de Sociología*, una publicación de la que se llegarían a editar nueve números. En su Consejo Honorario figuraban los nombres de las figuras más relevantes de la disciplina a nivel internacional, como Kinsley Davis, Talcott Parsons, George Gurvitch, Jerome Hall, George Homans, Robert Merton, George Lundberg, Lucio Mendieta y Núñez, Jacob L. Moreno, Miguel Reale, Luis Recasens Siches y Alf Ross. Nada sorprendentemente, en ninguno de los números editados fue reseñado el libro de Germani *Política y sociedad en una época de transición*, aparecido en 1962, lo que revela, una vez más, que no sería tanto el debate abierto como la mutua indiferencia el patrón que rigió la relación entre ambos contendientes. Además, el que muchos de los artículos aparecieran en su lengua original así como el hecho de que el título mismo de la revista fuera reproducido en inglés, muestra claramente la voluntad de sus miembros de ajustar la publicación a esa tendencia hacia la internacionalización de la disciplina en la que tanto insistían los competidores de Poviña. Así, en su presentación, la revista declaraba:

*Estudios de Sociología* aparece con el anhelo de posibilitar el conocimiento recíproco entre los sociólogos del hemisferio, y desde que *la ciencia es siempre un esfuerzo internacional*, esperamos que nuestra revista será un lugar de encuentro de los sociólogos de las Américas y de otras partes del mundo. [*Estudios de Sociología*] abre sus brazos a las asociaciones nacionales e internacionales que en este momento labran el destino de la sociología.<sup>68</sup>

Esta voluntad internacionalista se vería reflejada igualmente en la numerosa presencia de nombres extranjeros, tanto en el comité honorario como asociado de la revista. Asimismo, y a diferencia del carácter más aguerrido y doctrinario de las posiciones públicas adoptadas por Germani, los miembros de *Estudios de Sociología* exhibirían –al menos programáticamente– una actitud más tolerante hacia formas distintas de concebir y practicar la disciplina. Así, en el “Prólogo” al primer número sus editores escribían: “Colaborarán en ella sociólogos de la más diversa orientación y por eso rechazamos como infecunda toda bandería de escuela. Objetividad y criterios de competencia decidirán la selección del material. Viejas rivalidades, ideologías irrelevantes y pasiones personales no tendrán eco en nuestra revista”.<sup>69</sup> Como se ve, ellos también hablaban el lenguaje que entonces se había vuelto corriente en una disciplina en proceso de profesionalización: el de la *objetividad* y la *competencia profesional*. Toda la dife-

rencia estribaba en los significados que cada uno de los contendientes atribuía a la empresa de consolidación de la sociología. Esta diferencia se vería reflejada en la existencia de una generación –la de los sociólogos de cátedra–, que adscribía a la empresa disciplinaria en nombre de los ideales intelectuales que le habían dado origen en Europa, pero que apenas los cultivaba de manera ritualista y formal, sin ninguna relación con su práctica efectiva; y una nueva generación, la de los sociólogos científicos, que aspiraba a profesionalizar la disciplina sobre la base de la actualización de los ideales disciplinarios que había sido emprendida a partir de la posguerra. Sin embargo, el proyecto mismo de creación de la Asociación Sociológica Argentina en un momento en que la sociología científica tenía bajo su control el Instituto, el Departamento y la Carrera indica que la posición ganada no estaba enteramente asegurada.

Ciertamente, y al poco tiempo, la ofensiva intelectual e institucional que Germani llevaba a cabo arrojaría los primeros resultados favorables al grupo modernizador. En efecto, y tal como se informa en el *Boletín de la Asociación Sociológica Argentina*, los miembros de la nueva asociación comenzaron a conquistar aquellas posiciones institucionales que habían estado tradicionalmente bajo la tutela de la sociología de cátedra. Así, Héctor Manuel Bonaparte y Héctor Rodríguez Tome asumieron las cátedras de Sociología y Psicología social, respectivamente, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, mientras que Juan Carlos Marin fue designado profesor interino de Sociología en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata.<sup>70</sup> A su vez, en 1962, la Universidad Nacional de Tucumán creó el Centro de Investigaciones Sociológicas, y el Departamento de Sociología de la UBA designó a dos de sus investigadores egresados de la FLACSO, Gerardo Andújar y Edmundo Sustaita, para participar en las investigaciones emprendidas por el nuevo centro. A su vez, Regina Gibaja y Juan Carlos Marin tuvieron a su cargo nada menos que el dictado de las clases relativas a Metodología de la Investigación, uno de los artículos de fe profesional constitutivos de los miembros de la nueva asociación, en el curso de Sociología impartido en el Instituto Superior de Profesorado de la Universidad Nacional del Litoral con sede en la ciudad de Paraná. Finalmente, un grupo de profesores del Departamento fueron invitados por la Escuela Superior de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo a dictar una serie de conferencias.

Con todo, el grado de penetración de la ofensiva modernizadora en las estructuras universitarias del interior fue relativamente débil, a tal

punto que, en rigor, el nuevo rumbo que Germani pretendió imprimir a la disciplina no llegaría a trascender los límites del área metropolitana. De alguna manera, el conflicto abierto entre ambas orientaciones terminaría reflejando la existencia de una oposición más general, cara a un ideograma del grupo modernizador, entre un circuito moderno, localizado en el área metropolitana, y un circuito tradicional, ubicado en el interior.

## CONCLUSIONES

En este capítulo, he intentado reconstruir las diferentes visiones de la sociología que prevalecieron durante el período bajo análisis –visiones que reflejaban diferencias políticas, la posición frente al peronismo, como diferencias de formación y trayectorias intelectuales– y el modo como cada una de ellas articuló una determinada definición de sus tareas y sus métodos, así como una determinada estrategia de profesionalización. En tal sentido, he procurado evitar una visión teleológica de la historia de la sociología que se inclina a concebir a la disciplina como una suerte de “entidad natural” que, una vez que emerge, es adoptada y gradualmente implementada por un grupo de aspirantes a ella. Como se ha visto, la sociología ya estaba institucionalizada bajo una cierta forma antes del establecimiento de la sociología científica. Cabe preguntarse, entonces, por qué hacia mediados de los años cincuenta adoptó una fórmula diferente, y por qué Germani logró desplazar a una sociología de cátedra que para entonces tenía bajo su control las principales instituciones del campo, según muchos a causa del “provincialismo” de los sociólogos de cátedra. No obstante, la evidencia empírica disponible muestra lo contrario. En términos intelectuales, los sociólogos de cátedra estaban más que actualizados con la literatura sociológica. Leían a Durkheim, a Weber, a Simmel y escribían sobre ellos. El provincialismo tampoco era profesional: participaban en los congresos internacionales, publicaban –como es el caso de Poviña– en revistas extranjeras y muchos de ellos eran miembros de las principales asociaciones internacionales de la disciplina. Pero lo que ocurre es que todo ese mundo, a partir de la segunda posguerra, entró en crisis. Un nuevo contexto nacional, la renovación de la universidad, y un nuevo contexto internacional, la promoción de las ciencias sociales con credenciales estadounidenses, instala nuevas preocupaciones, promueve nuevos estilos y estimula nuevas demandas: tales elementos y factores se conjugaron para que la institucionalización de la disciplina adoptara, fi-

nalmente, la forma que tomó y para que la fórmula ensayada por Germani lograra alcanzar, al menos por un tiempo, un relativo éxito.

Las posibilidades de institucionalización de una disciplina dependen en buena medida de los puntos de apoyo externos al campo académico, es decir, de sus relaciones con el entorno del contexto institucional más amplio. En los Estados Unidos, por ejemplo, la temprana institucionalización de la sociología en la Universidad de Chicago se vio favorecida por las relaciones que sus principales promotores tenían con distintas instituciones gubernamentales y de la sociedad civil, además de fundaciones, firmas comerciales y empresas editoriales, entre otras, que tenían interés en los resultados de las investigaciones de carácter social, a la vez que las estimulaban a través de ese mismo interés, y en algunos casos, mediante apoyo financiero directo.<sup>71</sup>

En América latina, y especialmente en la Argentina, las cosas se presentan de manera diferente. Por un lado, las relaciones de los practicantes de la sociología —los sociólogos de cátedra— con el contexto institucional más amplio eran relativamente débiles en términos instrumentales. Con excepción, quizá, del censo de 1947, las instituciones gubernamentales no exhibían demasiado interés en las investigaciones sociales de carácter empírico o, en todo caso, no eran los sociólogos de cátedra los destinatarios de esa demanda. Sin embargo, la inmediata posguerra, y como parte de un proceso de internacionalización de las ciencias sociales, la presencia activa de los organismos internacionales y regionales desempeñó un papel determinante en el surgimiento de dicha demanda y empujaron decisivamente hacia una profesionalización. En cierto sentido, los organismos internacionales actuaron como “sustitutos funcionales” de una demanda interna prácticamente inexistente o, en todo caso, muy débil. La presencia de dicha demanda coincidió con una drástica renovación de los ideales intelectuales de la disciplina y no menos drástica transformación de su componente disciplinario. Todo ello agudizó un conflicto dentro del campo que hasta ese momento sólo había sido latente. Tanto la estructura de aquella demanda como esa renovación disciplinaria estimularon un patrón de profesionalización que conspiró contra las posibilidades de continuidad de la vieja sociología de cátedra, o al menos contra la posibilidad de subsistir sin competidores. El acento puesto sobre las investigaciones empíricas, de gran escala y predominantemente cuantitativas, exigía una serie de condiciones de trabajo (dedicación *full-time* a la profesión) así como un conjunto de competencias y destrezas (entrenamiento en las modernas técnicas de investigación, tra-

bajo en equipo, etcétera) que no formaba parte de las rutinas de trabajo de los sociólogos de cátedra. La pérdida de posición de la sociología de cátedra en el sistema institucional obedeció en parte a sus dificultades para adecuarse a estas nuevas exigencias.

Asimismo, la sociología de cátedra permanecería absolutamente ajena a las innovaciones provenientes de los Estados Unidos, tanto de aquellas originadas en la tradición más empírica de la Escuela de Chicago, ya para entonces sólidamente asentada, como de aquellas otras originadas en las tradiciones más teóricas y analíticas, que, partir de la posguerra, se consolidarían en las universidades de Harvard y Columbia, bajo el liderazgo de Talcott Parsons, Paul Lazarsfeld y Robert Merton. Frente a esas innovaciones, cuyo resultado fue ese cambio ecológico arriba mencionado, la sociología de cátedra o bien mantendría una posición prescindente, en el mejor de los casos, o bien manifestaría un decidido rechazo. Así, la sociología de cátedra permaneció sujeta a las tendencias sociológicas que, a nivel internacional, ya habían comenzado a experimentar, a mediados de la década de 1940, un proceso de franca declinación como consecuencia del ascenso y consolidación de la sociología estadounidense y la formación y establecimiento de un estándar internacional de la disciplina, una internacionalización de la disciplina hacia la que Germani, en cambio, se mostraría extremadamente sensible.

El conflicto desatado y la pérdida de posiciones de la sociología de cátedra (cosa que ocurría también a nivel internacional, como quedó expresado en el conflicto entre el IIS y la ISA) debe comprenderse entonces en el contexto internacional de una reformulación de las ciencias sociales que implicó la promoción de un nuevo patrón de profesionalización y la aparición de una nueva demanda. Esta innovación exógena fue la que provocó la ruptura. En efecto, en los años cuarenta, las cosas todavía estaban mezcladas. Un dato revelador de esto último es la aparición de la *Historia de la sociología latinoamericana*, de Alfredo Poviña, en la colección dirigida por Medina Echavarría. Poco tiempo después, sin embargo, lo que antes aparecía mezclado, comienza a diferenciarse, a tal punto que el mismo Medina Echavarría sería erigido por Germani como el principal promotor de la sociología científica. Una vez producidas aquellas innovaciones, las competencias de la sociología de cátedra resultarían insuficientes para hacer frente a ellas y la sola apelación formal y ritualista a los ideales de la disciplina ya no sería suficiente para conservar el control de las instituciones. En cambio, la actualización de los ideales intelectuales de la disciplina emprendida por Germani en el plano editorial, intelectual e

institucional resultará relativamente afín con dicha demanda. Pero más que desplazar o desalojar a la “sociología de cátedra”, la intervención de los organismos internacionales contribuirá a crear un circuito paralelo que fue ocupado por la nueva sociología, y a partir de la cual la sociología de cátedra comienza a debilitarse.

## NOTAS

1. Las expresiones, propias de esos años, de “sociología científica” y “sociología de cátedra” se conservan aquí solamente por comodidad expositiva, sin asumir las connotaciones inscriptas en dicha dicotomía.

2. Véase Edward Shils, “Tradition, Ecology, and Institution in the History of Sociology”, en *Daedalus*, vol. 99, n° 4, 1970, pág. 778. Según Shils, una disciplina se institucionaliza una vez que puede ser estudiada como un tema mayor más que como una materia adjunta; cuando es enseñada por profesores especializados en el tema y no por profesores que hacen de eso una tarea subsidiaria de su profesión principal; cuando existen oportunidades para la publicación de trabajos sociológicos en revistas sociológicas más que en revistas consagradas a otros temas; cuando hay financiamiento y provisión logística y administrativa para la investigación sociológica a través de instituciones establecidas en lugar de que esos recursos provengan del propio investigador, y cuando existen oportunidades establecidas y remuneradas para la práctica de la sociología (enseñanza y aprendizaje) así como una “demanda” relativa a los resultados de la investigación sociológica.

3. Muchos de estos indicadores fueron expresamente subrayados por el mismo Germani como déficit de una institucionalización de la disciplina. Así, por ejemplo, su señalamiento reiterado de que hasta la década del cincuenta la sociología seguía enseñándose como una materia dentro de una disciplina mayor o aquel otro relativo a la carencia de especialistas en la materia, dado que los así llamados “sociólogos de cátedra” eran, en su gran mayoría, abogados de profesión, siendo la enseñanza de la sociología un menester secundario de sus actividades. Véase Gino Germani, *La sociología en la América latina. Problemas y perspectivas*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964, y “La sociología en la Argentina”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 4, n° 3, 1968.

4. Véase caracterización de la “sociología de cátedra” en Juan Francisco Marsal, *La sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Los Libros del Mirasol, Fabril Editora, 1963.

5. En la primera mitad de los años treinta Alfredo Poviña publicó en la revista del Colegio, *Cursos y Conferencias*, una serie de ensayos referidos al tema: “La sociología en las universidades argentinas”, “La sociología relacionista” y “El fenómeno económico y la vida social”, en 1932, 1933 y 1934 respectivamente. A su vez, en 1946, Francisco Ayala dictó en el Colegio un curso sobre la sociología y el problema del método y ese mismo año publicó en la revista un extenso ensayo relativo al problema, “Dos discusiones sobre el método sociológico”, en *Cursos y conferencias*, año XV, vol. XXIX, n° 171, junio de 1946. Más tarde, el propio Germani dictaría una serie de

cursos en dicha institución: “Fundamentos de psicología social”, “Relaciones entre escuela y sociedad”, “Ideología y personalidad”, “Análisis de la crisis contemporánea”, “Sociología de las élites”, “La tradición positivista (Mill, Comte y Durkheim)” y “Sociología industrial”. Para esto último, véase Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998.

6. Véase Hernán González Bollo, *El nacimiento de la sociología empírica en la Argentina: el Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 1940-1954*, Buenos Aires, Dunken, 1999.

7. Dirigida por Miguel Figueroa Román, el comité de la revista estaba integrado por Alfredo Poviña, Bernardo Canal Feijoo, Gino Germani y Bernardo Serebinsky.

8. Alfredo Poviña, “La sociología Argentina”, en George Gurvicht y Wilbert Moore, *Sociología del siglo XX*, Buenos Aires, El Ateneo, 1956.

9. Hacia mediados de la década de 1940, el proyecto, finalmente frustrado, de creación de un Instituto Internacional de Sociología en América, prohijado por Ricardo Levene, revela el dinamismo que había alcanzado por entonces la sociología en América latina.

10. Para el caso chileno, véase José Joaquín Brunner, *Los orígenes de la sociología profesional en Chile*, Documento de Trabajo, n° 2, 60, Programa FLACSO-Santiago de Chile, 1985; para el caso brasileño, véase Sergio Micelli (org.), *História das ciências sociais no Brasil*, San Pablo, Vértice, Editora Revista dos Tribunais, 1989.

11. Ricardo Levene, “El Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras”, *Boletín del Instituto de Sociología*, n° 1, FFyL, Universidad de Buenos Aires, 1942, págs. 6-7.

12. La distinción entre ideales intelectuales, disciplina y profesión está tomada de Stephen Toulmin. Según este autor, las empresas intelectuales denominadas ciencias están articuladas sobre la base de esos tres elementos. El primero refiere a los objetivos intelectuales básicos de una empresa disciplinaria que por eso mismo le confieren unidad y continuidad en el tiempo. El segundo, a la tradición de procedimientos y técnicas para abordar problemas comunes teóricos y prácticos, mientras que el tercero remite al conjunto de instituciones, roles y hombres cuya tarea consiste en aplicar esos procedimientos y técnicas a los problemas de la disciplina. Stephen Toulmin, “Las disciplinas intelectuales”, en *La comprensión humana*, Madrid, Alianza, 1977.

13. Sobre este particular, véase especialmente Federico Neiburg, *Los intelectuales*, Buenos Aires, Alianza, 1998, y Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001.

14. Richard Bernstein, *La reestructuración de la teoría social y política*, México, 1982, FCE, pág. 27.

15. Daniel Bell, *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial*, Alianza, Madrid, 1984.

16. Edward Shils, “Tradition” y *Los intelectuales en las sociedades modernas*, Buenos Aires, Tres Tiempos, 1974.

17. Sobre la migración intelectual, véase Donald Fleming y Bernard Bailyn (eds.), *The Intellectual Migration. Europe and America, 1930-1960*, Harvard, Harvard University Press, 1969, y H. Stuart Hughes, *The Sea Change. The Migration of Social Thought, 1930-1965*. Sobre la Escuela de Frankfurt, Martin Jay, *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*, Madrid, Taurus, 1991.

18. Para el caso italiano, véase Filippo Barbano, *Storia, temi e problemi 1945-1960*, Roma, Carocci, 1998, y Diana Pinto, "La sociologie dans l'Italie de l'après-guerre, 1950-1980", *Revue Française de Sociologie*, n° XXI, 1980; para el caso francés, B. Mazon, "La fondation Rockefeller et les sciences sociales en France", *Revue Française de Sociologie*, XXVI-2, abril/junio de 1985; Francis Farrugia, *La reconstruction de la sociologie française (1945-1965)*, París, L'Harmattan, 2000; Alain Drouard, "Réflexions sur une chronologie: le développement des sciences sociales en France á la fin des années soixante", *Revue Française de Sociologie*, n° XXIII, 1982; para el caso brasileño, véase Sergio Micelli (org.), *História das ciencias sociais no Brasil*, ob. cit.

19. Los dos primeros aparecieron en 1951 y el segundo al año siguiente. Una crónica de las actividades de la UNESCO en Peter Lengyel, "Two decades of social science at UNESCO", *International Social Science Journal*, vol. XVIII, n° 4, UNESCO, 1966.

20. La revista se editó de 1950 a 1956. A partir de 1961 reapareció como *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*.

21. Para un desarrollo de las ideas de la CEPAL y su papel en el desarrollo de las ciencias sociales en América latina, véase Albert O. Hirschman, *Controversia sobre latinoamérica. Ensayos y comentarios*, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Torcuato Di Tella, 1963; asimismo, Albert O. Hirschman, "Auge y caída de la teoría económica del desarrollo", *El Trimestre Económico*, vol. XLVII, (4), n° 188, México, octubre/diciembre de 1980.

22. "Mesa redonda sobre la enseñanza de las ciencias sociales en la América Central y las Antillas", Cuba, Universidad de la Habana, 1955; "Primer seminario Sul-Americano para o ensino universitario das ciencias sociais", Río de Janeiro, 1956 y "Seminario latino americano sobre metodología de la enseñanza y la investigación en sociología, ciencia política y economía en Latinoamérica", Santiago de Chile, 1958.

23. Un caso representativo es la investigación sobre las clases medias impulsada por la Oficina de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana en Washington en la que participaron distintos especialistas en ciencias sociales de la región. Véase Theo Crevenna (ed.), *Materiales para el estudio de la clase media en la América latina*, Washington, Unión Panamericana, 1950, 6 volúmenes. Por la Argentina colaboraron Gino Germani, Alfredo Poviña y Sergio Bagú.

24. Alejandro Blanco, "Los proyectos editoriales de Gino Germani y los orígenes intelectuales de la sociología en la Argentina", tesis de maestría, Universidad Nacional de San Martín, mimeo, 2001.

25. Los números entre paréntesis indican el año de la primera edición castellana.

26. Una visión de conjunto del ingreso de la cultura alemana en lengua castellana puede encontrarse en el catálogo de publicaciones *Filosofía alemana traducida al español*, compilado por Ria Schmidt-Koch y editado por la Sociedad Kantiana de Buenos Aires en 1935. Sobre el papel de la editorial de la *Revista de Occidente* en la difusión de la cultura alemana, véase Evelyne López Campillo, *La Revista de Occidente*. Madrid, Taurus, 1972.

27. En su autobiografía, José Luis de Imaz relata una anécdota que ilustra la importancia que por entonces revestía la editorial del Fondo de Cultura Económica en la formación de un aspirante a sociólogo. De Imaz cuenta que hacia fines de 1955 se entrevistó con Germani con la intención de transmitirle su propósito de estudiar so-

ciología. Cuando este último le preguntó qué era lo que sabía o había leído, De Imaz confiesa lo siguiente: "Le contesté que 'todo' el Fondo de Cultura Económica. Es decir, la colección de Ciencias Sociales que había publicado el Fondo. Era una manera de simplificar, por supuesto, pero también una definición". En José Luis de Imaz, *Promediando los cuarenta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977, pág. 125. Para más detalles sobre el Fondo de Cultura Económica, véase el capítulo de Gustavo Sorá incluido en el presente volumen.

28. En efecto, la primera versión integral de *Economía y sociedad* en lengua extranjera es la editada por el Fondo de Cultura Económica; la primera edición italiana es de 1962, la inglesa de 1968 y en francés aparece sólo la primera parte en 1971. Véase Monique Hirschhorn, *Max Weber et la sociologie française*, París, L'Harmattan, 1988.

29. El intercambio entre Maupas y Durkheim es referido en Carlos Barbé, "El 'problema de Durkheim' (en la formación de la sociología argentina)", *Sociedad*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, n° 3, noviembre de 1993.

30. En su momento, esto fue observado por Francisco Romero en "Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina", en *Sobre la filosofía en América*, Buenos Aires, Raigal, 1952, pág. 20.

31. Lo mismo parecía ocurrir en el caso de la sociología, según revela el testimonio de José Luis de Imaz: "¿Qué era lo que entonces entendíamos por sociología? Al conjunto de los autores alemanes traducidos", véase José Luis de Imaz, *Promediando los cuarenta*, ob. cit., pág. 127.

32. He examinado la influencia de Mannheim en Germani en Alejandro Blanco, "Ideología, cultura y política: la Escuela de Frankfurt en la obra de Gino Germani", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, n° 3, 1999.

33. Es el caso de las ponencias presentadas a dicho congreso por quienes por entonces tenían a su cargo la enseñanza de la sociología en distintos centros de enseñanza del país, como Julio E. Soler Millares (Universidad de Cuyo), Antonio Villoldo (Universidad de Buenos Aires), Miguel Herrera Figueroa (Universidad de Tucumán), Alberto Baldrich (Universidad del Litoral) y Tecera del Franco (Universidad de Buenos Aires). Las ponencias fueron reproducidas en el *Boletín de Sociología*, n° 8, 1953. De todos ellos, Tecera del Franco fue la figura más "orgánica" del peronismo. Durante un tiempo se desempeñó como funcionario del Ministerio de Agricultura de la Nación y formó parte de los grupos católicos que tuvieron a su cargo la administración de la política cultural del régimen peronista.

34. Las conferencias de Freyer fueron organizadas por el Instituto de Sociología y la Institución Cultural Argentino Germana y reproducidas en el *Boletín de Sociología*, n° 9, 1954, acompañadas de un prólogo de Tecera del Franco.

35. Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, pág. 49.

36. Para una historia del psicoanálisis en la Argentina, véase Jorge Balán, *Cuéntame tu vida. Una biografía colectiva del psicoanálisis argentino*, Buenos Aires, Planeta, 1992; Hugo Vezzetti (comp.), *El nacimiento de la psicología en la Argentina. Pensamiento psicológico y positivismo*, Buenos Aires, Puntosur, 1996, y *Freud en Buenos Aires*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998, y Mariano Ben Plotkin, "Freud en la Universidad de Buenos Aires: la primera etapa hasta la creación de la carrera de Psicología", *ELAL*, vol. 7, n° 1, 1996, y *Freud en las Pampas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

37. He examinado los alcances de esta estrategia y su impacto sobre la concepción de Germani de la disciplina en Alejandro Blanco, "Gino Germani: las ciencias del hombre y el proyecto de una voluntad política ilustrada", *Punto de Vista*, n° 62, 1998, págs. 42-48.

38. Resultados parciales de la investigación sobre la situación de las clases medias aparecieron publicados en los primeros números del *Boletín de Sociología*, en dos entregas de 1943 y 1944.

39. Germani participa en la comisión asesora hasta julio de 1945 y su tarea al frente de ella quedaría reflejada en dos artículos aparecidos en el *Boletín del Instituto de Sociología*, "Los censos y la investigación social", de 1953, y "El Instituto de Sociología y el Cuarto Censo Nacional", una nota dirigida al Consejo Nacional de Estadísticas y Censos, de 1945.

40. He tomado en préstamo de Charles Camic la expresión "carta de incorporación", que la utiliza en su ensayo referido a *La estructura de la acción social* de Talcott Parsons (Charles Camic, "Structure After 50 Years. The Anatomy of a Charter", *American Journal of Sociology*, vol. 93 (1), 1989, pág. 48).

41. Un análisis de la influencia del neopositivismo en la sociología en Anthony Giddens, "El positivismo y sus críticos" en Tom Bottomore y Robert Nisbet, *Historia del análisis sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996.

42. Véase para esto el esclarecedor ensayo de Stephen Toulmin, "From Form to Function: Philosophy and History of Science in the 1950 and Now", *Daedalus*, vol. 1, 1974.

43. Entre los colaboradores de la revista de Bunge se contaron filósofos como Rodolfo Mondolfo, Risieri Frondizi y Francisco Romero.

44. El ensayo de Germani fue anunciado en el primer número de la revista con el título de "La sociología norteamericana", *Minerva. Revista Continental de Filosofía*, año I, vol. 1, 1944.

45. En 1938, Reichembach migró a los Estados Unidos y colaboró en la fundación de una revista inspirada en dicha corriente filosófica, el *Journal of Unified Sciences*.

46. En 1953, dos años después de su edición original, el Fondo de Cultura Económica editaba dicha obra.

47. La versión española de la obra de Kaufman apareció en 1946, en la colección Sección de Obras de Sociología, dirigida por José Medina Echavarría en el Fondo de Cultura Económica. La traducción, realizada por Eugenio Imaz, fue hecha del original alemán de 1936 y no de la versión en inglés, aparecida en 1944 en forma bastante modificada.

48. Años más tarde, junto a Ernst Nagel, Cohen escribiría *El método científico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1967, el libro que de algún modo venía a resumir los principales postulados filosóficos del nuevo "consenso ortodoxo" que dominó la auto-comprensión de la disciplina hasta bien entrados los años 60.

49. En 1947, Ricardo Levene renunció a la dirección del Instituto y fue reemplazado por Alfredo Poviña (1948-1950), quien a su vez sería sucedido por Tecera del Franco. A su vez, en 1948, la cátedra de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras, hasta entonces a cargo de Levene, fue asumida por Alfredo Poviña hasta 1952 y de ahí hasta 1954 por Tecera del Franco.

50. Una referencia sobre los trabajos publicados por Poviña en distintos medios académicos en Héctor Solís Quiroga, "Alfredo Poviña", *Estudios de Sociología*, 2, 1962.

51. Ensayos de Poviña aparecieron en *Sociology and Social Research*, en la *Revista Internacional de Sociología*, en la *Revue Internationale de Sociologie*, y en *Ciencias Sociales*.

52. El IIS fue la primera organización internacional de la disciplina. Hasta 1910 celebró congresos anuales y a partir de entonces adoptó un programa trienal. Con la misma periodicidad, el IIS editó durante todos esos años la *Revue Internationale de Sociologie*, que reproducía las comunicaciones presentadas en los congresos, además de reseñas bibliográficas. Las actividades del instituto se vieron interrumpidas durante las dos guerras mundiales y fueron reanudadas a partir de la segunda posguerra bajo la dirección del demógrafo italiano Corrado Gini.

53. Estuvieron presentes, entre otros, los alemanes Helmut Schelsky y Hans Steger, el estadounidense Bernard Rosenberg, los brasileños Fernando de Azevedo y Octavio Ianni y el italiano Corrado Gini. En Miguel Herrera Figueroa, "Panorama sociológico reflejado en el XX Congreso Internacional de Sociología", *Estudios de Sociología*, n° 3, 1963.

54. El capítulo sobre América latina del influyente libro de texto de Harry Barnes y Howard Becker, *Historia del pensamiento social*, FCE, 1945 (2 vols.) se apoya enteramente en la obra de Poviña.

55. Véase Alfredo Poviña, "La sociología en la Argentina", en George Gurvitch y Wilbert E. Moore, *Sociología del siglo XX*, editado originariamente en 1945. La edición española, supervisada por el mismo Poviña, apareció en 1956, editada por El Ateneo.

56. Alfredo Poviña, "Palabras de apertura" al V Congreso Latinoamericano de Sociología, Montevideo, Uruguay, citado en Francisco Delich, *Crítica y autocrítica de la razón extraviada. Veinticinco años de sociología*, Venezuela, El Cid Editor, 1977, págs. 33-34.

57. Gino Germani, "Desarrollo y estado actual de la sociología latinoamericana", *Boletín del Instituto de Sociología*, cuaderno 17, tomo XII, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1959.

58. Presidida por el mismo Germani, la Asociación estaba integrada, además, por Juan José Bruera, como vicepresidente, Torcuato Di Tella, como secretario, y Enrique Butelman, Jorge García Bouza, Jorge Graciarena y Norberto Rodríguez Bustamente, como vocales.

59. Además de los ya mencionados, figuraban Mabel Arruñada, Martha Bechis de Ameller, Darío Julio Cantón, Carmen Gloria Cucullu de Murmis, Alejandro Dehollain, María Eugenia Dubois, Regina Gibaja, Elizabeth Jelin, José Luis de Imaz, Analía Kornblit, Juan Carlos Marin, Ángel Federico Nebbia, María Sautu y Eliseo Verón, entre otros.

60. En cambio, su opuesta, la *Sociedad Argentina de Sociología*, perduró hasta comienzos de los años setenta y continuó organizando congresos periódicos. Los dos últimos tuvieron lugar en Buenos Aires en 1969 y en Santa Fe, en 1971.

61. En *Boletín de la Asociación Sociológica Argentina*, n° 1, Buenos Aires, diciembre de 1961, pág. 3.

62. *Ibíd.*, pág. 4, las cursivas son nuestras.

63. *Ibíd.*, págs. 24-27.

64. Lazarsfeld retrató la naturaleza de la oposición entre ambas asociaciones internacionales en los siguientes términos: "a partir de 1950, el IIS parece que ha atraído a los sociólogos que se inclinan más hacia una filosofía social humanista que hacia el desarrollo de la investigación empírica, a la que la ISA concede gran importancia". A la vez, Lazarsfeld señalaba la predilección de los sociólogos latinoamericanos hacia el IIS antes que hacia la ISA, cuya participación en los congresos celebrados por esta última era muy escasa (Lazarsfeld, "La sociología internacional", ob. cit., págs. 88-89).

65. Germani integró el Comité Director de ambas instituciones desde 1957 a 1963. Véase "Instituto de Investigación y Departamento de Sociología. Informe del Director", 1961, 1963 y 1964.

66. Así, por ejemplo, el Cuarto Congreso Nacional de Sociología organizado en 1969 en Buenos Aires por la Sociedad Argentina de Sociología no contó con la asistencia de ningún delegado del Centro de Investigaciones Sociales del Di Tella, del Instituto de Desarrollo Económico y Social ni del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales. Esta dicotomización de la sociología alcanzaría en Chile una expresión extrema, a tal punto que todos los sociólogos "modernos" o "profesionales" renunciarían a integrar la única asociación formal al respecto, la *Asociación Chilena de Sociología*. En José Joaquín Brunner, *Los orígenes...*, ob. cit., pág. 39.

67. Estuvieron presentes, entre otros, Eduardo Hamuy (Chile), Isaac Ganon (Uruguay), Irving Horowitz (Estados Unidos), Pablo González Casanova (México), Peter Heintz (FLACSO), Lucien Brams (FLACSO), J. A. Silva Michelena (Venezuela), Kalman Silvert (Estados Unidos) y Luiz de Aguiar Costa Pinto (Brasil).

68. *Estudios de Sociología*, "Prólogo", n° 1, 1961.

69. *Ibid.*, pág. 3.

70. En rigor, la enseñanza de la asignatura en la Universidad Nacional de la Plata ya estaba para entonces en manos del grupo de la nueva asociación: en 1956, un estrecho colaborador de Germani, Norberto Rodríguez Bustamante, asumió la cátedra de Sociología (que hasta ese momento había estado bajo la jefatura de César Pico) y al año siguiente -concurso mediante- lo hizo Germani. Véase María Magalí Turkenich, "La cátedra de Sociología General en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. UNLP (1957-1974)", tesis de licenciatura, La Plata, UNLP, 2001.

71. Véase Edward Shils, "Tradition", *Daedalus*, vol. 99, n° 4, 1970, pág. 778.

## Índice temático

- ACA (Automóvil Club Argentino), Buenos Aires, 310; 320  
167  
Archivo Étnico Nacional, 210  
ACA (Acción Católica Argentina), 191  
Archivo General de la Nación, 71  
Academia Nacional de Ciencias Económicas, 188  
Archivo Histórico de Provincia de Buenos Aires, 71  
Academia Nacional de Historia, 71, Arielismo, 269  
88, 96, 148  
Arqueología  
ALAS (Asociación Latinoamericana problemas para su institucionalización, 162  
de Sociología), 329, 353-54, 358  
y etnografía, 162, 165  
Alianza para el Progreso, 231, 234, 237  
y etnología en la Argentina, 26  
Anarquismo, 204  
ASA (Asociación Sociológica Argentina), 356  
Anarquistas, 57  
Association Française de Science Politique, 334  
Antiimperialismo  
Association International de Sociologie, 329  
y teoría de la dependencia, 314  
Autonomización de los campos disciplinares, 16  
Antropología  
Autoritarismo  
aplicada, 211-212  
definición ideológica, 79  
construcción de la~, 204  
Banco Central  
cultural, 120, 333, 346  
creación del~, 24, 235-36  
fragilidad de la~, 165  
Banco de la Provincia de Buenos Aires, 176  
e intitucionalidad, 207  
social, 120  
y Estado, 204  
APA (Asociación Psicoanalítica Argentina), 310, 312, 321  
APBA (Asociación Psicoanalítica de

Proyecto editorial: Federico Polotto  
Coordinación general de la obra: Juan Suriano  
Asesor general: Enrique Tandeter  
Investigación iconográfica: Graciela García Romero  
Diseño de colección: Isabel Rodríguez

NUEVA HISTORIA ARGENTINA

TOMO 9

VIOLENCIA, PROSCRIPCIÓN  
Y AUTORITARISMO  
(1955-1976)

Director de tomo: Daniel James

EDITORIAL SUDAMERICANA  
BUENOS AIRES

James, Daniel

Violencia, proscripción y autoritarismo : 1955-1976.- 2ª ed. -  
Buenos Aires : Sudamericana, 2007.  
448 p. ; 24x17 cm. - (Nueva historia argentina; 9)

ISBN 950-07-2344-1

1. Historia Política Argentina I. Título  
CDD 320.982

PRIMERA EDICIÓN  
*Junio de 2003*

SEGUNDA EDICIÓN  
*Abril de 2007*

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en,  
o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma  
ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico,  
por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito  
de la editorial.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito  
que previene la ley 11.723.*  
© 2003, Editorial Sudamericana S.A.®,  
Humberto I 531, Buenos Aires.

ISBN 10: 950-07-2344-1  
ISBN 13: 978-950-07-2344-2  
ISBN O.C.: 950-07-1385-3

[www.sudamericanalibros.com.ar](http://www.sudamericanalibros.com.ar)

## COLABORADORES

Ricardo Aroskind  
Universidad de Buenos Aires

Javier Auyero  
State University of New York at Stony Brook

Mónica B. Gordillo  
CONICET - Universidad Nacional de Córdoba

Mark Alan Healey  
University of Mississippi

Rodrigo Hobert  
Universidad de Buenos Aires

Daniel James  
Indiana University

Sergio A. Pujol  
CONICET - Universidad Nacional de La Plata

Lucas Rubinich  
Universidad de Buenos Aires

Maristella Svampa  
Universidad Nacional de General Sarmiento

César Teach  
CONICET - Universidad Nacional de Córdoba

---

Sidicaro, Ricardo, *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos de la Argentina (1989-2001)*, Buenos Aires, Libros del Rojas, 2001.

Stillwaggon, Eileen, *Stunted Lives, Stagnant Economies. Poverty, Disease, and Underemployment*, New Brunswick, NJ, Rutgers University Press, 1998.

Svampa, Maristella, *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*, Buenos Aires, Biblos, 2001.

Tenti Fanfani, Emilio, y Goldbert, L., *Estructura social y pobreza en la Argentina. Escenario de los '90*, mimeo, 1993.

Torrado, Susana, *Estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1992.

Torres, Horacio A., *El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)*, Buenos Aires, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Dirección de Investigaciones, 1990.

Yujnovsky, Oscar, *Las claves políticas del problema habitacional argentino*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1984.

# VI

---

## *La modernización cultural y la irrupción de la sociología*

por LUCAS RUBINICH

## EL CLIMA DE CAMBIO SOCIAL Y LA SOCIOLOGÍA

La politización extrema de la sociología en la Argentina delineó un perfil de intelectual prestigioso y portador de sentidos trascendentes. Esta carrera encontró en la Universidad de Buenos Aires (UBA) su realización institucional en el año y medio que comprende 1973 y la primera mitad de 1974, punto más álgido de un proceso comenzado a poco de fundada la carrera. Este proceso no es ni exclusivo de la sociología, ni tampoco de la sociología argentina. Un clima similar rondaba en diferentes disciplinas y mundos culturales. Desde el momento de su refundación en 1957, la sociología no parecía —por lo menos en la práctica de Gino Germani, quien era su figura más relevante— adoptar la forma de una mera propuesta tecnocrática o un academicismo restringido.

Explicar la persistencia cultural del peronismo, aunque reafirmando para ello la necesaria autonomía del mundo científico, era una cuestión que colocaba a la

naciente disciplina más allá de los límites del mundo académico, en una escena cultural que, a la par de radicalizarse políticamente, generaba lazos (por esa identidad) con otras zonas de la sociedad y encontraba un público más amplio dispuesto a escuchar explicaciones de lo social que aportaran significados al sentimiento de estar experimentando un proceso de cambios. Tanto el impulso modernizador antiperonista de quien lideraría la institucionalización de la sociología como el decidido espíritu de transformación de las generaciones inmediatamente posteriores ubican a estos agentes bastante lejos del perfil del académico tradicional y los acercan a lo que la tradición occidental del último siglo conoce como intelectuales.

Es verdad que se daban condiciones políticas y culturales para que los mundos académicos, aun los más mesurados, de distintas regiones vieran surgir estos agentes que, reconvirtiendo su prestigio académico, encontraban espacios para desarrollar su vocación de intervención pública. Acreditados académicos, científicos y artistas se encontrarían predicando ante auditorios más diversificados que los que podían encontrar en sus ámbitos habituales de trabajo. En los centros culturales mundiales la radicalización política iba de la mano, más que de los actores tradicionalmente soñados como sujetos de cambio, de estudiantes e intelectuales. Y fue la universidad, tanto o más que la fábrica, el espacio privilegiado del clima de cambio de los años sesenta.

La sociedad argentina había logrado en los primeros años posteriores a la caída del peronismo ser la expresión de lo que algunos economistas llamaban el desarrollo intermedio. Las grandes ciudades albergaban una clase media extendida y en muchos casos recién llegada que comenzaba a acomodarse en ese lugar en un momento histórico privilegiado: el de la realización periférica de la sociedad de consumo. Si bien no se dio en la misma dimensión que en los centros mundiales, la posibilidad de grandes sectores de la población de acceder a los nuevos productos de confort para el hogar fue un elemento socialmente significativo. Además, las características ligadas a la valoración positiva de la educación por parte de esos sectores permitieron un desarrollo hasta el momento inusitado de la industria cultural, que resaltaría en la transformación (modernización) y creación de una serie de instituciones. No es difícil

sostener que en el campo de la cultura hubo, por lo menos, tres instituciones emblemáticas de este proceso de modernización: la editorial universitaria de la UBA (Eudeba), el Instituto Di Tella y, sin duda, la carrera de Sociología de la UBA.

Este proceso implicaba una fuerte incorporación de jóvenes de sectores medios y aun medio-bajos a instituciones y zonas de la cultura que se abrían cada vez más a estas franjas heterogéneas, que valorizaban ese contacto como parte de la realización de la trayectoria de ascenso social. Era también una incorporación marcada por un contexto ideológico que no estigmatizaba su desventaja cultural y que en algunas zonas culturales se evaluaba positivamente. En este marco se desarrollaron algunas formas contraculturales similares a las de los centros mundiales que en su expresión política pudieron ser más fácilmente absorbidas en esos centros. La radicalización política, el surgimiento de nuevas izquierdas que, fundamentalmente y más allá de las variaciones, trataban de otro modo la cuestión nacional y en algunos casos el tema religioso, iban a manifestarse en distintos sectores de la sociedad: en el campo artístico, en zonas significativas del mundo sindical, en la Iglesia católica (que en este caso interesa particularmente), y no podía dejar de hacerlo en ese espacio privilegiado de la modernización cultural que fue la carrera de Sociología.

La característica que adquirió el proceso de radicalización en la sociología en la Argentina estuvo efectivamente marcada por la politización de la década. Por supuesto esta politización, si bien era parte de un proceso mundial, tuvo sus particularidades nacionales. Si la supervivencia del peronismo afectaba las relaciones del conjunto del campo político, en la naciente so-



*Guido Di Tella.*

---

ciología se convertiría en un objeto central de discusión y de divisiones de grupos y estilos de trabajo y hasta (para perspectivas nada marginales) en una especie de espacio epistemológico privilegiado. La disciplina moderna adquiriría una particular importancia en la interpretación de este fenómeno. Y en esta tarea no dialogaba sólo con los pares, sino que encontraba un público más amplio ligado al mundo de la cultura politizada de sectores medios de las grandes ciudades.

En lo que hace a su mundo más específico, es necesario remarcar que esta politización tomó, en las zonas más radicales que tenían relevancia en el conjunto de esa comunidad, una forma particular que afectaba casi el estatus mismo de la disciplina. Por cuestiones relativas a la debilidad institucional y al peso de tradiciones culturales más amplias como el ensayo y la literatura, la sociología —por la fuerza del clima político de la época y por la manera en que lo absorbieron algunos grupos— se convirtió en un terreno de lucha político-cultural. Era un espacio donde se dirimían visiones del pasado histórico nacional, un lugar en el que se resignificaba una genealogía de referentes culturales y, por supuesto, un mundo que se transformaba a sí mismo reorganizando elementos importantes y los límites recién trazados de la disciplina. La fuerza con la que se realizaba la casi abolición de una zona de la tradición científica y se incorporaban nuevos referentes de otras zonas culturales recuerda menos a los cambios (aun los radicales) dentro de un ámbito académico que a las rupturas de las vanguardias estéticas. No fue un simple cambio dentro del mundo académico, ni una revolución científica. Hubo sí un cuestionamiento a una manera de conocer (el cientificismo), pero asentada, más que en una refutación donde se descalifica la otra posición aceptando reglas de juego comunes, en una descalificación radical que parece proponer el trazado de un nuevo tablero.

En la sociología en la Argentina, en el espacio de la UBA, se pueden distinguir tres momentos durante un período que va desde la creación de la carrera en 1957 hasta la primera mitad del año 1974. El primer momento es el de la afirmación institucional y de los primeros conflictos entre los viejos y los nuevos. El segundo es el de la extrema radicalización de una franja de los nuevos sociólogos y el tercero refiere a la realización institucional de la politización en la universidad montonera en

---

1973-74. En cada uno de estos momentos los referentes más significativos, además de sus relaciones a veces conflictivas con el específico ámbito universitario, también eran parte de una red más amplia que incluía la universidad, pero también, de acuerdo con los momentos, el grupo cultural parauniversitario antiperonista, los espacios culturales del Partido Comunista, la revista con identidad de nueva izquierda o alguno de los diversos grupos político-culturales, expresiones de un área politizada del campo cultural. Tanto Gino Germani como Juan Carlos Portantiero y Roberto Carri fueron producto y productores de una relación con esas zonas politizadas del campo cultural que en cada caso implicarían vinculaciones (diferentes, más o menos mediadas, pero siempre relevantes culturalmente) con el campo político. La pertenencia, simbólicamente significativa, a tradiciones culturales distintas pero que trascienden la actividad académica, la confianza en las herramientas académico-culturales como elemento favorecedor de transformaciones sociales, la consecuente vocación de intervención pública, convierten a estos referentes de la sociología argentina en intelectuales clásicos.

### LAS PRIMERAS DISPUTAS: GERMANI Y SUS DISCÍPULOS

A partir de la creación del Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires en 1957 cobraba realidad institucional un proceso que se estaba dando en distintos lugares de América latina: la irrupción de una sociología moderna que se moldeaba en relación con el estructural-funcionalismo y con el desarrollo de técnicas de investigación que tenían un papel relevante en el mundo académico norteamericano. Frente al pensamiento social predominante en América latina, cuya principal forma de expresión era el ensayo, surgía esta nueva disciplina que se proponía lograr un conocimiento objetivo de la realidad social. Para ello recurría a la investigación empírica, que rescataba lo que llamaba neutralidad valorativa e insistía en la separación entre ciencia e ideología. Esto en el marco de un clima ideológico en el cual el desarrollismo promovido por los centros políticos desplegabá todas sus herramientas

para detectar los elementos tradicionales que impedían a los países subdesarrollados superar etapas. Los organismos regionales que se crean en América latina con objeto de adaptar la región a los tiempos (CEPAL, FLACSO, CLACSO) se convertirían en promotores de discusiones y formadores de científicos y del mismo modo surgirían en este estilo carreras de grado en distintos países de la región, como Colombia, Venezuela y la Argentina.

En nuestro país, la carrera de Sociología fue creada en la Universidad de Buenos Aires en 1957, en la Universidad Católica Argentina dos años más tarde y en la Universidad del Salvador en 1963. Después del golpe militar de 1966 la carrera fue creada en otras universidades del interior del país, a menudo con docentes entrenados en la UBA. Pero las tres primeras instituciones siguieron siendo dominantes y se repartían el 90% de los alumnos hacia 1969. La carrera se expandió rápidamente: en la UBA ingresaban unos 500 alumnos por año hasta 1969, pero en los tres años siguientes ingresaron unos mil nuevos estudiantes anualmente. Este fenómeno fue acompañado por la creación de numerosos puestos de investigación y el otorgamiento de cientos de becas para estudiar en el exterior.



Gino Germani.

En estos primeros años de la carrera de Sociología se pueden observar dos movimientos: el primero, impulsado por el propio Germani, tendiente a afianzar una manera de concebir la sociología. Este afianzamiento supone una disputa contra zonas del campo cultural que se ocupaban del análisis de lo social desde otras perspectivas, más especulativas y literarias. Pero, a la vez, también desde el propio espacio de la nueva disciplina comienzan a surgir cuestionamientos a ese estilo de hacer sociología. Éste es el segundo movimiento.

El movimiento de Germani tendiente a clausurar las formas ensayísticas del análisis de lo social es fundacional y contundente. El otro movimiento, que tiene voces en el propio campo académico norteamericano, cobrará paulatinamente importancia en los nuevos. Los discípulos que Germani había formado y muchos de los cuales habían estudiado en el exterior volvían con nuevas maneras de pensar la sociología.

Desde el individualismo metodológico y desde perspectivas que revalorizaban el conflicto, el estructural-funcionalismo era cuestionado en el propio mundo académico americano. Por otro lado, en los distintos centros intelectuales mundiales se producía una revalorización académica del marxismo. No son demasiados los años en los que la versión del estructural-funcionalismo pueda desenvolverse con la tranquilidad de ser *la* sociología en la Argentina. Apenas un lustro después comenzarán los cuestionamientos.

Con la orientación de Germani, la carrera de Sociología de la UBA creó un Instituto de Investigaciones y se conformaron equipos que comienzan a desarrollar algunas líneas de investigación. Según Eliseo Verón, en este período hay tres tipos predominantes de investigación:

a) las descriptivas destinadas a reunir datos primarios sobre estructura social a nivel macrosociológico (estratificación, movilidad, procesos de urbanización, etc.);

b) aquellas descriptivas centradas en aspectos particulares de la estructura social que, en su mayoría, corresponden a recursos para el desarrollo (estructura de la educación primaria, secundaria y universitaria);

c) los estudios sobre actitudes y opiniones de sectores significativos de la estratificación social.

Los modelos de investigación, así como la docencia, estaban orientados por el modelo dual de sociedad tradicional-sociedad moderna. En el caso de la investigación, las preguntas orientadoras corresponden a caracterizaciones que ubicarán al país en distintos momentos del camino al desarrollo. Cuál es el diagnóstico y cuáles son los obstáculos que impiden el avance de los elementos modernos de cada sociedad. En el caso de la docencia, los autores que conformaban los programas centrales de las materias sociológicas pueden encontrarse en las compilaciones realizadas por Eudeba en el período: además

del propio Germani, Parsons, Robert Merton, Bendix, Lipset, Homans, Newcomb. Los clásicos estaban presentes sobre todo a través de Durkheim y Weber. El primero por su trabajo estadístico y el segundo por el de los tipos ideales.

Las críticas de protagonistas del período que se dirigen al “cientificismo”, pero con las armas de otras perspectivas epistemológicas legitimadas, no son muchas. Son los primeros nuevos, como Eliseo Verón, quienes de hecho comenzarán a incorporar nuevas corrientes en la práctica docente. Una década después su evaluación apunta a remarcar la debilidad con que la escuela que inauguraba la nueva sociología argentina era presentada en ese momento. “Los estudiantes conocieron sobre todo el estructural-funcionalismo a través de la trivialización de un Kingsley Davis, y su contacto con el pensamiento antropológico no se hizo a través de la riqueza abigarrada de un Malinowsky, sino más bien por la divulgación apagada y reiterativa de un Ralph Linton.”

Hay un texto de Germani donde se percibe la potencialidad del movimiento cuestionador de los nuevos a partir de operaciones similares que se están produciendo en un centro de la nueva sociología como es el mundo académico americano. A la vez que insiste en su movimiento fundacional, se propone posibilitar la lectura de debates que se realizan en comunidades académicas ya afianzadas. En 1962 Germani escribe el prólogo a *La imaginación sociológica*, de C. Wright Mills. Como se sabe, la crítica agresiva de Wright Mills se dirige a lo que él denominó “gran teoría”, “empirismo abstracto” y “*ethos* burocrático”. Allí caían estrepitosamente teorías y métodos que se habían constituido en las columnas maestras sobre las que se apoyaba el surgimiento de la sociología científica en la Argentina. ¿Cuál es entonces la operación realizada por Germani ante la presencia de este debate que, por lo menos, podría obstaculizar su proyecto de afirmación de un nuevo espacio en el campo académico argentino? En principio introduce el debate en este espacio, desplegando a la vez un estilo de lucha complejo.

Prologar la versión castellana del libro es de por sí una posición que anuncia algo de ese estilo. En ese prólogo realiza un análisis de la situación de la sociología a nivel mundial y observa los distintos grados de desarrollo de la disciplina, atendiendo

sobre todo a las comparaciones entre América latina y los Estados Unidos. La primera frase del prólogo declara contundente: “La traducción de un libro implica algo más que un mero problema lingüístico. Se trata de introducir en cierta cultura el producto de otra, alejada o próxima de la primera pero, en todo caso, distinta”. Aquí surgen los problemas de “comunicabilidad” de las ciencias y entonces advierte que la sociología se “halla... en una fase de comunicabilidad... menor de la que existe, por ejemplo, en la economía...”, aunque reconoce la emergencia de una “sociología ‘mundial’ en oposición a las sociologías ‘nacionales’”. En verdad, la principal dificultad es explicar cuáles fueron las condiciones de surgimiento del texto de W. Mills, pues se debería comprender eso para poder distinguir dos contextos de producción diferentes, dos campos académicos, con desarrollos históricos distintos en cuanto a su relación con la sociología mundial. “El examen que realiza Mills”, dice Germani, “no deja de darse en un contexto intelectual y científico bien distinto del que existe en América latina: en este sentido la ‘traducción’ requiere un esfuerzo por ubicar el contenido del libro dentro de su contexto originario y a la vez evaluar su significado con relación al contexto intelectual y científico propio de la cultura en que se trata de introducirlo”.

Es verdad que en su lucha por esclarecer los límites de la nueva disciplina Germani combate el “ensayismo”, pero también es cierto que los ecos de esas luchas llegan a través de sus adversarios y también de sus seguidores, simplificados hasta la caricatura. En el texto mencionado, insistiendo con las comparaciones entre América latina y los Estados Unidos abordaba el tema: “El ‘ensayismo’, el culto de la palabra, la falta de rigor son los rasgos más comunes en la producción sociológica del continente. Lejos del ‘perfeccionismo’ y el ‘formalismo metodológico’ yanquis, escasea o falta la noción misma de método científico aplicado al estudio de la realidad social”. Para Germani esta necesidad de marcar límites no excluye la posibilidad de pensar productivamente la incorporación de tradiciones que criticaba, en tanto competidoras de la sociología, pero que no podía dejar de tener en cuenta. No se presenta a la nascente sociología simplemente como una disciplina que se hace cargo de los desarrollos en los Estados Unidos y se constituye sobre un vacío local.

Para entender algunos gestos flexibles de Germani frente a otras formas de abordar la realidad social, que están más cercanas a (o son partes de) las disciplinas humanísticas, es necesario pensar las condiciones de conquista de la autonomía de este campo específico. En los momentos previos al surgimiento de la sociología científica, su iniciador formaba parte de una fracción del campo intelectual que podríamos denominar intelectuales liberales progresistas proscriptos por el peronismo. Las interrelaciones se dan en ese espacio entre actores tales como escritores, ensayistas, historiadores, filósofos. La cercanía con ese ambiente ligado a las disciplinas humanísticas (pero iluminista y sensible a la aparición de discursos científicos) lo confirma, luego del peronismo, con la creación de la carrera en la Facultad de Filosofía y Letras.

En este contexto, la de Germani no es una lucha ciega que desconoce al contendiente. Se parece más a una doble tarea: de diferenciación, frente a algunas tradiciones que hasta ese momento daban cuenta de la realidad social (más contundente en la medida que inauguraba una disciplina en contra de esas tradiciones ya instaladas), y de incorporación (menos declarativa) de aspectos de las mismas. Aunque hay momentos, como en este prólogo, en que la necesidad de la incorporación se hace explícita. Luego de las críticas al ensayismo, Germani advierte: "Mas a la vez no debemos olvidar aquellos elementos

### Sobre el concepto y la metodología de la sociología en Gino Germani

*"De acuerdo con esta concepción de la sociología y de sus métodos, el suscripto aboga por una transformación de la enseñanza sociológica en la Argentina, destacando la necesidad de eliminar el actual predominio filosófico y especulativo para propender a la investigación de la realidad social del país. La enseñanza de los métodos y técnicas de investigación y la creación de una base organizativa adecuada han sido señaladas como medios necesarios para el logro de tal objetivo."*

Fuente: Jorge R. Jorrot y Ruth Sautu (comps.), *Después de Germani. Exploraciones sobre estructura social de la Argentina*, pág. 30.

de la tradición intelectual latinoamericana que sin duda nos colocan en una posición más favorable que la existente en el país del Norte: así no cabe duda de que el 'pensamiento social' de América latina presenta más de un hermoso ejemplo de lo que Mills llama análisis social clásico. La influencia profunda del historicismo y algunas de las características mismas de la cultura predisponen casi 'naturalmente' a la ubicación de los problemas dentro del contexto mayor de la estructura social percibida históricamente, procedimiento que Mills recomienda con tanto énfasis".

El libro de Wright Mills que introducía Germani pasó a conformar un conjunto de elementos que derivó en el clima de desprestigio del estructural-funcionalismo y de un estilo de hacer sociología. Por supuesto no era el único y probablemente tampoco el más relevante y además ese clima no había adquirido, todavía en 1962, la forma que le daría fuerza cultural. En ese momento, las críticas no giraban exclusivamente en torno a la descalificación del "cientificismo", sino que se cuestionaba una manera de hacer sociología presentada como exclusiva. Las repercusiones más duras quizá deban encontrarse en los alumnos de las nuevas generaciones y no tanto en los discípulos más cercanos. En la carrera de Sociología se realizó una huelga contra la cátedra de Metodología a cargo de la profesora Regina Gibaja, una de las docentes del grupo cercano a Germani. El eslogan que levantaban los alumnos y que los llevó a la protesta es: "Contra el empirismo abstracto". No obstante, hay elementos para suponer que no es un indicador del estilo de discusión de ese momento. La institución parecía funcionar con un estilo tradicional de cualquier universidad, en el cual, entre otras cosas, las jerarquías institucionales tenían un reconocimiento. Y, por otro lado, no provenía de un mero acatamiento a las reglas. Luego de la caída del peronismo, la UBA se había prestigiado ante la sociedad y lograba un reconocimiento del conjunto del campo de la cultura. En la Facultad de Filosofía y Letras, que albergaba la carrera de Sociología, podían estar Gregorio Klimovsky y el rector José Luis Romero y otro grupo de intelectuales prestigiosos que volvían a la UBA luego del '55. En este clima no había cuestionamientos, por ejemplo, al estilo de examen tradicional que a fines de los sesenta sería modalidad corriente.



José Luis Romero.

Pero, independientemente del esfuerzo de adaptación a otro campo de Germani, los cuestionamientos surgían desde distintos ámbitos, también desde aquellos que poblaban sus discípulos más aventajados. Miguel Murmis y Eliseo Verón, luego de la experiencia del posgrado en el exterior, retomarán sus cargos en la cátedra Sociología Sistemática dirigida por Germani y comenzarán a introducir autores marxistas, la antropología estructural y la teoría de la comunicación, a la par de autores como Goffman, Garfinkel y Becker, que fueron la rebelión académica anti-Parsons. La experiencia norteamericana de Murmis y la francesa de Verón produjeron una serie de cambios que conformaron el piso sobre el que se asentarían las futuras críticas a la versión germaniana de la sociología. La punta modernizadora de una institución como la UBA, que renacía y acumulaba prestigio, no podía estar ajena a la dinámica cultural, que hacía de la incorporación de lo nuevo una práctica constante. La sociología, como las vanguardias del Di Tella, debía estar al tanto de los movimientos de los centros mundiales. Como llegaba el *happening* de Nueva York, también debía ingresar Claude Lévi-Strauss, que sacudía los ambientes de las ciencias sociales en las universidades europeas y del mundo. En este contexto de las ciencias sociales donde lo anterior no era todavía tradición, lo nuevo ingresaba reprocesado localmente con el espíritu de las vanguardias estéticas, rompiendo y rechazando lo existente.

En 1964 Germani abandonaba su lugar en la UBA y entonces los discípulos mencionados quedaron a cargo de Sociología Sistemática y se convirtieron en referentes importantes dentro del campo de la sociología. Probablemente este retiro afectaba a la nueva carrera, porque perdía un docente y un investigador que había introducido el perfil moderno de la sociología. Pero además y fundamentalmente, se quedaba sin un organizador cultural. Alguien que había podido armar y conseguir financiación para un Instituto de Investigación, que generaba encuentros y convenios con referentes prestigiosos del campo académico internacional, principalmente de universidades norteamericanas.

De hecho, los discípulos mencionados se transformaron en los referentes más importantes para los alumnos de la principal institución formadora de sociólogos en la Argentina. En muchos aspectos, maestro y discípulos se parecían. Probablemente en ninguno más que en su relación práctica con el peronismo. Tanto Murmis como Verón tienen la experiencia de la universidad peronista previa al '55 y una formación en la que intervienen intelectuales del campo de la filosofía, por ejemplo, que conformaban los círculos antiperonistas. La experiencia del autoritarismo y el clima intelectual de la época dejaron marcas en su manera de relacionarse con las distintas formas de populismo. Si bien Verón escribe tempranamente en la revista *Contorno*, que sería un espacio de revisión de la idea clásica de los intelectuales acerca del peronismo, lo hace con un artículo en el que critica el nacionalismo, la antropología "profunda" de Víctor Massuh. También su estilo de relación con el mundo académico, el acatamiento de las normas institucionales, la actitud profesoral, la idea de una carrera académica, no serían demasiado distintos en ese momento. Quizá la diferencia hay que buscarla en la vocación no sólo académica, sino también de organizador cultural que poseía Germani y que no fue heredada por los discípulos. Estas discrepancias probablemente serán significativas a la hora de encontrarse con un clima cada vez más cuestionador ya no del cientificismo, sino de la práctica misma de la sociología.

Este estilo de disputas dentro de un ámbito académico no es demasiado extraño. Los nuevos presionan por ocupar un lugar y para ello cuestionan ciertos aspectos de la visión que sostiene

nen los que ocupan el lugar asentado, los que definen políticas de investigación e influyen sobre el armado del currículo de formación. Cuando existe una institucionalidad fuerte estas disputas se resuelven sin afectar demasiado el desenvolvimiento de la institución. En este caso, los cuestionamientos que pasaban por la ignorancia del currículo de corrientes como el nuevo marxismo, el estructuralismo y las nuevas corrientes de la sociología americana podían ser simplemente el movimiento que posicionara de otra manera a los nuevos. La situación institucional reciente, con poco más de un lustro de antigüedad, y el clima juvenil descalificador hacían difícil la inclusión de todos los actores. Es así como los nuevos comenzaron a desenvolverse en un espacio libre, en un momento en que la radicalización política en el ámbito universitario se agudizaba y adquiría formas insólitas hasta entonces.

### UN ÁMBITO SIN PADRES EN UN CLIMA DE CAMBIOS

La intervención de la Universidad en 1966 tuvo características particulares en la carrera de Sociología. En principio no se produjo una fuga inmediata de profesores. Referentes importantes de ese período como Eliseo Verón, Miguel Murmis, Silvia Sigal y Manuel Mora y Araujo decidieron continuar dentro de la UBA, aunque luego de un cuatrimestre no les renovaron los contratos. Kratochwil describe la situación posterior a la intervención y las repercusiones que ésta generó en el resto del mundo académico: "De veintiocho profesores del Departamento de Sociología de Filosofía y Letras (UBA), quedan cuatro en marzo de 1967. El Instituto de Sociología, en el que había quince proyectos de investigación en marcha, cerró sus puertas por casi un año... En la Universidad Católica Argentina (UCA) una declaración que rechazó la violencia desatada en la universidad nacional condujo a una crisis entre el rectorado y el Departamento de Sociología. Su director, José E. Miguens, y treinta y tres docentes y auxiliares renunciaron hasta marzo de 1967, quedando cinco personas... También se interrumpieron las actividades de los sociólogos en el Instituto de Sociología de la Universidad del Litoral y Tucumán..."

No obstante quedaron en la facultad grupos de alumnos aventajados que además de continuar con su proceso de politización encontraban la posibilidad de desempeñarse como auxiliares docentes. Por supuesto, en los primeros momentos de la intervención había pocos docentes con formación en sociología. La gran mayoría eran abogados y profesores de historia o filosofía con poca vinculación con el mundo moderno de la sociología académica que se habían replegado a otros espacios como el Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales en 1967; el Centro de Investigaciones Motivacionales y Sociales, que efectuaba trabajos para la Federación Agraria y los arquitectos; el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella, que funcionaba desde 1963; el Departamento de Sociología de la Fundación Bariloche, desde 1968; el Centro de Investigaciones en Ciencias de la Educación, aso-

### El catolicismo radical y la falta de compromiso político de los profesionales

*"Por su extracción social la casi totalidad de los profesionales argentinos pertenecen a la clase media y alta. Esto ya los condiciona a que en su paso por la Universidad buen número de ellos sólo busquen un título con el cual mantenerse o ascender en la escala social. La mentalidad del 'no te metás' que priva en la clase media argentina, tan ansiosa de seguridad, conforma en gran número de estudiantes hábitos burgueses que los marcan para toda la vida. De tal modo, el egresado descuida habitualmente aquellos aspectos de su profesión que más necesita la comunidad (investigación, docencia) para dedicarse por entero al ejercicio profesional en su aspecto más rentable.*

*"Por otra parte, del grupo de universitarios más rebeldes, de las minorías revolucionarias que existen en toda universidad, pocos son los que luego de egresados continúan en una actitud comprometida a favor del cambio. La mayoría de ellos se asimilan al aburguesamiento general y se incorporan a la gran corriente de 'consumidores privilegiados', de los que luchan por 'tener más' y renuncian a 'ser más'."*

**Fuente:** Informe de la Juventud Católica al Episcopado argentino, 21 de abril de 1969, en A. Mayol, N. Habegger y A. Armada, *Los católicos posconciliares en la Argentina*, pp. 386-87.

ciado al Di Tella desde 1966; el Instituto de Desarrollo Económico y Social, que funcionaba desde 1960; el Centro Argentino del Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales; el Centro de Estudios Sociales de la DAIA, y el Centro de Investigaciones y Acción Social, fundado por la Compañía de Jesús.

Algunos de esos profesores tenían militancia cristiana, como Gonzalo Cárdenas, quien provenía de la democracia cristiana, o Justino O'Farrel, sacerdote con formación de posgrado en sociología. Muchos de estos docentes fueron afectados directa o indirectamente por un importante proceso de cambio que se estaba produciendo dentro de sectores del catolicismo en la Argentina, que a la vez recibía la influencia de un cada vez más radicalizado mundo cristiano en América latina. Cambios que suponían un creciente compromiso con los sectores más desprotegidos a la luz de las Conferencias de Puebla y Medellín, y además la relación con expresiones intelectuales de la izquierda como el marxismo, hasta la adopción de metodologías violentas para producir transformaciones. El sacerdote sociólogo Camilo Torres, muerto mientras luchaba como miembro de la guerrilla colombiana, sería uno de los muchos símbolos, pero no el más débil, para los cristianos que hacían su recorrido por el radicalizado clima de la época.

El fenómeno de radicalización de amplias franjas de estudiantes e intelectuales de sectores medios provenientes (en muchos de los casos del ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras) de la izquierda, que luego también en algunas de sus franjas se peronizarían, permitiría entender el clima que producía la carrera de Sociología de la UBA. El campo cultural en los primeros años de creación de la carrera de Sociología todavía sostenía marcas fuertes de la relación con la política previa al '55. Una estructura de campo que albergaba un "frente racionalista", lo que la izquierda clásica llamaba la alianza anti-peronista con "el humanismo burgués". En ese panorama el referente intelectual más relevante como pensador de lo social podía ser Ezequiel Martínez Estrada, que circulaba sin demasiadas tensiones por la revista *Sur* y los *Cuadernos de Cultura* del Partido Comunista Argentino. Los cambios de la izquierda en los centros culturales mundiales y las consecuentes transformaciones del marxismo a través de la reinvenición de genea-

logías, relaciones con otras corrientes, sumados a hechos como la Revolución Cubana y los nacientes movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo, produjeron reacomodamientos significativos de este campo cultural. El prestigio del marxismo *aggiornado*, relacionándose cada vez más con la sociología en las universidades, posibilitaría el ingreso exitoso en zonas (entonces resignificadas) del campo cultural que Germani intentó mantener fuera de los límites de la sociología científica.

El joven Juan Carlos Portantiero era parte de ese grupo de docentes que estaban en la segunda línea luego del '66. Se trataba de uno de los jóvenes intelectuales del Partido Comunista que ya en ese momento formaban parte del clima de lo que luego se denominaría la nueva izquierda y que con el amparo de Héctor P. Agosti habían recuperado a Gramsci hacia fines de los años cincuenta. El prestigio de Portantiero, que se reconvertía en el ámbito de la carrera de Sociología, era el logrado en espacios del campo cultural politizado de fines de los cincuenta y principios de los sesenta. Sus credenciales son artículos centrales sobre cuestiones culturales, sociales y políticas en los prestigiosos *Cuadernos de Cultura* de fines de los años cincuenta y un libro en 1961 (*Realismo y realidad en la narrativa argentina*). Allí se cuestiona el "falso marxismo economicista" valiéndose de herramientas proporcionadas por Antonio Gramsci, un autor marxista que impondría una marca en la cultura de esa época, incluida la sociología. En sólo un par de años, Portantiero se transformaría en uno de los nuevos referentes de la sociología argentina, proporcionándole a la izquierda cultural una identidad revolucionaria del peronismo.

Sin embargo, esta actualización, que recupera tradiciones intelectuales legitimadas en el marco más amplio del campo cultural y que continuarían pesando en esa comunidad, no agota el dinamismo de ese espacio académico, que es cada vez más un espacio cultural. Hay hechos coincidentes en dos niveles para que en la carrera de Sociología de la UBA se produzca un fenómeno singular que proporcionará identidad a una franja de los nuevos y afectará al conjunto de la comunidad sociológica: el de las llamadas cátedras nacionales. Este fenómeno adquirió una expresión institucional legítima a partir de una serie de hechos vinculados a la compleja relación del gobierno



Los condenados de la tierra, un libro de Frantz Fanon.

tores del nacionalismo fue apropiada y resignificada en parte por franjas de jóvenes de izquierda que se peronizaban. Los caudillos federales, e incluso Rosas, armaban este árbol genealógico que culminaba en el movimiento de liberación nacional junto a Yrigoyen y a Perón. La reescritura de la historia y también el análisis social se realizan de la mano de referentes que hasta los primeros sesenta ocupaban un lugar relativamente marginal (sin lugar a dudas comparado con el que tuvieron luego) en el mundo de la cultura y aun en el peronismo: Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche y, sobre todo, Juan José Hernández Arregui. Estas influencias serían fuertes en términos político-culturales. Reivindicación de ciertos aspectos del marxismo *aggiornado*, recuperación del nacionalismo tercermundista y antiimperialista y del pensamiento cristiano revolucionario (y en especial el aspecto de esta tradición resignificada que supone una unión entre pensamiento y práctica). Más que en Jean-Paul Sartre, que indudablemente pesó

de Onganía con el peronismo y con sectores del catolicismo, que motivaron a profesores cristianos en proceso de peronización a encarar la preocupación por “entender al pueblo”. Por otro lado, el proceso de radicalización juvenil asumió, entre otras posibles formas, la de comprensión y reconocimiento del peronismo como un movimiento de cambio con distintos significados según el punto de vista, pero en todos estaba presente la aceptación de su potencial transformador. En el caso de la sociología, este proceso no es ajeno a un movimiento intelectual mayor que reacomoda las piezas en el tablero de la cultura nacional.

Con el correr de la década del sesenta, la visión que de la historia habían construido ciertos sectores

en sectores de la nueva izquierda autóctona, estos sectores que proponían el socialismo nacional encontraban referentes en el análisis de la guerra chino-japonesa de Mao Tse-tung y en las experiencias de liberación nacional de pueblos de Asia y África, sobre todo de la visión de la revolución argelina presentada por aquel que Sartre había santificado a los ojos de los occidentales de izquierda: Frantz Fanon.

Los grupos sostenedores de esta perspectiva no ocluían en sus momentos de mayor fuerza la presencia de otras miradas que seguían teniendo su peso simbólico. Las llamadas cátedras marxistas continuaban funcionando en esta segunda mitad de los sesenta y, por supuesto, visiones profesionalistas ocupaban cátedras de materias específicas de la carrera. Sin embargo, más allá de las antipatías del mundo académico (Eliseo Verón las llama anticientificismo de derecha) y de la diferenciación constante que producían las cátedras marxistas (con las cuales parecían compartir un mismo terreno de lucha político-cultural) y aunque seguramente no fueran la expresión del conjunto de la nueva generación, tenían una fuerte presencia cultural en ese espacio. Además, esa presencia significativa en la carrera de Sociología de la UBA, que por su carácter de institución modernizadora era un foco de irradiación cultural, también puede entenderse como el reprocesamiento de un clima general que se convertía en el sentido común de gran parte de la militancia juvenil ligada a este nuevo peronismo que seducía a las capas medias universitarias.

En un momento en que algunas zonas de la institución universitaria adquirían un perfil cada vez más assembleístico, la relación con los pares podía adquirir menor importancia para el reconocimiento que la aprobación de las masas de alumnos. En este sentido, la significatividad que adquieren las cátedras nacionales radica en la relación que éstas establecen con una zona de la cultura (el nacionalismo cultural *aggiornado*) que a la vez contribuyen a recolocar. Esta relación los legitimaba, en tanto formaba parte de un clima mediante el cual jóvenes de sectores medios, muchos de ellos estudiantes de sociología, comenzaban a relacionarse con la política.

Este marco cultural es el que proporciona el espacio para que las cátedras nacionales se desenvuelvan, más que como una nueva perspectiva académica dentro de la sociología,

como un grupo cultural que actúa casi a la manera de las vanguardias artísticas. Ya no es sólo la aceptación de ciertos aspectos del peronismo que el mundo de la cultura y la cultura de los sectores medios rechazaban. La pelea cultural de las nuevas generaciones de las capas medias adquiere en la carrera de sociología una forma más radical. Una forma que rechaza las reglas del juego académico y que transforma a estos grupos en una especie de vanguardias culturales. Estos jóvenes de sectores medios habían escandalizado a sus padres (literalmente) en su opción por el peronismo, ahora escandalizaban al mundo académico proponiendo el ingreso a ese mundo de ensayistas del nacionalismo cultural transformados en baluarte de la sociología nacional. En una polémica con Francisco Delich, que la *Revista Latinoamericana de Sociología* se vio obligada a recoger —esto, más allá del rechazo, supone el reconocimiento de los otros como interlocutores, aunque se los descalifique—, Roberto Carri va a reivindicar, con un estilo más propio de las disputas literarias o artísticas que del académico, lo que llama “sociología del estaño”, citando a Arturo Jauretche dice:

**JAURETCHÉ**

**el  
medio  
pelo**

*en la Sociedad Argentina*

*(Apuntes para una sociología nacional)*

A. PEÑA LILLO - editor



El medio pelo, de Arturo Jauretche.

“El verdadero científico, el ensayista político, el político, realizan, crean individualmente esa conciencia social, esa práctica social, y con los pies bien afirmados en la realidad que analizan, y donde actúan, realizan su explicación. Éste es el método del ‘estaño’ que tanta gracia le causa a Delich...”

Más aún, la relación con el peronismo no suponía solamente una relación cultural y política. En el extremo propuesto por estos grupos, no es sólo la reivindicación de un ensayismo nacionalista como un estilo reivindicable de hacer sociología lo que ya supone una ruptura con el mundo

### La creación de una “sociología nacional”

*“La construcción de una sociología nacional es posible, como así también la elaboración de las herramientas conceptuales necesarias para las tareas de investigación y procesamiento teórico, pero siempre y cuando que el sociólogo realice sus tareas al servicio del Movimiento Nacional de Masas (...) el Peronismo leal a Perón (...)”*

Fuente: Gonzalo Cárdenas, *De una sociología colonial a una sociología nacional*.

académico, sino que además la construcción de una sociología nacional precisaba del peronismo concreto como un espacio necesario de producción de conocimiento.

Uno de los textos que expresan con mayor claridad esta perspectiva, en una franja de la sociología argentina, es un libro de Norberto Wilner escrito sobre la base de una tesis de la carrera de Filosofía de la UBA dirigida por el sociólogo y sacerdote católico Justino O’Farrel. El libro, titulado *Ser social y Tercer Mundo*, es una condensación de los temas que van a ser recurrentes y aparecerán con distintas formas en la perspectiva de las cátedras nacionales. El anticientificismo en este caso adquiere una forma más radical. No es la crítica académica a la intención estructural-funcionalista de construir una ciencia avalorativa realizada desde visiones *aggiornadas* de las ciencias sociales.

La identificación con el cientificismo de grandes corrientes ideológicas como el marxismo y el liberalismo hace de este conflicto una lucha política y del encubrimiento producido por este cientificismo algo más que una forma de producción de conocimiento en la academia. La pelea fundamental se organiza en torno al debate con el concepto de ser social utilizado por Marx para reubicar en la discusión la idea de ser nacional. Como sostiene Wilner: “Volcar la realidad de los pueblos avasallados en el molde de la revolución que exige el desarrollo de la previa identidad es hacer del enemigo imperialista un aliado, y del aliado un enemigo. La política que Engels propugnaba ante México avasallado ilustra este asunto. Si el cam-

bio revolucionario es 'necesario'. La 'ciencia' absorbe a la política".

La discusión entonces supone la reivindicación de un ser nacional, por encima de un ser social, que estaría encubriendo e imposibilitando resoluciones políticas. La oposición entre lo satisfactorio de una revolución social y lo demagógico de una revolución nacional se convertiría en el elemento que organizará la lucha política, pero que además permitirá la descalificación en términos de producción de conocimiento. La reivindicación del ser nacional no es extraña a la historia de Occidente y tampoco en este caso este rescate adquiere una identidad novedosa. Sin embargo, en términos retóricos, este nacionalismo se planteaba como la opción superadora de las grandes tradiciones ideológicas occidentales. Quizás el análisis del texto de Wilner no permite descubrir elementos sofisticados. Pero el ejercicio más fácil es el de la descalificación apelando a los contenidos. Si se piensa este texto como producto social de un mundo académico particular en un momento en que ese espacio está impregnado de los debates culturales más amplios, el fenómeno adquiere otro significado.

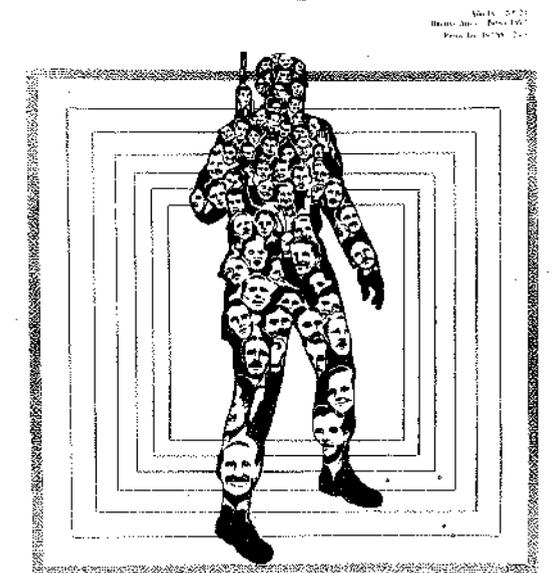
Tanto en la carrera de Sociología de la UBA, como en los espacios de los centros de investigación antes mencionados, continuaban existiendo sociólogos que desempeñaban funciones más profesionales. Sin embargo, el centro de la actividad intelectual pasaba por las discusiones del estilo que propone el libro de Wilner, con diferencias de acuerdo con las perspectivas, pero sin dudas en cuanto al carácter político-intelectual del debate. Se podría decir que tenían mayor productividad cultural en general e influencia particular en el mundo de las ciencias sociales, revistas del espacio político cultural como *Antropología del Tercer Mundo*, *Cristianismo y Revolución* o *Pasado y Presente*, que la académica *Revista Latinoamericana de Sociología*.

Del mismo modo que las vanguardias estéticas del Di Tella, las vanguardias culturales populistas de sociología eran rupturistas y escandalizadoras del propio campo. Tanto Marta Minujin como Norberto Wilner producían reacciones ante la irrupción de algo que se evaluaba a sí mismo como nuevo e irradiaban el optimismo y desparpajo de los movimientos culturales juveniles. Mientras que el trabajo de Murmis y Portan-

tiero sobre los orígenes del peronismo (el material de la época más significativo de la relación entre sociología y política) se produce rompiendo visiones anteriores, pero en una disputa más acotada al mundo académico, aunque con motivaciones y repercusiones que lo trascienden, el libro de Wilner y muchos de los folletos de las cátedras nacionales arrojaban todas las fichas del juego, pero también el tablero. La propuesta era bien radical, culturalmente hablando, y aunque exista una lógica de la demostración (lo de Wilner es una tesis universitaria), bastaba con generar ese producto que, más que por sus condiciones intrínsecas, valía por la vitalidad cultural que le proporcionaba ser parte de un movimiento más amplio, a través de la pura y simple fuerza del movimiento cultural. Era una especie de demonización de quien mantenía la posición hegemónica en el mundo de la cultura, que en la sociología se expresaba a través del "cientificismo" con sus dos rostros: el liberal y el marxista.

A la par de la radicalización cultural se fueron produciendo hechos sociales y políticos que extreman, también en este campo, el grado de politización. Y la politización parece transformarse en una implicación que rebasaba el mundo de la cultura. Se fue convirtiendo en un camino donde las condiciones políticas podrían retardar, pero no frenar, la marcha de muchos de estos intelectuales a la acción. La vanguardia intelectual podía transformarse en vanguardia política. La bifurcación de caminos se produjo por la caracterización de lo que se denominaba el movimiento de liberación nacional. Efectivamente, la vuelta del líder depuesto en 1955 convertía a la discusión polí-

## Cristianismo y Revolución



LA HOJA DEL PUEBLO EN AFMAO

Revista Cristianismo y Revolución.

## Sociología y peronismo

*“Aquí, en la Argentina, todo intento por universalizar abstractamente la ciencia se convierte en una teoría de apoyo a la dominación imperial. La verdadera alternativa para un sociólogo consiste en producir científicamente desde nuestra propia realidad como país y desde dentro del movimiento popular, que aquí no es otro que el peronismo.”*

**Fuente:** Roberto Carri, *Poder imperialista y liberación nacional*.

tico-intelectual en una discusión decididamente política. El camino de algunos que comenzaron como marxistas y se convirtieron en “*narodniks* nativos adherentes a un caudillo”, como Wilner y gran parte de las llamadas cátedras nacionales, conformó un movimiento cultural imaginativo en tanto Perón era una esperanza. Cuando Perón se convierte en actor real, el movimiento cultural imaginativo se transforma en un grupo de intelectuales peronistas seguidores prudentes de su líder. Pueden ser buenos analistas y mejores políticos, pero ésa no es la cuestión abordada aquí. Otros sectores en la sociología, por ejemplo algunos de la tradición marxista, conservaban una visión especulativa que no renegaba de la política, pero tampoco del espacio particular desde donde se participaba en ella. La negación del sociólogo convertido en político tenía el componente revolucionario, aunque eso suponía un peronismo al que Perón hecho realidad no favorecería.

## LA SOCIOLOGÍA EN LA POLÍTICA

En agosto de 1968, durante la Convención Anual de la Asociación Sociológica de los Estados Unidos, el sociólogo Martin Nikolaus se dirigía a los presentes luego de una exposición del secretario de Salud, Educación y Bienestar. Aclaraba que sus observaciones críticas no estaban dirigidas a este funcionario, en tanto había aceptado voluntariamente ser miembro de la institución gubernamental que estaba librando una guerra imperialista contra el pueblo vietnamita. Consideraba a este funcionario

el jefe militar en el frente interno de esa lucha y, por lo tanto, desestimaba toda posibilidad de diálogo entre otras cosas porque el diálogo entre súbditos y gobernantes es un diálogo entre “gallinas y elefantes”. Su preocupación apuntaba a los miembros sociólogos de esta asociación que no se hubieran “vendido y comprometido a punto de hallarse fuera de su propio control para iniciar cambios o enmendar errores”. Y en otra parte de su exposición realizaba una definición del sociólogo americano que no apuntaba a la crítica de su obra y a un estilo de trabajo a la manera de Wright Mills, sino directamente a su papel social. “El sociólogo laureado, el de alto estatus, el de abultado contrato... el que publica un libro por año... no es ni más ni menos que un sirviente doméstico en la institución corporativa, un blanco tío Tom intelectual no sólo para su propio gobierno y clase gobernante, sino para cualquiera de los existentes.”

Este llamado panfletario a la concientización de los sociólogos no es un folleto surgido de la imaginación de un grupo radical que recorre las aulas de la carrera de Sociología de la UBA. Es una exposición en la Convención de la Asociación Sociológica de los Estados Unidos. Los movimientos estudiantiles y sociales del final de la década (radicalizados no sólo en el Tercer Mundo), los replanteos ideológicos y teóricos que revalorizaban estos hechos poco compatibles con el modelo de la izquierda tradicional, permitían creer a algunos intelectuales que estaba llegando la hora de dejar de comprender el mundo y comenzar a cambiarlo.

Es en este contexto que debe entenderse la transformación cultural en los alumnos de la carrera y en muchos sociólogos del período que implicaba, por ejemplo, la incorporación de bibliografía heterodoxa para las tradiciones académicas. Jaurerche y sobre todo Hernández Arregui aparecían junto a Gunder Frank y Puiggrós en algunas materias y seguramente eran parte de la discusión en los espacios de sociabilidad informal producidos por la facultad. Independientemente de que en muchos casos no se abandonara la lectura de ciertos clásicos y fundamentalmente la generación más nueva de los que habrían de adherir al peronismo montonero y a las cátedras marxistas, se incorporaban nuevos autores franceses como Althusser y Poulantzas, y junto a ellos podían encontrarse los menos académicos Mao Tse-tung y Frantz Fanon.

La revista *Panorama* en 1971, con motivo de la invitación a un debate sobre las posibilidades de la sociología, había realizado una encuesta formal a alumnos de la carrera. El periodista relata con asombro la actitud de la mayoría de los entrevistados, que decían desconocer sus posibilidades profesionales y que buscaban en la sociología elementos para realizar algún tipo de política con perspectiva revolucionaria, de cambio de estructuras y de cambio social. Cuando se les solicitó que nombraran sociólogos que habían influido en su elección, los nombres que aparecieron fueron Carlos Marx, Lenin, Juan D. Perón, Abelardo Ramos, "Che" Guevara, Arturo Jauretche. Por supuesto, el interrogante que el periodista trasladaba a la mesa de debate es el de la relación sociología-política. En el epígrafe la revista elaboraba ya una respuesta. Decía sin ambigüedades en su segundo párrafo: "Pocos dudan —incluidas las autoridades— de que la sociología es una carrera con perfil subversivo".

Los participantes en el debate propuesto por la revista respondían, ante el desconcierto periodístico, sobre las posibilidades ocupacionales de esta carrera y su particular relación con la política. De los seis participantes, salvo Pedro David, especialista en sociología del derecho, y Fernando Cuebillas, en ese momento director del Instituto de Investigaciones de la UBA, la mayoría propuso una relación fuerte con la actividad política y la posibilidad de realizar cambios revolucionarios. Los dos primeros tampoco pudieron evitar el tema de la implicación con la política y hacer referencia al clima de cambios que se respiraba. Pero, sin embargo, fueron los cuatro sociólogos restantes, con su preocupación por evitar cualquier rasgo que no estuviera indicando una identidad radicalizada, quienes dieron el tono al debate. El joven profesor Ricardo Sidicaro saludaba la relación de profunda implicación con la política por parte de los jóvenes y celebraba las dificultades de restricción del mercado laboral para los sociólogos: "Hoy muchos ex militantes políticos son directores de marketing, burócratas de los ministerios o investigadores a sueldo de las fundaciones. Creo que es una suerte que nuestros estudiantes actuales, preocupados por la política, no puedan acceder a esos roles. Porque la cuota de cargos posiblemente ya esté cubierta y porque las circunstancias generales que vivimos hacen cada vez

más difícil ser burócrata de ministerio o ayudar a vender jabones..."

La frustración de los estudiantes no pasaba por su relación más o menos exitosa con un mercado de trabajo profesional. Las instituciones debían replantear sus funciones y sus miembros tenían que contribuir decididamente para lograr esos cambios. En este sentido, la carrera de Sociología, por sobre la intervención del gobierno militar, parecía estar dando respuestas impregnadas por una dinámica cultural que expresaba sin duda los nuevos tiempos. Así, Portantiero expresaba: "Hay que procurar que esos jóvenes no se frustren. Por eso debemos hacer todo lo posible para que la Facultad de Filosofía y Letras y la carrera de Sociología no vuelvan a ser lo que alguna vez fueron: formadoras de disociados que terminan trabajando para empresas o institutos financiados por el exterior".

José Nun fue el que rodeó con más argumentos la necesidad de evitar una politización simple, de reconocer las mediaciones del mundo académico y de las tradiciones científicas, básicamente del materialismo histórico, para no producir un "populismo seudocientífico" que no proporciona las "herramientas teórico-conceptuales acerca de la realidad que se quiere transformar". No obstante, en el marco de un proceso de cambio, reconocía la existencia de limitaciones formales en las instituciones académicas y exponía su necesidad de abolirlas. El ejemplo concreto hace referencia a los requisitos de ingreso a programas de posgrado: "Mi propuesta fue que este requisito se obviase con alguna prueba de suficiencia, porque hay una enorme multitud de individuos genuinamente interesados en la realidad latinoamericana que no han podido completar una carrera y que son tal vez más importantes para la revolución que los graduados universitarios".

Santos Colabella cuestionó a Nun y, más allá de los aspectos anecdóticos de este debate, lo más significativo es la naturalidad con la que se vierte el discurso antisistema en este caso y en otros. Desde los que lo pronunciaban con la tranquilidad de marchar por el camino correcto, como Portantiero y Sidicaro, hasta los que como Nun (particularmente cuestionado por ser uno de los referentes del proyecto Marginalidad) debieron esforzarse por reconvertir su marxismo académico en un elemento más cercano a la política. Sin embargo, este debate es

todavía un indicador de una relación con la política que todavía tenía algo de retórica, aunque en él estén planteados los temas que se realizarán en el '73. Es precisamente la relación con la política lo que seguirá reorganizando posiciones dentro del mundo de la sociología, pero esta vez en torno a un compromiso real con un proyecto que aparecía como posible y, en los casos más radicales, convirtiendo el papel del sociólogo decididamente en el de un intelectual revolucionario que asume distintas actividades de acuerdo con las circunstancias que se produzcan en el proceso de cambio.

Hay algunos hechos políticos que resultaron decisivos en el paso de algunos grupos de la sociología local desde posiciones de rebeldía cultural politizada hasta el sombrío campo de la política real de la época. Luego del 11 de marzo de 1973 y, sobre todo, inmediatamente después de la asunción de Cámpora el 25 de mayo del mismo año hasta ocurrida la "masacre de Ezeiza" el 20 de junio, el probablemente ingenuo optimismo arrollador de las aulas universitarias se trasladaba a amplios sectores de la población. Fueron, precisamente, la masacre de Ezeiza y, aún más, el moderado discurso de Perón a poco de regresar del exilio los que reacomodaron las piezas de la política a nivel general. También produjeron modificaciones en el pequeño mundo de la radicalizada sociología.

Las elecciones de 1973 habían llevado al gobierno a Cámpora y en ese contexto los sectores ligados a la "tendencia revolucionaria del peronismo" ocuparon lugares significativos en distintas áreas de gobierno. La universidad, dirigida por Rodolfo Puiggrós, se convirtió en un espacio privilegiado para estos sectores. La carrera de Sociología produjo con este movimiento institucional una operación de cambio generacional. Los más jóvenes del peronismo de izquierda que no tenían prácticamente relación con las cátedras nacionales ocuparon cargos destacados en las partes administrativa y académica de la carrera. En el breve y conflictivo año y medio de esa administración no se produjeron cambios significativos en el currículo. Lo que se presiente es una implicación más real y probablemente más trágica con la política. No es simplemente la elaboración de una especulación en torno a la dependencia o a la revolución nacional. Las generaciones más jóvenes que participaban de esa administración son más actores, quieranlo o

no, de una lucha política dentro del peronismo que irá adquiriendo formas militares dramáticas. Ya no son, en esta franja, vanguardias culturales que proclaman una implicación en la política. O bien ocupan el lugar de subordinados al líder y por lo tanto pierden su productividad cultural y política en ese contexto o, de acuerdo con su ubicación en los distintos frentes de acción posibles, devienen en sector más o menos secundario de una vanguardia político-militar.

Los sociólogos más cercanos al proyecto de la izquierda peronista actuaron en función de esta identidad en un momento cada vez menos retórico. La política real comenzaría a ingresar en las aulas de la universidad mediante las formas más violentas. A la par, algunos de ellos harían de esa implicación un directo alejamiento de la universidad. No obstante, unos y otros hacían del diagnóstico político de un momento complejo un elemento imprescindible para la práctica. Si había una sociología era la sociología política, y quizá todavía más acotadamente, una sociología de la transición revolucionaria, pero reelaborada en la rapidez de la relación con la política. Las preguntas apuntaban a establecer el papel de las agrupaciones de vanguardia y su vinculación con el pueblo y sus organizaciones, el rol de éstas y su relación con el sistema de partidos y los actores económicos y militares, en una transición hacia la revolución.

Es quizá Roberto Carri, en un libro publicado a fines de 1973, quien mejor expresa esta posición. Allí se recogen artículos publicados en la revista *Antropología del Tercer Mundo* y otros producidos exclusivamente para el libro. En ambos casos se observan las características mencionadas. No son, ni quieren serlo, trabajos académicos. Pero entonces, tampoco son los productos de la vanguardia populista cultural de las ciencias sociales, se han convertido decididamente en herramientas intelectuales de la política. En el primer artículo, escrito a fines del '73, "El imperialismo y el gobierno popular", se intenta realizar una caracterización de la coyuntura en función de un proyecto político que es el de las organizaciones armadas peronistas, específicamente de Montoneros. Allí se analiza el camporismo, con el realismo que agrega la masacre de Ezeiza: "El gobierno popular garantiza de entrada una extensión de la democracia y el debilitamiento de la guerra con-

---

trarrevolucionaria, que deberá ejecutarse al margen de las estructuras formales del poder”.

Sin embargo, las circunstancias planteaban cuestiones que no determinaban caminos irremediabiles. Se habían acabado las simples loas al espontaneísmo popular, el momento requería la transformación de ese espíritu romántico en racionalidad política. “El problema de la hegemonía en el peronismo”, sostenía Carri luego de una extensa cita de Gramsci, “no es enfrentar a la espontaneidad con un criterio organizacionista abstracto, sino lograr la unión del espontaneísmo revolucionario con las organizaciones de vanguardia...”. Más adelante, describía el escenario posible y proponía el elemento organizativo básico para desenvolverse en él: “La etapa resistente del peronismo, que sirvió para llegar a un gobierno popular después de dieciocho años de lucha constante, caracterizada por la espontánea movilización de las masas y la existencia de gérmenes de organización revolucionaria, debe ahora transformarse en una etapa de ofensiva hacia el poder que implica ‘disciplinar’ este movimiento y encuadrarlo masivamente en la guerra popular. La experiencia histórica de las masas peronistas, en especial de la clase obrera, se transforma en conciencia estratégica de la necesidad del poder, con su encuadramiento colectivo en la forma orgánica necesaria para enfrentar las tareas de la etapa: la milicia popular”.

Lo que se describe aquí no es necesariamente la expresión real del conjunto de lo que podía definirse como la comunidad de las ciencias sociales en la Argentina del período. De ninguna manera. Seguían existiendo posiciones profesionalistas, académicas y aun politizadas que no participaban de este proyecto. Sin embargo, la inminencia de la profundización de un proyecto revolucionario, aunque a fines del año '74 se dudara cada vez más de su fácil concreción, parecía tener credibilidad para los que no participaban directamente de él e incluso no lo compartían. En este contexto es que pueden entenderse adhesiones desde algunos espacios más tradicionalmente académicos como el Instituto Di Tella y también desde grupos culturales ligados a las ciencias sociales identificados con posiciones marxistas que no habían sido afectados fuertemente por la peronización de la izquierda. El clima de relación directa con la práctica política penetraba de manera fuerte en el conjunto

---

de lo que podría denominarse el espacio progresista de las ciencias sociales, que por otro lado era el de mayor peso y relevancia, convirtiendo a los sociólogos con más significación cultural en intelectuales implicados políticamente. Por ello, en este corto período, los elementos que indican la centralidad cultural deben buscarse en el lugar simbólicamente prestigioso que de hecho esa comunidad otorgaba a la cercanía con un proyecto revolucionario decidido a la acción, independientemente de la forma política que éste adquiriese.

## BIBLIOGRAFÍA

Altamirano, Carlos, y Sarlo, Beatriz, "La Argentina del Centenario: Campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en Altamirano, Carlos, y Sarlo, Beatriz, *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

Balán, Jorge, "La práctica sociológica en el mundo contemporáneo", en *Punto de Vista*, N° 16, Buenos Aires, 1982.

Bourdieu, Pierre, "Campo intelectual y proyecto creador", en *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1967.

———, *Campo de poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios, 1983.

———, *Homo academicus*, París, Minuit, 1984.

———, "Sociólogos de la creencia y creencia de los sociólogos", en Bourdieu, Pierre, *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1988.

Bourdieu, Pierre, y Passeron, Jean Claude, *Mitosociología*, Barcelona, Fontanella, 1975.

Brunner, José, *¿Pueden los intelectuales sentir pasión o tener interés en la democracia?*, Santiago de Chile, FLACSO, 1986.

——— y Barrios, Alicia, *Inquisición, mercado y filantropía. Ciencias sociales y autoritarismo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay*, Santiago de Chile, FLACSO, 1987.

Cárdenas, Gonzalo Horacio, *De una sociología colonial a una sociología nacional*, Buenos Aires, sin mención de editorial, 1969.

Carri, Roberto, *Poder imperialista y liberación nacional*, Buenos Aires, Efece ediciones, 1973.

———, "Un sociólogo de medio pelo", en *Revista Latinoamericana de Sociología* N° 4, Buenos Aires, 1968.

Cortés, Rosalía (comp.), *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.

Coser, Lewis A., "Los intelectuales académicos", en *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968.

Delich, Francisco, *Crítica y autocrítica de la razón extraviada. 25 años de sociología*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1977.

Germani, Gino, "Prólogo", en Wright Mills, Charles, *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

González, Inés, y Vachieri, Ariana, *Los centros académicos privados en Argentina*, mimeo, Buenos Aires, 1984.

Jorrot, Jorge R., y Sautu, Ruth (comps.), *Después de Germani. Exploraciones sobre estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1992.

Kratochwil, Germán, "Sociología", en *El estado de las ciencias sociales en la Argentina*, documento de trabajo N° 67, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Sociales, Instituto Torcuato Di Tella, 1969.

Marsal, Juan, *La sociología argentina*, Buenos Aires, Fabril Editora, 1967.

Miceli, Sergio, *Intelectuales e clase dirigente no Brasil (1920-1945)*, Río de Janeiro, Difel, 1979.

Portantiero, Juan Carlos, *Estudiantes y política en América latina, 1918-1938. El proceso de la reforma universitaria*, México, Siglo XXI, 1978.

Rubinich, Lucas, "Redefinición de las luchas por los límites: un debate posible para las nuevas generaciones en la Sociología", *Entrepasados*, N° 6, Buenos Aires, 1994.

Sidicaro, Ricardo, *La accidentada trayectoria de la sociología en Argentina*, mimeo, Buenos Aires, 1995.

Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

Tenti Fanfani, Emilio, "A modo de alegato en favor de las ciencias sociales", en *Boletín de la Carrera de Sociología*, Buenos Aires, UBA, 1992.

Terán, Oscar, *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

Verón, Eliseo, *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento. 25 años de sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974.

Wilner, Norberto, *Ser social y Tercer Mundo*, Buenos Aires, Galema, 1969.

# INGRESO 2021

**Decana**

Mgter. María Inés Peralta

**Vicedecana**

Mgter. Jacinta Buriyovich

**Secretario de Coordinación**

Sr. Alejandro González

**Secretaría Académica**

Mgter. Patricia Acevedo

**Secretaría de Asuntos  
Estudiantiles**

Lic. Erika Giovana

**Secretaría de Extensión**

Mgter. Alejandra Domínguez

**Secretaría de Investigación**

Dra. María Liliana Córdoba

**Secretaría de Posgrado**

Dra. Guadalupe Molina

**Secretario Administrativo**

Sr. Miguel Ángel Tomaino

**Prosecretaría de Relaciones  
Internacionales**

Dra. María Teresa Piñero

**Director de la Licenciatura  
en Ciencia Política**

Mgter. Javier Moreira Slepoy

**Director de la Licenciatura  
en Sociología**

Lic. Rubén D. Caro

**Directora de la Licenciatura  
en Trabajo Social**

Mgter. Natalia Becerra

**Área de ingreso y permanencia**

Mgter. Eliana López

Facultad de Ciencias Sociales  
Av. Enrique Barros s/n (ex Valparaíso) - Ciudad Universitaria  
[www.sociales.unc.edu.ar](http://www.sociales.unc.edu.ar)